



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLÍTICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Ríos, Alarcón, Arce, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Aubon (Marqués de), Alvarez (M. de los Santos), Arnó, Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Ancherón, A. Buerba, A. Viduat, A. Rica, Arrieta, Balaguer, Baralt, Barzanillana (marqués de), Becerra, Benavides, Boua, Boya, Borrego, Bueno, Bremen, Briton de los Herreros (Mannell), Blasco, Calvo A. Asensio (D. Pedro), Camuamur, Camus, Canalejas, Canete, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Martín, Cazorro, Cervino, Cheste (Conde de), Collado, Cortina, Corradi, Colmeiro, Correa, Cuesta, Cusó, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio (D. Gonzalo), Castañaque, Ibarra, Díaz (José María), Durán, Duque de Rivas, Echevarría (J. A.), Espin y Guillen, Estrada, Echegaray, Eguiluz, Escosura, Estrella, Eulate, Fabiá, Ferrer del Río, Fernández y González, Fernández Guerra, Fernández de los Ríos, Fermín Toro, Flores, Figuerola, Figuerola (Augusto Suarez de), García Gutiérrez, Gayangos, Galvete de Molina (D. Javier), Graells, Giménez Serrano, Giron, Gomez Marin, Güell y Rená, Güelvenza, Guerrero, Irujo, Hartzensbusch, Iriarte, Zapata, Janer, Labra, Larra, Larrañaga, Lasala, Lezama, Lopez Guizarro, Lorenzana, Lorente, Lafuente, Macanaz, Martos, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mañé y Flaquer, Merino, Montesinos, Molins (Marqués de), Muñoz del Monte, Ochoa, Olavarría, Orgaz, Ortiz de Pinedo, Olózaga, Palacio, Pasaron y Lastva, Pascual (D. Agustín), Perez Galdós, Perez Lirio, Pi y Margall, Poey, Reinoso, Retes, Revilla, Rios y Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodríguez y Muñoz, Rodríguez (G.), Rosa y Gonzalez, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Sagarmínaga, Sanz Perez, Sanz, Salvador de Salvador, Saimeron, Sanromá, Selgas, Segovia, Serrano Alcazar, Selis, Tamaro, Trueba, Tubino, Ullou, Valera, Velez de Medrano, Vega (Ventura de la), Vidart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla.

PRECIO DE SUSCRICION.
 España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.
 PRECIO DE LOS ANUNCIOS.
 España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. sellos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 8 de Mayo de 1882.

La suscripcion en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras, ó sellos de Comunicaciones; optando por esta medio deberá hacerse bajo certificado.
 Redaccion y Administracion, Jacometrezo, 65.

SUMARIO.

Revista general, por Hoe.—Estado natural del hombre, por D. Luciano Carvallo.—De los usos del pronombre tú, en sus casos oblicuos sin preposición, por D. J. M. de Basoco.—Los hijos vengadores en la literatura dramática, por el Marqués de Valmar.—Elisa Lynch, por D. Héctor Florencio Varela.—Los oradores americanos en nuestros días, por D. F. de Navarrete.—Mably, por D. Eusebio Asquerino.—Crónica científica, por D. P. Ruiz Albistur.—A la Nación Española, periódico de Buenos Aires, por D. César Valcárcel.—Español, por D. Alfredo Escosura.—La Huerta del Tío Martín, por D. Julian Zugasti.—Anuncios.

REVISTA GENERAL.

Con la solemnidad acostumbrada celebró Madrid la fiesta popular del *Dos de Mayo*.

Señal inequívoca del progreso de los tiempos, prueba irrecusable del mejoramiento de la especie humana, es la manera que los pueblos tienen hoy de celebrar sus grandes fiestas nacionales, sin que hayan perdido nada de su carácter, pero prescindiendo en absoluto de su antigua significación.

Antes, el pueblo que conmemoraba una gran victoria o un gran desastre, á la vez que un aplauso á sus víctimas, dejaba escapar un anatema á sus verdugos; el recuerdo constante que guardaba de aquel día hermoso como el triunfo, ó triste como la derrota, era también una constante amenaza al pueblo que se la había hecho sufrir, significaba el odio persistiendo á través de las edades, eternamente alojado en el corazón, y desbordándose por los ojos en llamaradas de cólera ó por los labios en maldiciones. Hoy no es así. Hoy el progreso ha hecho camino, se han estrechado las distancias, y conociéndose más los pueblos y las razas se han encontrado mejores, y han concluido por amarse.

Todos ellos son hermanos; instrumentos de un plan divino que escapa á su penetración, términos de una fórmula que guarda el secreto de la existencia de los seres y las cosas en el planeta que habitamos, todos ellos caminan por distintos senderos al punto que les marcó la Providencia. Viajeros de una inmensa caravana que recorre el desierto de la vida sin nube que la proteja de los rayos del sol, sin haz de fuego que ilumine sus largas noches de tinieblas, es preciso que unos á otros se sostengan en sus debilidades, se animen en sus desfallecimientos, se ayuden para llegar al fin. Todos, sean cualesquiera su patria, su religion, su ley, llevan el mismo camino, han de seguir la misma jornada. Los que van más adelantados deben dar sus consejos á los que han quedado atrás.

Aspera es la pendiente, difícil en extremo, de subir, pero allá, en su cima, está el sol eternamente sobre el horizonte, fuente del supremo bien, de la suprema belleza, de la absoluta verdad, y es preciso llegar allí. Por largo que sea el camino tiene un término. No hay noche sin aurora, no hay tempestad á que no siga la calma. Y más afortunados en esto que los israelitas, ninguno de nosotros dejará de arribar á la playa prometida; todos entraremos en la tierra de Canaan sin dejar á la puerta los restos de ninguno de los nuestros.

¿A qué, pues, esas luchas mezquinas que trastornan de cuando en cuando la humanidad? ¿A qué esos odios que durante tanto tiempo han dividido á los hombres, estacionándolos en el desierto y sin dejarlos dar un paso hácia adelante? Si la guerra, como ley funesta, pero necesaria, de la vida, ha de subsistir, que no subsistan con ella los rencores que la siguen; que si se nubla un día el sol de la amistad entre dos pueblos, puedan cuando torne á lucir de nuevo, abrazarse sin enojo y reanudar juntos la marcha. Hacer á una nación solidaria de las torpezas ó ambiciones del hombre que el destino colocó á su cabeza, es un absurdo alimentado mucho tiempo, pero que hoy repugna admitir.

Así lo comprenden los pueblos, y sus fiestas nacionales no son ya lo que eran antes. Portugal y España se estiman, se consideran, empiezan á comprender que es uno solo su destino, y sin embargo, los portugueses conmemorarán siempre la batalla de Aljubarrota, como conmemorarán los Estados Unidos el centenario de su fundación, no obstante sus buenas relaciones con su madre la vieja Inglaterra; como hace poco conmemoraba Palermo el centenario de las Vísperas Sicilianas, protestando, por boca de sus diputados, de su afecto á la República francesa. Lo mismo nosotros conmemoramos y conmemoraremos siempre el *Dos de Mayo*, esa página tan memorable de la historia de Madrid, primer grito de indignación que la conducta de Napoleón arrancó á nuestro pecho; primer canto de esa magnífica epopeya que se llama la guerra de la Independencia.

Lejos de nosotros querer hacer de este acto de admiración á los vencidos una manifestación contra los descendientes de los vencedores. España y Francia están unidas por bastantes vínculos para que nadie pueda tomar la celebración de nuestra fiesta popular por semillero de discordias. Pendiente está todavía en la alta Cámara el nuevo tratado de comercio que nos une más y más á la vecina República. Olvidemos para que los demás olviden. Si los pueblos de Europa mantuvie-

sen viva en su mente la memoria del siglo XVI, ¿habría nadie en el mundo más odiado que nosotros?

Descendientes de las víctimas del *Dos de Mayo*, hemos conmemorado su recuerdo este año como los anteriores, como los venideros; pero, al conmemorarlo, podemos repetir las mismas elocuentes palabras que pronunció el ex-ministro señor Crispí en el centenario de las Vísperas Sicilianas, y que fueron acogidas con aplausos por la multitud: «Esta fiesta no se dirige contra nación ninguna. Significa solamente que sabríamos defender nuestros derechos contra cualquiera que los atacara.»

Cerrado se ha mantenido el horizonte por la parte de Cataluña durante toda la quincena. La algarada separatista ha continuado su curso, desahuciándose en protestas de provincialismo. Las *barretinas* han hecho el gasto estos últimos días, y el ridículo y la nimiedad han venido á dar una nota chillona al cuadro á trozos sombrío que pinta la situación del Principado. El anhelo de protección de los barceloneses ha servido para hacer el caldo gordo á los fabricantes de esa prenda tradicional, que en las aldeas podía representar algún papel, pero que las costumbres y la moda habían desterrado completamente de las capitales. Los estudiantes la ostentan públicamente, y aún hubo días que en las clases dieron sus lecciones en el dialecto del país; tiendas autorizadas para usar en su muestra el escudo de España, le sustituyeron por el de Cataluña; y en algunas llevaron su sabiduría los dueños, hasta á fijar un cartel para indicar que se *habla español*, lo cual supone que nos tratan como á nación reconocida, creyéndonos dignos de ser admitidos en sus transacciones.

Por fortuna esta exageración de provincialismo ha producido efecto contrario en cuantas personas sensatas hay en Cataluña, y la cuestión famosa de las *barretinas* ha quebrantado algo la manifestación proteccionista, que fué su origen ó á lo menos su pretexto. La situación, pues, ha adelantado muy poco, y hoy por hoy no puede notarse en ella mejoría ni agravación dignas de tomarse en cuenta. Esperamos confiadamente que el buen sentido de todos y el tacto del general Blanco la despejarán sin que bien pronto quede rastro de ella ni deje recuerdo amargo en la memoria de la patria, madre bondadosa, propicia siempre á perdonar los extravíos momentáneos de cualquiera de sus hijos y siempre pronta á recibirle en su amoroso seno cuando el desengaño y la desilusión se le devuelvan arrepentido de su ingratitud.

El discurso del Sr. Silvela sobre la ilegalidad

con que el Gobierno ha procedido al declarar el estado de guerra en Cataluña ha sido el más culminante entre los puntos debatidos en el Parlamento desde nuestra última revista.

Entre las muchas cosas que en España suceden anómalas é irregulares para el que de buena fé tendiese una ojeada á nuestros partidos políticos, no es la ménos digna de llamar preferentemente su atención ese cambio tan radical que en las ideas y doctrinas de los hombres y los partidos se verifica á impulsos del poder. Mágico brevaie, parece compuesto con agua del Leteo, que tiene la facultad de oscurecer la inteligencia y borrar hechos y discursos grabados en la plancha movable de la memoria. Por eso se vé aquí tan á menudo el espectáculo de liberales que se hacen conservadores y conservadores que se tornan liberales en solo la cortísima distancia que media entre la minoría y la mayoría; fenómeno extraño y falto de razonable explicacion, y más propio para hacer perder la fé en los hombres y las cosas, que para afirmarla; caso verdaderamente inexplicable, del que un pesimista podía deducir una enseñanza terrible para nuestras convicciones: que la libertad, desterrada del paraíso del poder—si el poder es un paraíso—vaga siempre por sus inmediaciones, rondando el alcázar misterioso desde donde podría hacer la dicha de los pueblos sin que nunca pueda penetrar en él.

No es un ejemplo lo que se podría citar á este respecto, sino muchos; casi tantos como cambios políticos se han verificado en esta pobre patria, presa de la manía de cambiar de sistemas de gobierno como el enfermo que va de un médico á otro médico y pasa de un método á otro método, solo porque ha perdido la confianza en la medicina. La oposicion aclara las ideas, disipa nieblas y deshace sombras, y en el fondo de un cielo despejado percibe el ideal que brilla como las estrellas en las largas noches invernales; pero el poder empaña la mirada y el ideal se desvanece un tanto y brilla ménos, semejante á esas mismas estrellas en la atmósfera pesada de una noche de estío. Véase, si no, á los fusionistas, y no queremos ir más lejos, antes del 8 de Febrero, esa fecha tan memorable que decidió el curso de sus destinos. Libertad para la prensa amordazada, supresion del juramento, juicio oral... ¿á qué enumerar sus ofrecimientos, si aún están en la memoria de todos nosotros? Y enfrente de ellos los conservadores haciendo sentir sobre todas las esferas el peso insoportable de su influencia, caminando de torpeza en torpeza, de abuso en abuso, y deslizándose sin hacer esfuerzos para impedirlo por esa pendiente tan fácil de bajar y á cuyo pié está la reaccion. El país no podía soportar por más tiempo aquella situación, cuya debilidad era más grande cada día, y que agonizaba. Así, cuando Sagasta fué llamado á recoger la herencia del moribundo, un suspiro de satisfacción brotó de todos los pechos, una frase halagüeña se escapó de todos los labios; los mismos á quienes nada favorecía directamente por tener miras más altas que un simple cambio de gobierno, lo acogieron con benevolencia y se colocaron á la expectativa. Pero la ilusión duró poco. Uno tras otro desaparecieron del programa fusionista los propósitos mantenidos en la oposicion, cuando, sentado en los escaños de la minoría, miraba el banco azul como isla inabordable, á cuya orilla no se podía aproximar.

Y enfrente de él, hoy como ayer, están los conservadores, ménos, pero más unidos que cuando gobernaban el país, y algun tanto cambiados también. Sotenedores ayer de los principios más retrógrados, se han hecho ahora los paladines de esa misma libertad abandonada por los que ayer la invocaron como bandera y la siguieron como norma y la aclamaron como ley. Hoy son los fusionistas los que la atacan y los conservadores los que la defienden; hoy son los fusionistas los que suspenden las garantías constitucionales por un simple decreto en Cataluña, y los conservadores los que vuelven por los derechos de la libertad.

No es, pues, extraño, que en la sesion del día 29, al discutirse en el Congreso la conducta del Gobierno, ante la infraccion constitucional puesta de manifiesto, fuese el Sr. Silvela el encargado de defender la idea liberal y los fueros del Parlamento, y D. Venancio Gonzalez la doctrina autoritaria y las usurpadas prerogativas del Gabinete.

El diputado canovista estuvo elocuente.—La minoría conservadora, dijo, quiere saber qué criterio tiene el Gobierno en este asunto, porque todo cuanto al órden público se refiere es muy grave, y es preciso que tales infracciones no se repitan. La Constitución del 69 y lo mismo la del 76, prescriben, que estando abiertas las Cortes, el Gobierno debe venir á pedir las autorizaciones para suspender las garantías constitucionales, autorizacion de que sólo prescindirá caso de que no funcionen las Cámaras.—

El ministro de la Gobernacion no expuso un argumento, ni siquiera dió una excusa fundada. Revolviéndose en el vacío, buscó un escudo en hechos anteriores de otros Gobiernos, como si pudieran las faltas ajenas servir de paliativo á las propias.

¿Los precedentes!
¿De qué no habrá precedentes en España, que es el país de los precedentes por excelencia? Aquí, donde el descreimiento político ha llegado hasta el punto de tundarse y ser deshechas instituciones, cambiarse radicalmente el sistema de Gobier-

no, morir y nacer dinastías y triunfar ó ser vencidas alternativa mente la monarquía y la república; aquí, donde la falta de respeto á la ley es tan grande por parte de todos los Gobiernos, que ha hecho axiomática la frase que en España se hacen Constituciones por sólo el gusto de infringirlas, aquí hay precedentes para todos. Invocándolos pueden los federales demostrar que el país está con ellos; invocándolos, pueden los conservadores creerse objeto de generales simpatías. Si á tan copioso archivo se acude, faltarán sólidas razones que defiendan los atentados cometidos, pero no faltarán los precedentes. ¡Qué lástima que no basten estos solos para llevar al país la conviccion de que el Gobierno ha obrado bien!

La mayoría rechazó la proposicion incidental del Sr. Silvela.

Solo una persona mereció elogios, en medio de tantas reconveniones: el general Blanco, cuya direccion en el empleo de las facultades extraordinarias de que se le invistió mereció la alabanza de amigos y adversarios. Quizá su tacto y su prudencia han evitado dias de duelo á Barcelona.

No ha faltado su nota cómica á la quincena parlamentaria. De esta parte del programa se ha encargado una proposicion presentada por el Sr. Gomez Diez que no era sino una censura contra el ministro de Hacienda. Hubo en el curso del debate detalles chistosísimos para el que solo vé la superficie de las cosas, como el de un firmante que retiró su firma, otro que la explicó con atenuaciones; por fin su autor la retiró, y al ver esto el señor Mataró, diputado catalán, que por lo visto esperaba una cartera de la votacion, gritó:

—Esto no es formalidad. Me voy con los conservadores.—Y allí mismo mudó de escaño con la ingenuidad de un niño.

La estatua de la gravedad parlamentaria se veló el rostro.

El tratado de comercio ha invadido la alta Cámara llevando al palacio de doña María de Molina, la monotonía y languidez de las últimas discusiones que provocó en el Congreso. Oradores poco elocuentes, concurrencia escasa en los bancos y las tribunas. Prejuizada la cuestion por la Cámara popular, agotados los argumentos en pró y en contra, ni ofrece novedad ni despierta interés. Allí la temperatura está siempre mucho más baja. Fué preciso que el señor marqués de Molins, creyendo amenazadas las instituciones pronunciara un: ¡Dios salve al rey!—para que la columna termométrica subiera hasta un grado no muy comun. Y es que aun no se ha extinguido el eco de otro: ¡Dios salve á la reina!—nuncio de graves acontecimientos. Pero esto fué un momento y nada más.

Y dejemos con esto á centralistas y constitucionales, que bastante espacio les hemos dedicado. Asuntos importantes del extranjero piden también nuestra atencion. Comencemos por Inglaterra.

Dos años lleva en el poder el Ministerio Gladstone, y durante ellos ha vencido todas las dificultades exteriores, y no eran pocas, que le dejó Disraeli al retirarse; pero sus esfuerzos se han estrechado en Irlanda ante la Liga agraria y sus exigencias. Las medidas de represion no han hecho el efecto que sus inspiradores esperaban; la prision de los hombres importantes defensores de la rebelde Erin sólo ha servido para exacerbar los ánimos é inclinarlos más y más á la resistencia. En vista de esto, se ha achacado la nulidad de lo concedido á falta de eficacia en las leyes, y el ilustre jefe del Gobierno inglés, supeditándolo todo al triunfo de su política, y no vacilando en sacrificar su amor propio en aras de la tranquilidad del país, ha confesado su impotencia ante el Parlamento, y su decision de ensayar otro procedimiento que pueda conducirle al mismo fin que se propone realizar.

Bien explícitas y terminantes han sido sus declaraciones ante la Cámara. Van á suspenderse las medidas coercitivas; va á iniciarse un período de concesiones que puede dar buen resultado, á fin de llegar á una avenencia. Como prendas de esta nueva política, Parnell, Dillon, y O'Kelly han obtenido ya la libertad, y los demás presos de menor importancia la obtendrán también en breve plazo: por último, M. Forster, secretario general de Irlanda, conocido por su apego á las medidas represivas, ha presentado su dimision, que le ha sido inmediatamente aceptada, lo cual ha causado excelente impresion en aquel país, segun los últimos partes que tenemos á la vista.

A nadie puede pasar inadvertida la gravedad que estas noticias entrañan. La decision de Gladstone ha producido mal efecto en los conservadores,—¡en todas partes son los mismos!—que auguran males sin cuento á la nueva política irlandesa. Uno de estos dias, un diputado piensa presentar una proposicion pidiendo que el Gobierno dé explicaciones sobre el nuevo plan que se propone seguir. En la votacion es probable que se dividan algo los diputados liberales.

Si los inspiradores de la Liga Agraria acogen de buena fé la paz con que se les brinda, y empleando su influencia en calmar antagonismos, en hacer olvidar rivalidades y dar al olvido resentimientos,

coadyuvan al éxito de la nueva política, mucho habrá mejorado la situacion de Inglaterra, cuyo verdadero cáncer está en su lucha con Irlanda, en esa cuestion social siempre debatida y nunca resuelta, que se impone á todo por la importancia que tiene. Pero si, por el contrario, los colonos quieren sacar partido de las ventajas obtenidas y demostrando ánsia insaciable de reformas quieren estrechar la resistencia para ver de conseguir más todavía, Gladstone tendrá que abandonar el poder, y el estado de la poderosa Albion no tendrá nada de envidiable, pues se hallará frente á la agitacion irlandesa sin tener un sistema que emplear para dominarla.

Como no podía ménos de suceder, los atentados contra los judíos en Rusia empiezan á ocupar á las potencias, que no pueden consentir esas matanzas en masa de indefensos israelitas, que luego castigan las autoridades rusas con la pena de prision de tres á ocho dias impuesta á los asesinos. Respondiendo á la indignacion pública en los Estados- Unidos, el ministro de Estado ha ordenado al embajador cerca del Czar que interponga toda su influencia para que cesen tales crímenes y haga ver al Gobierno moscovita la indignacion que en la República producen. Por su parte, el subsecretario de Negocios Extranjeros en Inglaterra, contestando á una proposicion presentada sobre este mismo asunto en la Cámara de los Comunes, ha declarado que el Gobierno inglés empleará toda su influencia para que no se repitan los últimos desmanes de Balta.

La situacion interior varía poco en Rusia; puede decirse que se halla en el mismo estado que hace mucho tiempo. El czar no quiere ceder, y los nihilistas, no ceden tampoco. Lo que ha mejorado algo ha sido su situacion exterior con la salida de Gorschakoff é Ignatieff, á quienes se considera como enemigos de Alemania. Van desvaneciéndose, ó á lo ménos debilitándose, la idea de un próximo rompimiento entre ambas naciones; pero los mismos que todo lo ven de color de rosa juzgan el conflicto aplazado solamente.

A lo ménos no se cree otra cosa en Alemania, donde, en expectativa de los acontecimientos que puedan venir por la parte de Rusia, prosiguen con la mayor actividad las obras de defensa que hace Alemania en su frontera oriental. Se han construido á la entrada del puerto de Königsberg dos fuertes blindados; se han gastado quince millones de marcos en completar los trabajos que defienden á Dantzig; además se han levantado muchos fuertes en las orillas del Vístula y en los alrededores de Posen.

Entretanto se hacen preparativos para la fiesta de la coronacion, que aun no se sabe cuándo se realizará.

La crónica de Madrid no registra más que un triste suceso: el fallecimiento del celebrado escritor D. Ramon de Mesonero Romanos, su antiguo cronista, guardador de sus viejas tradiciones y pintor inimitable de sus costumbres. Hay en las *Escenas Madrilenas* artículos que son verdaderos cuadros, ricos de color, llenos de notas brillantes, en que las figuras viven, se mueven, respiran el aire que respiramos, y que el autor, á fuerza de talento ha trasladado á su paleta y luego á sus páginas. La fama que ya en vida acompañaba á su nombre, aumentará con la muerte, pues nunca se aprecia tan bien el valor de lo que se tiene como despues de haberlo perdido. Mesonero Romanos viviendo, codeándose con nosotros, parecia inspirarnos cierta confianza; ahora que reside en la inmortalidad y le veremos á través de sus obras, instruyéndonos en sus libros con los primores de su estilo y lo castizo de un lenguaje, nos parecerá mucho más grande.

Setenta y nueve años tenia, y sin embargo, su poderosa inteligencia no habia sentido aun el beso frío de la edad que la entorpece y la hiela. Hace poco publicaba las *Memorias de un setentón*, su última obra, tan alabada por la critica y en la cual se revela todavía el esplendor de sus facultades. Un ataque cerebral ha cortado el hilo precioso de su existencia. ¡Bendito el mundo, que existiblemente, á donde van los géneos de la tierra cuando la muerte nos los arrebató! La muerte de los hombres de talento es la prueba más palpable de la inmortalidad del alma humana.

HUE.

ESTADO NATURAL DEL HOMBRE.

La perla, que se forma en la concha nacarada, no ostenta los reflejos de su brillante tersura si el buzo no la extrae del fondo de la mar.

Tal es la mente humana: envuelta en densas nubes aparece en el hombre, y no resplandece en la Historia, si una enseñanza eficaz, que la vivifique y fecunde con el poder de la palabra, no hace surgir de ella el verbo del espíritu, la vida del pensamiento.

La instruccion es el buzo que saca la inteligencia de la mar de la ignorancia ó de los abismos del error; y la lustra y abrillanta para que se refleje en sus ideas el esplendor de la verdad.

¿Pero no es la enseñanza un proceder contrario á las tendencias del espíritu? ¿No nace el hombre sumido en la ignorancia? ¿Y no será la ignorancia su estado natural? ¿Y es justo, es racional, enmendar la obra de la naturaleza? ¿Es el hombre

más sabio que el que dictó leyes al mundo, ó tiene títulos para interpretar algunas y corregirlas á su antojo? ¿Con qué derecho se toma al espíritu del hombre y se le enfrenan sus pasiones y se le ordenan sus apetitos y se le ilustra su inteligencia?

Hobbes, con su lógica audaz, enseñó que el estado natural del hombre es la guerra; Rousseau, con su pasión, proclamó que era la vida errante, la vida de los bosques. Tales sistemas que encuentran la perfección de la naturaleza humana en las cavernas y selvas; en el brutal desarrollo de todos los instintos, de todos los apetitos, de todas las inclinaciones en el amor inculco, en la vida selvática, sin ningún concierto, ninguna armonía, entre ese gran completo de facultades que constituyen al hombre, son doctrinas devastadoras contra las cuales se rebela el profundo sentimiento que el género humano tiene de la alteza de su dignidad.

¡La guerra el estado natural! ¡La naturaleza destruyéndose á sí misma! ¡El hombre esforzándose en llegar al no-ser y esto por una ley de su propia organización! ¡Qué delirio!

Las selvas y las cuevas; el placer sensual desenvuelto en todas sus fases; el apetito satisfecho en todas sus manifestaciones; el hombre arrastrado por brutales instintos, dominado por ardorosos deleites, sin razón que le dirija, ni libertad que le eleve. ¡Qué abyección!

Vivir en perpétua guerra para destruirse á sí mismo es contrariar la gran ley natural de la propia conservación.

Vivir vida selvática en que los elementos morales y la fuerza intelectual pierden toda su valía, es también contrariar otra gran ley natural, común á todos los seres: el desenvolvimiento progresivo de todas sus propiedades.

Por consiguiente la guerra y la vida de los bosques son estados violentos, contrarios á las leyes que presiden el desarrollo de la organización humana.

¿Cuál es, pues, el estado natural del hombre?

El desenvolvimiento armónico de todas sus facultades para desempeñar el papel que la Providencia le ha designado en el vasto plan del universo, es decir, la perfección.

¿Es por ventura el capullo el estado natural de la azucena, y el huevo el estado natural del ave-truz?

Si así fuere, violentad la naturaleza para que no vista la tierra sus hermosísimas plantas ni se pueble de animales.

Si así fuere, decid á la humanidad que arruine los monumentos; destruya las ciudades; desvaste los campos cultivados; anatematice los descubrimientos, la Historia, la Filosofía, la expresión artística de la belleza ideal, la ciencia toda, y se repliegue á los desiertos á buscar albergue en las cavernas, alimento en las frutas, en las hojas y en las pieles su vestido!

Si así fuere, maldecid esos cuarenta siglos del mundo antiguo y esos diez y nueve del mundo moderno, en que la humanidad atormentada por su ingénuo dolor y cruelísima ignorancia, ha venido conquistando, con trabajos constantes y sudores perennes, la luz de la verdad, el imperio de la razón, el desenvolvimiento de la libertad en el deber, la nobilísima expansión del sentimiento, la norma de las costumbres, la dirección de los instintos, la cooperación de la naturaleza material en favor de su primacía, y todo ese cúmulo de medios apropiados para embellecer su existencia, ennoblecer su asociación y elevar su espíritu con la impresión de la verdad, que es lo que llamamos civilización y progreso!

Si así fuere, decid á esta civilización que del Gólgota para acá ha venido creciendo como aquella «piedra que sin mano alguna de hombre se desgajó del monte, y después de haber reducido como átomo de una era de verano, los imperios del mundo, se hizo una gran montaña que hinchó toda la tierra,» decid, repito, á esta civilización bella y grandiosa, que haga alto en su marcha; que apague la lumbre de la ciencia; que desnude al corazón de sus santas esperanzas y á la inteligencia de sus excelsas creencias; que arranque á la imaginación y al sentimiento la auréola de la poesía y de la belleza estética; que oprima con el despotismo la libertad justa y digna; que desate instintos y extinga el deber; que encienda la guerra y reduzca á pavesas los frutos de la paz; que empañe con el descaro del cinismo el suave reflejo del pudor; que convierta la fraternidad en tiranía; que sustituya á la luz las sombras; al orden el caos; y que torne al hombre á ese estado primitivo, sueño de los insensatos.

¿No palpáis el absurdo de tan repugnante doctrina?

Necesario es, pues, proclamar con el cristianismo que el estado natural del hombre es la constante aspiración á una felicidad inacabable, colocada más allá de los límites del tiempo y de los reñates del mundo; y el progreso perpétuo de la inteligencia, la libertad y el amor.

El rayo del sol al pasar por un prisma de cristal se refringe y descompone en primorosos colores. Así la verdad matriz al pasar por la inteligencia, se descompone y divide en infinitas verdades, generadoras del progreso. Débil nuestro entendimiento no da paso franco á toda la verdad, y, como un prisma de óptica, la divide y clasifica para poder asimilársela y alimentarse de ella.

De esta manera la debilidad de la inteligencia engendra la diversidad en las ciencias; y cada ramo del saber concierne á cada faz de verdad, á ca-

da rayo de luz, de que el alma se apodera con su visión intelectual.

Por eso el hombre adora; y la religión le enaltece, le vivifica y le ilustra. Calcula, y surgen las matemáticas con el prodigio de sus fórmulas, erigiéndose en criterio del mecanismo universal. Observa los cuerpos y fenómenos que le cercan, y la Química y la Física se constituyen intérpretes del misterio de las esencias y de la rica hermosura de las escenas del mundo. Habla, y la Filología y la Gramática aproximan las lenguas, pulen los idiomas y vigorizan la expresión. Eleva su pensamiento á Dios y al Ángel, le repliega sobre sí mismo, le extiende al mundo.... y nace la Filosofía que se encarga de robustecer el sentimiento de su dignidad, de guiarle para inventar y de auxiliarse para descubrir. Imagina y siente con vivísimo entusiasmo, y la Poesía y el Arte comunican al espíritu la suave presión del amor, y dan á las formas plásticas la expresión de lo infinito.—Pero no es fácil contar tantas fuentes de progreso ni tantos focos de luz que irradiando en todo sentido y convergiendo á un mismo centro, constituyen, en conjunto, las preciosas armonías de la civilización moderna.

Las sociedades progresan en tan variados caminos. La humanidad aspira, con incesante vehemencia, á una Verdad absoluta, á un Bien infinito, á una Belleza inmutable, y buscando con ardor esos grandiosos objetos, deja en la historia del pensamiento humano los surcos luminosos de sus perseverantes labores.

Tal es el destino del hombre, su estado natural: progresar constantemente en el campo de la Verdad, del Bien y de la Belleza; aspirar á la perfección.

Mas todo progreso debe subordinarse á la verdad revelada, porque ella es la síntesis que contiene el arcano de la Providencia y el misterio de la humanidad.

Úfanas las sociedades en estos últimos tiempos con el progreso de las ciencias, por el lado material, han desdeñado la verdad moral y la verdad religiosa.

Bueno es que el hombre en su gabinete, con una cuartilla de papel, un lápiz y un compás, mida con exactitud la fuerza de los vientos, el girar de la tierra y el rodar de los cielos.

Bueno es que sorprendiendo los secretos del mundo haga de un hilo metálico el maravilloso mensajero del pensamiento humano.

Bueno es que vigorice el lenguaje, hable con pureza, escriba con elegancia.

Bueno es que torne la amargura en placer, en salud la enfermedad, en fuerza la languidez.

Bueno es, en fin, que obediente á la ley progresiva de la civilización, ande, avance y conquiste en el vasto campo del saber.

Pero esta civilización sin moral, este saber sin religión, es la civilización automática, la civilización materialista, siempre carcomida por el brutal sensualismo. No es la civilización metafísica, espiritual y fecunda que ilumina la conciencia y santifica el corazón; que embellece el alma y vigoriza el cuerpo; que dejó en las ciencias y en las artes los diáfanos reflejos de su celeste inspiración. No es una civilización austera, fortalecida por el sacrificio, sino una civilización voluptuosa, enervada por el deleite. Es una civilización efímera, brillante si se quiere, pero no una civilización perfecta, una civilización inmortal.

LUCIANO CARVALLO.

DE LOS USOS DEL PRONOMBRE ÉL,

EN SUS CASOS OBLÍCUOS SIN PREPOSICION.

Trahit sua quemque voluptas.
VIRG., ECL. 2, v. 65.

El uso de este pronombre es la piedra de escándalo en que tropiezan casi todos los que hablan y escriben español. Si exceptuamos algunos pocos autores que han hecho más estudio de la lengua y dado más importancia á las reglas de su gramática, en todos los demás encontraremos faltas de más de un género, que infringen las que para el uso y manejo de sus casos oblicuos nos dá la de la Academia.

Don Diego Clemencin, en una nota que se encuentra en su Quijote comentado, tomo 6.º, parte 2.ª, página 169, nada ménos que 28 faltas numera á Cervántes en el uso de este pronombre, si bien andubo tan poco acertado en los casos que señala, que trayéndolos con motivo de la referencia que hace la Academia al uso que del *lo* en acusativo hacen algunas veces Granada y Cervántes, casi todos los que presenta se refieren á los dativos de ambos números, que nada tienen que ver con la cita de la Academia: más pudiera y debiera decir sobre el contenido de esta nota, pero no es ahora la ocasión; lo haré adelante, cuando vuelva á encargarme de ella detenidamente. Seguro estoy de que se encontrarán en el Quijote más faltas de esta especie que las que anota Clemencin, porque Cervántes, como los demás clásicos antiguos, pararía muy poco su atención en estas pequeñeces, á que los modernos han prestado mayor atención, y han estudiado mejor. Por esto también, según advierte la propia nota, se encuentran iguales faltas en Lope de Vega, en Torres Naharro, en el mismo Quevedo, que por cierto conocia bien su lengua, y en otros varios. De la prensa periodísti-

ca de nuestros días, dicho se está que con frecuencia y de todos modos peca contra estas reglas. Salvá, en su gramática, escudado con la muletilla y salvedad que anticipó en su título, *Gramática de la lengua castellana, segun ahora se habla*, al tratar de este pronombre se rebeló contra la Academia en el punto más grave, como que es el que ha dado materia y nombre á los bandos de *loistas* y *leistas*; y en otro, aunque mucho más leve, también disiente del parecer y doctrina de aquel cuerpo, D. José Segundo Flórez en su apreciable *Gramática filosófica de la lengua española*. Hasta don Pedro Martínez López, desapiadado censor de Salvá, pecó alguna vez, y en la misma gramática en que la refuta, contra uno de los preceptos de la Academia sobre los casos de este personal, y las transgresiones que más adelante citaré no serán tomadas de escritores oscuros, sino de autores de buena nota, ó por lo ménos, de personas no comunes.

Es indudable, pues, que en el uso de este pronombre hay una decidida anarquía, que en materias de lenguaje no es ménos dañosa que en asuntos de gobierno, y si bien en aquellas hay muchas cosas que es preciso dejar á la elección y buen gusto del escritor, no son de esta clase las reglas que norman la sintaxis ó construcción, las cuales deben ser precisas, fijas, é inalterables.

Para dar á conocer cuáles son las faltas que suelen cometerse en el uso del mencionado pronombre, con infracción de las reglas dadas por la academia, fuerza será comenzar por decir cuáles son éstas, y muy conveniente también, al notar después las transgresiones, señalar su mayor ó menor importancia.

Este pronombre se llama personal, aunque no sólo representa las personas, sino también las cosas, porque unas y otras cuando funcionan como sujetos, objetos y complementos de la oración, son igualmente *personas gramaticales*: su declaración, segun la Academia, es la siguiente:

Tercera persona.

SINGULAR MASCULINO		SINGULAR FEMENINO.	
Nom.	Él.	Nom.	Ella.
Gen.	De él.	Gen.	De ella.
Dat.	Á, para él, le.	Dat.	Á, ó para ella, le.
Acus.	Le, á él.	Acus.	La, á ella.
Ablat.	Por él.	Ablat.	Por ella.
PLURAL MASCULINO.		PLURAL FEMENINO.	
Nom.	Ellos.	Nom.	Ellas.
Gen.	De ellos.	Gen.	De ellas.
Dat.	Á, ó para ellos, les.	Dat.	Á, ó para ellas, les.
Acus.	Los, á ellos.	Acus.	Las, ellas.
Ablat.	Por ellos.	Ablat.	Por ellas.

Quede, pues, sentado que los pasos oblicuos sin preposición, materia de mi discurso, son: *le* para el dativo singular, tanto en el género masculino como en el femenino, *les* para el dativo plural, también en ambos géneros; *le* para el acusativo singular masculino, *la* para el acusativo singular femenino, *los* para el acusativo plural masculino y *las* para el acusativo plural femenino.

El pronombre de tercera persona neutro es *ello* en el caso recto ó nominativo, y *lo* en el objetivo ó acusativo, que no tienen plural por efecto de su naturaleza, pues esta es la de referirse como neutro á lo indeterminado y desconocido, y por consiguiente sin número ni género, y se declina en singular como los antecedentes de tercera persona, la cual, además de esta terminación que se llama *directa*, porque la significa directa y absolutamente, tiene otra llamada *recíproca*, y con más propiedad reflexiva, porque la expresa con reducción del pronombre, v. g.,

Gen.	De sí.
Dat.	Á, ó para sí, se.
Acus.	Se, á sí.
Ablat.	Por sí, consigo,

que pertenece á los tres géneros masculino, femenino y neutro, y no admite variación del singular al plural.

Acerca de los casos dativo y acusativo, después de haber presentado su declinación, dice la misma Academia: «Asimismo puede resultar equivocación en el uso y conocimiento de los casos dativo y acusativo de este pronombre en ambos números, por las terminaciones que se han puesto en los ejemplos de la declinación. Para precaverla se observará la regla siguiente:

«O la acción y significación del verbo termina en el pronombre personal de que se trata, ó termina en otra ó en otras partes de la oración. Si en el pronombre, este está en acusativo; si en otra parte de la oración el pronombre será dativo, del singular ó plural. El de singular será *le*, y *les* el de plural, de cualquier género que sea, cuya diferencia dependerá claramente del contexto de la oración. El acusativo de singular será *le* y el de plural *los*, cuando el pronombre sea masculino; y siendo femenino se dirá en singular *la*, y *las* en plural. Por ejemplo: «El juez persiguió á un ladrón, *le* prendió y *le* castigó: persiguió á unos ladrones, *los* prendió y *los* castigó:» están los pronombres en acusativo masculino de singular y plural. «El juez persiguió á una gitana, *la* prendió y *la* castigó: persiguió á unas gitanas, *las* prendió y *las* castigó:» están los pronombres en acusativo femenino en ambos números. «El juez persiguió á un ladrón; *le* tomó declaración, *le* notificó la sentencia: prendió á uno; ladrones, *les* tomó declara-

cion, *les* notificó la sentencia:» están los pronombres en dativo masculino de singular y plural. «El juez prendió á una gitana, *le* tomó declaración, *le* notificó la sentencia; prendió á unas gitanas, *les* tomó declaración, *les* notificó la sentencia:» están los pronombres en dativo femenino de singular y plural.

«De este modo se han de conocer y usar los dativos y acusativos de este pronombre, en lo cual suele haber muy poca exactitud, no solo en el común modo de hablar, sino aun en los escritos de autores por otra parte recomendables. Igual falta de exactitud se observa en el uso del pronombre neutro *lo*, en lugar del masculino *le* en acusativo, de que se hallan tantos ejemplos, aun en los autores clásicos, que algunos le han atribuido, género masculino; pero nunca puede tenerle. Antes se ha de creer que está mal dicho: «el juez persiguió á un ladrón, *lo* prendió, *lo* castigó; ó F. compuso un libro, y *lo* imprimió,» en lugar de *le*. Y respecto de los autores que le han usado, como Granada, Cervantes y otros, se ha de decir, ó que hay falta de corrección en las impresiones de sus obras, ó que fueron poco exactos en el uso de estas terminaciones, ó que por cuidar alguna vez con demasiada del número armonioso de la oración, sacrificaron las reglas de la gramática á la delicadeza del oído.»

Tales son las reglas y tal la doctrina que acerca de este pronombre nos da la Academia de la lengua. D. José Segundo Flórez se separa de ellas, sólo en cuanto al objeto indirecto ó sea dativo del género femenino que quiere sea *la* en el singular y *las* en el plural, mostrándose muy cargado de razones, que sin embargo se reducen á muy poco, y asentando que la Academia ninguna tiene para su regla, cuando le asiste la misma que forma el único fundamento de los *loistas* para preferir el *lo* al *le* en el objeto directo masculino, y es la utilidad de distinguir el régimen indirecto del directo con dos terminaciones distintas: en lo demás sigue la doctrina de la Academia, de la cual no se separa en su gramática D. Pedro Martínez López.

No así D. Vicente Salvá, que respecto del caso más debatido, el directo masculino singular, adopta un término medio, el cual aquí, como suele suceder en otras muchas cosas, es, según lo haré ver más adelante, peor que los extremos. Después de tratar del dativo femenino en ambos números, opinando con la Academia que debe ser *le* y *les*, dice: página 127, edición de 1835: «Algo más dudoso está el uso de los doctos respecto del pronombre masculino; y si bien hay quien diga siempre *lo* para el acusativo sin la menor distinción y *le* para el dativo, lo general es obrar con incertidumbre, pues los escritores más correctos que dicen *adorarle*, refiriéndose á Dios, ponen *publicarlo*, hablando de un libro. Pudiera conciliarse esta especie de contradicción estableciendo, por regla invariable, usar del *le* para el acusativo, si se refiriere á los espíritus ú objetos incorpóreos y á los individuos del género animal, y del *lo* cuando se trata de cosas que carecen de sexo y de los que pertenecen á los reinos mineral ó vegetal. Así diré: *examinarle*, si se trata de un espíritu, un hombre ó un animal masculino, y *examinarlo*, si de un hecho;» y remite á la nota marcada con la letra G á los que quieren enterarse de los motivos en que se apoyan respectivamente *loistas* y *leistas*.

En esta nota expone algunas, no todas, de las buenas razones que alegan los *leistas*, y pasando á instruirnos de las que presentan sus contrarios, sólo dice: «Los *loistas* han creído que se diferencian mejor los casos dativo y objetivo (1) del pronombre *él* usando *le* para el primero y *lo* para el segundo, acercándose mucho en esto á lo que practican los italianos. Tienen además excelentes autoridades en su favor; y lo que sucede en el plural donde *les* sirve para ambos géneros en el dativo, mientras *los, las* es indisputablemente el acusativo, ha podido muy bien guiarnos para el uso de los mismos casos en el singular.»

De las tres razones que expone Salvá en favor del *loismo*, la primera que en él se diferencian mejor los casos dativo y objetivo del pronombre *él*, usando *le* para el primero y *lo* para el segundo, es, en efecto, razón, y la única que hay en su favor, como que la cuestión, simplificada y reducida á su última expresión, se reduce á saber si esta ventaja compensa los males é inconvenientes que resultan de privarnos, aplicando la terminación *lo* del objetivo neutro al objetivo masculino, de tener esta terminación exclusivamente para lo que llamamos género neutro en nuestro idioma. La segunda razón —que tiene excelentes autoridades en su favor— no deja de ser impertinente ó redundante, porque ella entra en el supuesto de la cuestión; por el uso, especialmente, se sostiene el *loismo*, y ya damos por sentado que hay muchos *loistas*, más ciertamente que *leistas*; dominan casi exclusivamente en las Andalucías y en toda la América: *leistas* solo se encuentran en la corte, en las Castillas y entre los escritores que han prestado más atención al estudio de la lengua; por lo que D. Antonio Alcalá Galiano, D. Javier Burgos, Martínez de la Rosa y algunos otros, son *leistas* á pesar de ser andaluces; y la tercera razón, esto es, la analogía

(1) Nombres impropios los que aquí usa Salvá para distinguir estos casos, pues los dos son objetivos, uno directo, otro indirecto; también se puede llamarlos régimen indirecto y régimen directo; dativo y acusativo.

ó paridad que quiere llevar al singular de lo que se verifica en el plural, en que *los* es *indisputablemente* la terminación masculina de este pronombre, solo sirve para sospechar que Salvá no llegó á ver esta materia en todas sus facetas y extension; en el plural masculino no necesitamos más que las dos terminaciones, *los* para el acusativo y *les* para el dativo, con las cuales llenamos todas sus funciones, porque en este número no tenemos más que dos géneros, masculino y femenino; el neutro no pasa al plural; pero en el singular, con solas dos terminaciones *le* y *lo* tenemos que desempeñar tres oficios, dativo y acusativo masculino y acusativo neutro, y es preciso optar entre aplicar el *le* al dativo y al acusativo, ó dar al *lo* funciones de acusativo masculino y de acusativo neutro, privando á este género de una terminación exclusiva, á lo cual se reduce, vuelvo á decir, la cuestión entre *loistas* y *leistas*: no hay, pues, para decidirla, la analogía, ni menos la paridad que ha creído encontrar Salvá entre el plural y singular de este pronombre.

Dice enseguida: «Por plausibles que sean las razones de los unos y los otros, como me he propuesto fundar mi gramática solo en la autoridad del uso (*hinc prima mali labes*) (1), no me era permitido seguir á ninguno de ellos exclusivamente, por cuanto ningún escritor de los que florecieron antes de la última centuria, ni de los buenos posteriores (si no se ha declarado partidario de una ú otra escuela), deja de usar, casi indistintamente, el *le* y el *lo* para el acusativo masculino.» Concedido; pero la deducción lógica de la tal sentada base, sería que Salvá prescribiera á sus lectores y discípulos que en este particular hicieran lo que quisieran, siguiendo libremente sus propias inspiraciones; mas en vez de esto quiere ser jefe de secta, y separándose de los dos sistemas que cuentan en su apoyo, el uno con razones de utilidad para el idioma, con la respetable autoridad de la Academia y con la de los mejores hablantes, y el otro con la de escritores muy recomendables y con el muy poderoso uso, forma otro tercero que no cuenta más que con la observación que ha hecho Salvá de que á él tiende la práctica de algunos buenos escritores, y aun esta no siempre consecuente consigo, según él mismo nos lo advierte.

También D. Mariano José Sicilia, autor de las *Lecciones elementales de Ortología y Prosodia*, parece que, á fuer de buen andaluz, no pudo resolverse á ser *leista* perfecto, y quiso hacer otra especie de transacción entre el *le* y el *lo*, usando de aquel cuando se postpone al verbo, como *amarle, enseñarle, verle*, etc., y de este cuando se antepone, v. g., *lo amara, lo viera*. Trabajos tendría el analítico autor de aquella apreciable obra para dar razón de esta diferencia, y es un ejemplo más de que en las reglas es preciso ser consecuente y no andarse con términos medios, contemporizando, hasta cierto punto, con sus transgresiones.

Esta cuestión la trató con alguna amplitud don José Gomez Hermosilla, en su *Arte de hablar en prosa y verso*, defendiendo el *leismo*; en el mismo sentido volvió á tocarla en su *Gramática general*, y la defendió en la polémica que sostuvo contra un anónimo que firmaba R., según aparece del apéndice que D. Bartolomé José Gallardo agregó al folleto que publicó en Cádiz en 1830 con el título de: «*Cuatro palmetazos bien plantados por el Dómine Lucas á los Gazeteros de Bayona por otros tantos puntos garrafales que se les han soltado contra el buen uso y reglas de la lengua y Gramática Castellana, en su famosa crítica de la Historia de la Literatura Española, que dan á luz los Sres. Gómez de la Cortina y Ugalde Mollinedo.*»

En este apéndice aborda Gallardo la controversia, formulándola con estas palabras: «*Cuestión logosófica, —¿Cuál es el más adecuado oficio de los casos le, la, lo; los, las, les, (ge, se) del pronombre él, ella, ello?*» Derrama una porción de epítetos injuriosos sobre Hermosilla, sin qué ni para qué, y dice: «El Sr. Hermosilla, trata la presente cuestión bien á la larga en su dicho dichoso Arte; y el señor R. la trata después en los términos que se ha visto en el diario número 4441. Si uno ú otro hubieran desempeñado el asunto con la plena información de razones y hechos que el asunto merece, excusado me creería yo de ventilarle de nuevo. Dichoso, si le llegó á tocar de modo, que no sea menester retocarle.» Dice también: «La cuestión es curiosa. Esta especie de palabras encierra en sí uno de los primores exquisitos de la lengua latina y de la metafísica de la lengua castellana;» y después de calificar de barbarismo la declinación y uso de la mayor parte de las terminaciones de este pronombre, porque no se amoldan, como á él le parece que debían amoldarse, al latino *ille, illa, illud*, de donde trae su origen, siendo así que no tiene más analogía y conexión con él que esta,

(1) Carlos Nodier dice, con mucha razón, que hay dos usos, uno que crea y perfecciona las lenguas, y otro que las corrompe y desnaturaliza: los buenos escritores deben favorecer al primero y combatir al segundo. El mismo Salvá pone por epígrafe á su gramática estas palabras tomadas de Fr. Luis de León en los nombres de Cristo, que bastan para condenar su ciego apego al uso: «Algunos piensan que hablar romance es hablar como se habla en el vulgo, y no conocen que el bien hablar no es común, sino negocio de particular juicio en lo que se dice, como en la manera como se dice.»

viene á coincidir con las conclusiones de Hermosilla en aquellos tratados, sin diferencia alguna; pues aunque este, respecto de los dativos femeninos de singular y plural, da por regla la misma de la Academia, esto es, que el primero sea *le* y el segundo *les*, opina, como Gallardo, que debe ser *la* y *las*, y manifestando su deseo de que aquel cuerpo en otra edición de su Gramática hiciera esta innovación.

Gallardo desquició algún tanto la cuestión, ó como él dice, la trató indirectamente y sin rebatir punto por punto las doctrinas de los dos escritores, que no nos dice cuáles eran, porque él no podía decir lisa y sencillamente que Hermosilla tenía razón, y debemos creer que se veía precisado á concedérsela cuando vemos que sus conclusiones coinciden con las de aquel en sus citados tratados.

Exigir que Gallardo asistiera plena y llanamente á lo que Hermosilla sostenía, sería exigir un imposible, porque Hermosilla era uno de los que con Moratin, Búrgos, Lista, Miñano y algún otro, formaban aquella *pléyade* de escritores eminentes, que parece, al ver cuánto escasean ahora, se llevaron consigo al sepulcro el buen gusto en escribir, y con los cuales estaba á matar Gallardo, quizás, no tanto porque sirvieron á José Napoleón ó se sujetaron á su dominio, cuanto por celos literarios.

Hallábase Gallardo en plena y pacífica posesión de la palma de escritor satírico-jocoso, adquirida en Cádiz en los años de 12 ó 13, con su Diccionario crítico-burlesco y otras producciones fugitivas, cuando vino á disputársela en Madrid en 1821, D. Sebastian Miñano con los *Lamentos de un pobrecito holgazán* y con las *Cartas del madrileño*, que se insertaban en el *Censor*, periódico redactado principalmente por Hermosilla y por Lista. De tal modo se hirió el amor propio y el orgullo de Gallardo al ver que la opinión pública se dividía, poniendo en cuestión si sus producciones en aquel género eran superiores ó inferiores á las de su competidor, que perdiendo el juicio y salvando toda consideración y miramiento, publicó con el título, si mal no me acuerdo, de *Vida y hechos de un pobrecito holgazán*, un libelo altamente infamatorio en que atacaba la vida privada de su contrario. Denuncióle Miñano ante el jurado de imprenta, que por espíritu de partido le absolvió totalmente, declarando, contra lo que exigían el buen sentido y la sana razón, que no era infamatorio, y no quedó al injuriado otro partido que el de sacar á la vergüenza á aquellos jueces prevaricadores, publicando sus nombres y el fallo que habían pronunciado en abierta oposición con el contenido del libelo calificado.

Y no tenía Gallardo por qué lastimarse tanto del paralelo que entre él y Miñano se hacía, pues si éste le excedía en la elevación y profundidad de sus ideas políticas y en la crítica de las administrativas, todavía le quedaba á él la supremacía en el manejo y conocimiento del idioma, de lo que sacaba recursos y partido que no podía alcanzar el otro. Yo no conozco autor alguno que dé muestras de haberle estudiado tanto como Gallardo (1), por lo que los aficionados á este estudio leen con atención cuanto ha salido de su pluma, siquiera sea sobre fruslerías ó asuntos de poca monta. La sátira de Miñano, aunque interesa mucho por el fondo, es algo monótona en la forma, por el continuado ó frecuente uso que hace de la ironía.

Esta digresión no me parece impertinente porque ella explica la monomanía de Gallardo contra los escritores del partido afrancesado y la causa de ese modo brutal y notoriamente injusto con que ataca á Hermosilla en la introducción del cuaderno que ahora examino, y si para ello no me fuera preciso hacer una digresión, mayor todavía que la que me ha separado del asunto, yo probaría la justicia de ésta mi calificación. Con no menor acrimonia ni menos muestras de pasión, escribió más de una vez contra D. Javier Burgos, también del partido afrancesado, de lo que puede servir de ejemplo el folleto que publicó en Madrid en 1834 con el título de: *Las letras—letras de cambio ó los mercachifles literarios.*»

Antes de soltar de las manos este cuadernito de Gallardo, bueno será dejar consignado aquí y desde ahora, por lo que conduce á la doctrina que más adelante he de sostener, lo que se lee en dos pasajes de él: «El objeto esencial (de la filosofía de las lenguas), dice, es manifestar con claridad las ideas. Nuestro primer empeño, pues, en el uso de las terminaciones del pronombre *él* debe ser fijar la idea de cada uno de los objetos, cuya personalidad significan: significan el varón, significan la hembra, y significan también un objeto ó complejo de objetos (*ello*), que no es lo uno ni lo otro. El género es el carácter más distintivo de los seres significados por este personal; así el género debe prevalecer sobre todo otro concepto.

J. M. DE BASSOCO.

(Concluirá.)

(1) Y sin embargo, no perteneció á la Academia, como tampoco perteneció Gomez Hermosilla, ni el conde de Toreno. Choca ciertamente el no encontrar en la lista de los académicos alguno de los mejores hablantes que hemos tenido; lo que se explica con que aquel cuerpo no recibía en su gremio sino á los que lo solicitaban, y el mérito suele ser demasiado altivo para abrazar el oficio de pretendiente: en los modernos estatutos se ha provisto al remedio de este pernicioso obstáculo.

LOS HIJOS VENGADORES,
EN LA LITERATURA DRAMÁTICA.

ORÉSTES.—EL CID.—HAMLET.

FUENTES DE ESTOS TRES MITOS.

I.

LAS PASIONES TOMAN DISTINTO CARÁCTER, SEGUN LA RAZA, EL TEMPERAMENTO Y LA CIVILIZACION.

No ofrece la historia, y especialmente la historia literaria, estudio alguno más interesante que el de las transformaciones y diferencias esenciales que se advierten en las ideas y en los sentimientos humanos, según los tiempos, las razas, las religiones y las costumbres. Sin llegar á las atrocidades gigantescas de enterrar vivas á las viudas y quemar á los esclavos como honra funeral de magnates bárbaros, ni á la *economica* costumbre de matar á los viejos, á los impedidos y á los hijos sobrantes, seres molestos y onerosos de la familia, y otros horrores que degradan al hombre cuando la civilizaci6n no modera sus salvajes instintos, se hallan tambien grandes monstruosidades morales en ilustres pueblos, que fueron lumbreras de cultura en remotas edades.

La obligaci6n que imponia la ley mosaica de sustituir, como esposo, un hermano á otro hermano cuando habian sido infecundos los matrimonios (el *levirato*), los *ilotas* de Lacedemonia y los *parias* de la India; el casamiento entre hermanos, ley sagrada de la sábia Egipto; cosas son que causan espanto y grima al corazon cristiano.

Pero, sin ahondar tanto en los desvarios y miserables aberraciones del espíritu humano, puede afirmarse que apenas hay un sentimiento, aun de aquellos que son universal é inalterable patrimonio de la humanidad, que no adquiriera, según las influencias psicológicas y fisiológicas de cada pueblo, de cada época y á veces de cada individuo, tan peculiares formas y tan profundas divergencias, que cuesta trabajo reconocer un origen comun en el impulso íntimo de pensamientos y pasiones que en sus manifestaciones externas toman rumbos tan distintos y producen resultados tan diferentes.

Las letras, que suelen ser luminoso espejo de la índole moral, etnográfica, religiosa y política de las naciones, demuestran á cada paso la exactitud de las precedentes observaciones. Las obras del ingenio que la posteridad no condena al olvido, llevan siempre consigo el sello inmortal de los impulsos morales que mueven la sociedad humana; esto es, las creencias, los afectos, las preocupaciones, los ambiciosos vuelos, las engañosas ilusiones, fuentes todas de donde nacen las acciones, gloriosas ó perversas, de los hombres.

El honor caballeresco, el fanatismo religioso ó político, son pasiones artificiales que se crean y manifiestan, con muy diverso modo y carácter, al impulso de las costumbres, de los cultos, de las instituciones y de las leyes. Estos y otros ardorosos movimientos del alma pueden ser peculiares á épocas y á razas determinadas.

El embeleso del amor, los arrebatos del odio, los afanes de la ambicion, los anhelos de la gloria, las angustias de la codicia, el infernal tormento de la envidia, el ánsia punzadora de la venganza, son sentimientos y pasiones comunes á la familia humana. Y, sin embargo de su generalidad y persistencia, toman caminos y formas diferentes, según las circunstancias idiosincráticas de la raza y del individuo, y según el estado social de civilizaci6n ó de barbarie. La educaci6n, el clima, la posici6n social influyen tambien no poco en la forma de expresi6n de las pasiones eternas del hombre. Una dama aristocrática de Berlín ó de Londres no da rienda á la desesperaci6n ó á la ira con desaforados gritos y descompuestos ademanes, como la placera de la Halle de París ó la manola de Lavapiés de Madrid. El septentrional, por lo comun flemático y reflexivo, espera ocasi6n para la venganza; el meridional, irreflexivo é irascible, se ciega y acomete. En todos es igualmente intensa y viva la dolorosa energía de las pasiones; pero la máscara que toman, al enseñorearse del alma, tiene innumerables matices.

Esto explica cómo la venganza, por ejemplo, que es una de las pasiones más adecuadas á las obras de imaginaci6n, y que ha dado pábulo tantas veces á la novela y al drama, se ha pintado siempre con tan diferentes formas y colores, lo cual se vé con perfecta claridad, si se pára la atenci6n en la venganza provocada por causas de una misma índole, y se comparan las obras literarias en que han sido desarrollados sus impulsos y sus estragos.

No hay asunto dramático más grave y más conmovedor que la venganza ejercida por los hijos en desagravio de los padres. Innumerables son los dramas por él inspirados. Pero basta comparar los tres más ilustres que ofrece la literatura de todas las edades, para convencerse de los diversos impulsos y efectos que producen las pasiones en razas y en civilizaciones distintas.

Oréstes, *El Cid*, *Hamlet*. Tres instrumentos típicos de filial venganza, creados por las letras espontáneas y vigorosas de Grecia, de España y de Inglaterra. Pero ¡qué personajes tan diversos! Los móviles que provocan estas tres venganzas y los medios empleados para consumarlas dan á cada una de ellas un sello privativo y profundo. Los

tres vengadores son tres caracteres en que se reflejan respectivamente otras tantas razas y civilizaciones.

II

ORÉSTES.

El mito literario del *Oréstes* de la Grecia antigua ha sido determinado y fijado con el sello de la inmortalidad por el génio sublime de Esquilo. Pero ya mucho antes existia en la poesía helénica. Un vate insigne de Himera, *Estesicore*, compuso un poema, *LA ORESTIA*, cuyo título pasó á ser el de la famosa trilogia de Esquilo. Desgraciadamente no ha llegado á nosotros esta importante obra. Consta su existencia por testimonios históricos de la antigüedad.

En un fragmento que los ilustres críticos alemanes Geel y Bergk, con no escaso fundamento, atribuyen al mismo poema, asoma claramente la influencia religiosa de la fatalidad, base primordial de las concepciones dramáticas de Esquilo. Contenia tambien un sueño de Clitemnestra, que tal vez inspiró al poeta trágico la terrible vision de la serpiente que refiere á Oréstes el coro en *Las Coéforas*, y que decide al parricida á cometer el horrendo atentado.

Puede creerse fácilmente que las pasiones y los caracteres de la trilogia *La Orestia* pertenecen exclusivamente á Esquilo. El vigoroso y fácil pincel con que traza los personajes de Clitemnestra, de Egisto y de Electra, y la sábia unidad de las tres partes inseparables de esta admirable trama, denotan un ingenio original y poderoso. Pero, ¡quién sabe si en el alto sentido moral de la obra fué Esquilo inspirado por *La Orestia* de Estesicore!

Para excitar á la venganza á Oréstes, dice el coro en *Las Coéforas*:

«Permita Júpiter que triunfe la ley de equidad. ¡Agraviado por agravio... muerte por muerte! Mal por mal es sentencia de los antiguos tiempos.»

Esta horrible ley de venganza, *ley de equidad* en la dura moral pagana, ley de iniquidad en la moral generosa de los cristianos, se dulcifica y se transforma en *Las Euménides*, última parte de la trilogia. Allí la decantada ley del *talion*, de la antigüedad, se convierte en la santa ley de la rehabilitaci6n moral del delincuente, por medio del escarmiento, de la pena, de la plegaria y del arrepentimiento.

Digno en verdad era Estesicore de sostener y propagar, como apóstol de verdades morales, el gran principio de la *expiaci6n*. Era uno de aquellos poetas que daban á la poesía lírica una grandeza y una amplitud que la hacía frisar con la epopeya y la tragedia. Así lo afirman ilustres críticos de la antigüedad. Longino le llama *muy homérico* (1). La *Antología* lo convierte en un segundo Homero (2). Quintiliano dice de él «que sostuvo con la lira el peso de la epopeya» (3).

Aquel grandioso lirismo que, con sus formas múltiples y flexibles lo abarcaba todo, tradiciones teogónicas, leyendas religiosas y heróicas, costumbres públicas y privadas, glorias recientes de la patria, cuanto constituye la vida real é ideal de las naciones, era la fuente natural del drama griego. No parece dudoso hoy día que en Grecia la tragedia nació del *ditirambo*, himno á Baco, entusiástico por excelencia, y especialmente de los *coros trágicos* de Sicione, que menciona Herodoto (4), narraciones patéticas en forma de himnos ditirámicos, especie de *trenos*, que constituyó lo que se llamó entonces *τραγικὸς τρόπος* (modo trágico). La tragedia griega fué en un principio puramente lírica (5), y por trasmision natural llegó á ser la tragedia dramática, que constituye una de las más brillantes glorias de la civilizaci6n literaria de Atenas.

Estesicore, según la expresi6n de un escritor de nuestros días, era «el más épico de los grandes líricos.» Se han conservado muy pocos versos de este famoso siciliano; pero en cambio conocemos muchos de los asuntos épicos de sus poemas. Horacio y Plinio el Mayor en él admiraban la sublimidad y el alto sentido. Afirman que el esplendor, la pasi6n, el raudal de la elocuci6n poética, hacian recordar en sus obras á las de Píndaro (6). ¿Cómo no habia Estesicore de ostentar tan nobles prendas en el grandioso asunto de su *Orestia*? Este poema no podia ménos de contener magníficos cuadros de las tremendas luchas y trágicos conflictos de la sanguinaria familia de los Atridas. Atendida la grande autoridad de Estesicore, bien puede conjeturarse que Esquilo no desdenaría inspirarse en aquella celebrada obra. ¡Grave é irreparable pérdida!

Si hubiesen llegado á nosotros, así *La Orestia* como los cantos patéticos de Estesicore en las fiestas heróicas de la Grecia Magna, tal vez hallaríamos en ellos clarísima luz para juzgar de los orígenes del teatro griego, y se nos harían más visibles los vínculos que, en aquellos tiempos de crea-

cion poderosa, enlazaban con la tragedia naciente la alta lírica y la epopeya.

Muchas obras anteriores y posteriores al *Hamlet* de Shakspeare tienen manifiesta conexi6n con los elementos principales que constituyen este famoso drama; mas en pocas se advierten tan profundas analogías como en *La Orestia* de Esquilo, que el trágico inglés no conocia. Oréstes no titubea, como Hamlet, cuando llega el momento de obrar; pero antes razona consigo mismo, consulta á las *Coéforas* (1), que, con Electra, le excitan á la venganza de su padre; sufre las angustias de quien se halla subyugado por un deber supremo que le impone imperiosamente la religion y que la naturaleza condena, y emplea el disimulo y la astucia para lograr su objeto á la vez piadoso é impío.

La horrenda idea de poner á un hijo vengador enfrente de una madre culpada es fundamental en ambos dramas. *Oréstes* y *Hamlet* desprecian cada cual á su madre con igual intensidad y energía. La diferencia consiste en que Oréstes, con mayor entereza y alucinado por las visiones y los oráculos, mata bárbaramente á su madre, mientras que Hamlet, débil, escéptico é irresoluto, se contenta con insultar á la suya ó emplear con ella su lenguaje habitual, mezcla de ironía, de ira y de ternura.

Esquilo hace salir en *Las Euménides* el espectro de Clitemnestra, y el de Darío en *Los Persas*, como Shakspeare hace que aparezca á Hamlet el rey su padre, y Julio César á Bruto, para dar mayor vigor á los sentimientos, con el terrorífico influjo de la aparici6n de los muertos, siempre poderoso en la imaginaci6n popular. No presenta Esquilo á los ojos de Oréstes la sombra irritada de su padre; pero hace que el oráculo de Apolo estremezca su corazon, amenazándole con ella; si no dá á los asesinos de Agamenon la misma muerte que ellos dieron á este monarca desventurado.

«El Dios (dice Oréstes en *Las Coéforas*) me habló tambien de otras Furias que suscitara contra mí la sangre paterna, y del espectro de un padre que haria relucir en las tinieblas sus pupilas.»

La índole hipócrita de Egisto coincide con la del rey usurpador Claudio. Cuando le anuncian la llegada de un forastero que trae la triste nueva del fallecimiento de Oréstes, dice así:

«¡Oréstes muerto!... Nuevo manantial para nosotros de penas é inquietudes, cuando un homicidio, aún reciente, lastima y despedaza el alma!» (2).

Casi del mismo modo aparenta Claudio sincera aflicci6n por la muerte del rey que asesinó con fraticida mano:

«Tan reciente está todavía la muerte de nuestro amado hermano, que sería bien que nuestros corazones permaneciesen abismados en la tristeza» (3).

El Horatio de *Hamlet*, amigo incomparable, se asemeja al Píldes de *La Orestia*.

Coincidencias singulares, pues todo induce á conjeturar que Shakspeare no conocia la admirable trilogia. Unas han podido nacer de la afinidad de los asuntos respectivos; otras, de los naturales encuentros que á veces tienen los entendimientos privilegiados.

Pocos pasajes pueden dar más cabal idea del espíritu fatalista, del vigor, de la lisura y de la concentraci6n del nimen trágico de Esquilo, que la horriblemente bella escena de *Las Coéforas*, en que Oréstes mata á su madre. Es breve y rápida, y la reproducimos aquí, á pesar de nuestra creencia de que los poetas griegos son intraducibles en las lenguas modernas.

Oréstes, despues de haber dado muerte á Egisto, se presenta á su madre con la espada desnuda, y le dice:

ORÉSTES.

Tambien á tí te busco. El tiene ya su merecido.

CLITEMNESTRA.

¡Ay! ¡Has muerto, Egisto de mi alma!

ORÉSTES.

Amas á ese hombre. Pues bien, descansarás en su mismo sepulcro; guárdale fidelidad hasta la muerte.

CLITEMNESTRA.

Detente, hijo amado. Respeta este seno en que has dormido tantas veces, y donde tus labios mazzaron la leche que te alimentó en la infancia.

ORÉSTES. (Conteniéndose.)

Píldes, ¿qué debo hacer? ¿He de atentar á la vida de mi madre?

PÍLDES.

¿Y los oráculos de Loxias (Apolo)? ¿Y la fé de tus juramentos? Granjéate la enemistad de todos los hombres, pero nunca la de los dioses.

ORÉSTES.

Tienes razon, tus consejos son acertados. (A Clitemnestra.) Sígueme: te he de inmolar junto á ese hombre. Cuando vivia, lo has preferido á mi padre. Muere para dormir toda-

(1) *De Subl.*, XIII, 3.
(2) *ANTIPATER. Anth. Pal.* VII, 75.
(3) *INST. OR.*, X, 1, 62.
(4) *HERODOTO*, I, 23.
(5) Explican este punto con suma erudici6n y lucidez los críticos alemanes Boeckh y G. M. Schmidt. Este último trata más especialmente la cuesti6n del ditirambo.
(6) *HOR., Odas*, IV, 98.—*PLIN., Hist. nat.*, II, 9.

(1) Mujeres encargadas de hacer las libaciones en los sepulcros.
(2) *Orestia*.
(3) *Hamlet*, acto 1.º

vía á su lado, pues que eras amante de ese hombre y enemiga de aquel á quien debías amar.

CLITEMNESTRA.

¡Te he dado vida en tu niñez: déjame envejecer!

ORÉSTES.

¡Tú, asesina de mi padre, vivir junto á mí!

CLITEMNESTRA.

Fué el destino, hijo mío, quien cometió el delito.

ORÉSTES.

El destino va á darte ahora la muerte.

CLITEMNESTRA.

¿No te espanta, hijo mío, la maldición de una madre?

ORÉSTES.

¡Madre tú, que me has condenado al infortunio!

CLITEMNESTRA.

¿No te he confiado á leales guardadores?

ORÉSTES.

Siendo yo hijo de un hombre libre, de dos maneras me has vendido.

CLITEMNESTRA.

¿Y cuál es el precio que he recibido?

ORÉSTES.

La vergüenza me impide llamarlo por su nombre.

CLITEMNESTRA.

Dilo; pero declara al mismo tiempo las culpas de tu padre.

ORÉSTES.

Mujer ociosa en el hogar, no acuses al que sufría tantas penalidades.

CLITEMNESTRA.

Triste es para una mujer la vida lejos de su esposo.

ORÉSTES.

Las fatigas del esposo sustentan á la mujer ociosa en el hogar.

CLITEMNESTRA.

¿Intentas, hijo mío, inmolar á tu madre?

ORÉSTES.

No soy yo quien te arranca la vida; eres tú misma.

CLITEMNESTRA.

Repara que hay perros irritados (las Furias) que vengan á las madres.

ORÉSTES.

¿Y cómo evitaría los que vengan á los padres, si dejase impune al asesinato del mío?

CLITEMNESTRA.

¡No hay remedio! El sepulcro me espera, y son en balde las lágrimas con que imploro la vida.

ORÉSTES.

El destino de mi padre ha fallado sobre tu suerte.

CLITEMNESTRA.

¡Ay de mí! ¡Hé aquí la serpiente que yo he alimentado! Fué profético el terror que me inspiró aquel sueño.

ORÉSTES.

Has cometido un parricidio: un parricidio será tu castigo.

(Saca á Clitemnestra con violencia fuera de la escena.)

En la insolencia con que habla á su madre se asemeja no poco el Oréste de Esquilo al Hamlet de Shakspeare; pero no ciertamente en la resolución implacable con que procede á la inmolación de su madre. No es impetuoso y gallardo como el Cid, sino inexorable como el destino que representa. Sin embargo, por más que los críticos se empeñen en sostener que este Oréste es ciego instrumento de la fatalidad, la verdad es que los móviles que inducen á Oréste son en gran parte humanos. Ciertamente el mismo Esquilo hace exclamar al coro de *Las Euménides*: «Potente Apolo, no eres cómplice del crimen; eres su único autor;» cierto también que la inspiración que resplandece en la *Orestia* es profundamente religiosa, y que ella da á esta sublime obra carácter hierático solemne; pero ¿quién podría negar que al lado de este espíritu, y con él mezclado y confundido, aparece muy á las claras el sentimiento humano? Si despojado Oréste de la sensibilidad y de la responsabilidad moral inherentes á la raza humana, quedase convertido en un mero ejecutor de preceptos divinos, en una especie de verdugo impassible é irresponsable de los dioses, sería una figura irrevocablemente odiosa, que no causaría á los espectadores terror ni compasión, sino únicamente repugnancia. Si estrictamente fuese instrumento de agena venganza, ¿qué significación tendrían las *Furias*, esto es, los remordimientos que devoran su alma?

En la misma escena que hemos reproducido, donde tan visible se manifiesta el espíritu fatalista, asoma también, no sólo algo humano, sino algo personal en la reconvencción que dirige á Clitemnestra por haberle despojado de todos los bienes y condenado desde la niñez á un mísero

destierro. Aun más terminante y explícito asoma el interés personal del hombre en estas palabras:

«Debo creer en los oráculos, y aun cuando no creyese, la venganza ha de cumplirse. ¡Cuántos motivos juntos! los mandatos del dios, la dolorosa pérdida de mi padre, y la indignidad que me abruma. Y ¿he de dejar á un pueblo semejante y á los más esclarecidos mortales cuyo valor destruyó á Troya, avasallados por dos mujeres? porque este hombre tiene corazón de mujer.»

A vueltas de estas razones de interés religioso, personal y político, en que el impulso humano sobrepasa al impulso divino, Oréste, cuando escucha de los labios de las Coéforas el sueño de su madre, arrebatado por la influencia que ejercían la religión de los muertos y las visiones infernales del sueño en el fanatismo de los griegos, prorrumpe en estas bárbaras palabras:

«Ese monstruo espantoso que amamantó mi madre, es presagio cierto de su muerte violenta. Su sueño lo dice. Yo mismo seré la serpiente, y morirá á mis manos.»

Eurípides camina por rumbo diferente. Su Oréste no es ya ministro y víctima de las divinidades infernales. El sentido de su carácter es completamente humano. La violencia de los remordimientos destroza su alma y enflaquece su cuerpo. Enfermo y supersticioso, su razón se altera, y cae en el delirio de la desesperación. No se disculpa como el Oréste de Esquilo, con el imperio de los dioses. Cuando Menelao, con grima y lástima, le pregunta cuál es la enfermedad que le devora, Oréste le contesta sencillamente: «Mi conciencia, el sentimiento de la atrocidad de mi delito.»

El Agamenon de Eurípides no es aquel implacable instigador de la venganza familiar que hace sanguinarios y desnaturalizados á sus hijos. Su Oréste dice:

«Si hubiese podido preguntar á mi padre si debía yo matar á mi madre, me habría suplicado con instancia que no clavara el acero en la garganta de la mujer que me dió el sér, pues que por este medio no había de volver á la vida.»

Aquí asoma el espíritu analítico y humano del poeta filósofo. Falta la fé. Oréste, en el drama de Eurípides, interesa sin duda, porque siente y padece. Pero no tiene el carácter imponente, la ingenuidad épica, el sello hierático de la *Orestia* y demás creaciones de Esquilo. Este era poeta y teólogo, que sabía juntar en noble alianza lo humano á lo divino. De aquí nacen su vigor y su incomparable grandeza.

Esquilo, trasladando á sus trágicas concepciones la elevación homérica, había obtenido el premio en trece certámenes dramáticos; y como los poetas presentaban á cada concurso una tetralogía, esto es, cuatro piezas, resulta que cincuenta y dos obras del eminente dramaturgo de Eléusis alcanzaron la corona del triunfo (1).

Como suele acontecer en pueblos de índole movediza, que viven en continuos vaivenes morales y políticos, pocos años despues se había entibado el grande espíritu de la fé antigua, y las realidades terrestres, sin místico vuelo y sin sobrenatural influjo, bastaban para cautivar al pueblo de Atenas. Así floreció, insigne testimonio de los cambios del arte segun los cambios de las ideas, el poeta de Salamina. Eurípides, grande ingenio sin duda, pero que ya baja rápidamente la pendiente de la decadencia. Vive en una atmósfera nueva de filosófico escepticismo, y tiene en poco los sublimes dramas de Esquilo, porque la indiferencia religiosa le ha hecho incapaz de sentir su heroico sentido, su elevación moral (2).

III

EL CID.

La fuente del mito literario *El Cid Campeador* es el *Romancero*; esto es, el espíritu caballeresco, arrogante, generoso, osado, del antiguo pueblo castellano.

Guillen de Castro, creador del tipo dramático del Cid, en su comedia titulada *Las Mocedades del Cid*, no fundó su noble inspiración sino en los romances populares y en el concepto que, por la lectura de las crónicas, había formado de las costumbres violentas de la Edad Media. Esto lo patentiza el insigne poeta valenciano introduciendo en sus dramas trozos enteros de preciosos romances vulgares, y prescindiendo de las ideas y de los sentimientos morales de su época, para levantar el honor á un ideal quimérico, que sólo puede encontrarse en los libros de Caballería.

En la segunda parte de *Las Mocedades del Cid*, el palenque en que, por acrisolar la fama de una hidalguía notoria, que nadie con razón podía poner en duda, manda Arias Gonzalo, uno tras otro, á tres de sus hijos á una muerte segura, es uno de los más horribles y repugnantes cuadros que ha presentado teatro alguno. Aquel honor, que requiere un sangriento holocausto que conculca las más sagradas leyes de la naturaleza, no es honor, es meramente inhumanidad y barbarie. No se para mucho en esto el récio temple de la musa dramática de Guillen de Castro. Así es que, en la primera parte de *Las Mocedades del Cid*, obra en verdad admirable por la concepción y por el brío, el héroe castellano habla y obra con todo el impe-

tuoso denuesto que cuadra al invencible adalid, creado, á imagen del pueblo español, por la tradición leyendaria.

El temerario arrojo, la presunción caballeresca, el temperamento arrebatado, el ánimo generoso y bizarro, el fácil olvido del acatamiento que á toda autoridad se debe; todas estas cualidades, malas ó buenas, de la raza española asoman en la creación del Cid. El mismo conde Lozano se desmanda grandemente dando una bofetada al anciano Diego Lainez, en presencia del rey; y en cuanto á Rodrigo de Vivar, más disculpable por más jóven y más ofendido, olvida el amor, el rey, el peligro, hasta lavar en sangre el honor de su padre.

Guillen de Castro no era de los que aprisionan su ingenio con las cadenas convencionales de las poéticas. A la manera de los grandes poetas trágicos de Grecia, deja entrar de lleno el elemento épico en sus composiciones teatrales.

Este es el vengador filial, propio de la España del siglo XVI, en cuya literatura, genuinamente nativa entonces, se refleja con toda claridad el carácter nacional, tal como lo habían formado las gloriosas vicisitudes históricas de aquellos apartados tiempos.

Corneille, al escribir su obra maestra *Le Cid*, formó un conjunto armonioso digno de su génio; pero los elementos esenciales de su admirable drama pertenecen á Guillen de Castro: el asunto, esto es, la dramática lucha entre el honor y el amor, en que el honor lleva la ventaja; situaciones de pasión y energía; pensamientos llenos de vivo ingenio ó de heroico espíritu. En cuanto al carácter del Cid, nada ha creado el gran dramaturgo francés. Su *Cid* es el *Cid* del poeta español. Habla con suma gala y elegancia, pero obra y siente como el paladin español del *Romancero*, hijo de la ardorosa inspiración popular de Castilla.

Una de las mayores glorias de Corneille es que, embargada su noble fantasía por el apocado y frío sistema que avasallaba la escena francesa, no le arredraba la soberana audacia del teatro español, muy semejante en esto al teatro inglés. Su poderoso instinto le hacia sobreponerse á las preocupaciones doctrinales; y cuando queria dar vida y calor á sus aspiraciones escénicas, tocaba al teatro español, como Anteo tocaba á la tierra (1), buscando en aquella dramática libre lozanos y vigorosos cuadros del movimiento de los afectos y de las pasiones de la humanidad.

Algunos han creído que el héroe del *Poema del Cid* se refleja también en el *Cid* dramático de Guillen de Castro. Probablemente Guillen de Castro no conoció este poema. Fueron manantiales de su inspiración los romances populares y las tradiciones novelescas del famoso adalid castellano. El *Cid* del poema es un carácter harto diferente del *Cid* del romancero; sus impulsos de honor son igualmente heroicos, pero más graves y reflexivos.

EL MARQUÉS DE VALMAR.

(Continuará).

ELISA LYNCH.

PRIMERA PÁGINA DE UN LIBRO.

De una mancebía de la moderna Atenas, que cual voluptuosa sultana vive reclinada en su lecho de placeres perfumados, la mano de un hijo soberbio de las selvas Paraguayas arrancó á Elisa Lynch, y deslumbrándola con los rayos de oro de un porvenir de gloria y de grandeza, la trajo á que, embargada de orgullo y de esperanza, se sentase en el trono de la Asunción.

Si los acontecimientos que en la vida de un pueblo se ligan á una personalidad le abren de par en par las puertas de la historia, pocas con más justicia que ella podrían reclamar hoy un puesto en el inmenso panteon en que, confundidas, se destacan. Isabel la Católica ostentando sobre su majestuosa frente las perlas recojidas en las aguas del mundo descubierta bajo los auspicios de su génio, y Carlota Corday blandiendo en la atrevida diestra el puñal ensangrentado con que partió el corazón del verdugo de su patria.

Como ellas, Elisa Lynch es también una inmensa personalidad que ya pertenece á la historia.

¿Cuál ha sido su origen y cuáles sus antecedentes?

¿Cuál su vida en el Paraguay desde el momento que á sus playas llegó en brazos del amor?

¿Cuál su influencia sobre el mandarin de la China Americana, al cual ligó su suerte hasta el extremo de acompañarlo al borde de la tumba, ofreciéndole, como trofeo de su constancia, el cadáver de su propio hijo inmolado en su presencia?

En una palabra; ¿cuál ha sido el papel de Elisa Lynch en la sangrienta y penosa guerra, en que su airada figura aparece envuelta sin cesar en esa noche de muerte que, fatídica, cruzó por espacio de cinco años sobre la abatida frente de un pueblo mártir?

Es lo que me propongo averiguar y dejar consignado en este artículo.

(1) Expresión de Mr. Baret. Este insigne crítico francés lleva su amor á la justicia histórica hasta señalar alguna situación de *Las Mocedades del Cid* malograda por el gran poeta dramático francés.

(1) PAUSANIAS, *Atica*, 21.

(2) Véase ARISTÓFANES, *Las Ranas*, v. 814, etc., 893, etcétera. También *La Electra*, de Eurípides.

Si es tarea delicada caracterizar con propiedad la fisonomía moral de un hombre, la dificultad crece al tratarse de una mujer; porque hay en su organización resortes tan finos, en su sensibilidad tan íntimos arcanos y en su inteligencia tantos matices, que la semejanza de su retrato escapa al más diestro pincel.

Los autores del siglo de Luis XIV, al dibujar las figuras graciosas que á manera de ninfas seguían el carro del gran rey, y los contemporáneos que como Lamartine, Guizot, Cousin y otros han trazado cuadros no menos encantadores, han comprobado mi aserto, triunfando empero, en su afán, para instrucción ó delicia de la posteridad.

Méno feliz que ellos en cuanto á la paleta de que voy á tomar los colores para dar luz al cuadro, lo soy más, empero, en cuanto á la figura histórica que un compromiso me impone diseñar.

Elisa Lynch es, en realidad, un tipo único en los días que corren.

Hija de padres modestos pero honrados, siente desde temprano un deseo impaciente por ser dueña de una libertad de acción absoluta é ilimitada.

Dotada por Dios de una belleza que cautiva y de un espíritu que una educación esmerada ha cultivado con provecho, cree que el modesto teatro del hogar es pequeño para sus ambiciones de mujer y sus ilusiones de cortesana.

Sin que el cariño del padre la detenga, ni las lágrimas de la madre la enternezcan, les abandona un día en que la fantasía sueña con las emociones que le puede brindar la independencia que compra á costa del inmenso dolor de su familia.

Dueña de sus acciones entra gallardamente en el mundo, bajo el triple amparo de su hermosura, de su juventud y de la fogosidad de su carácter.

A partir de ese instante, su vida es un romance, una leyenda, á la que se ligan indistintamente y en singular confusión, tesoros de bondad que la enaltecen, y actos de prostitución que la degradan.

Las protestas de amor fueron para ella, durante mucho tiempo, otros tantos caprichos con que jugueteaba, complaciéndose en las heridas que abría en corazones nobles, que se le consagraban con más lijereza que reflexión.

Un tanto fatigada de no llevar un nombre que le sirviese de carta de introducción para penetrar en el seno de la culta sociedad, entregó su mano á un mancebo de familia distinguida.

La monotonía del matrimonio la mataba.

Cuando más tierno se mostraba el hombre que le había dado su apellido, profanó el tálamo nupcial, tuvo un amante, tuvo dos, tuvo diez, hasta que las *lovetas* de París la vieron entrar en el templo de sus orgías, coronada de belleza y de brillantes.

Entre ellas, si no fué la soberana, fué siempre una mujer á la moda, festejada, y teniendo constantemente en torno suyo una rueda de adoradores, que si no brillaban por su buen juicio, llamaban la atención, ó por su fortuna, ó por su cuna, ó por sus blasones.

De la alcoba de un príncipe, un lord inglés la llevó á viajar: hizo furor entre las Leonas de *Baden-Baden* y de *Hambourg*: cautivó la atención del Cardenal Antonelli en Roma; humilló el orgullo de un Tenorio afortunado en Madrid; explotó sin conmiseración á un rico banquero de Londres, hasta que, dominada por las calidades de un jóven sevillano, se enamoró locamente de él, sin que por eso consiguiese, ni con su hermosura, ni con su talento, ni con sus gracias, vencer el desprecio con que la miró.

En esa situación, triste para su espíritu, desesperante para su amor propio de mujer, cruzó Lopez por su camino.

Lo que había sucedido con el sevillano, le sucedió al general Lopez con ella: se enamoró de Elisa.

Esta, despues de conocer al general de las selvas americanas, y abarcando de una mirada penetrante el porvenir que asomaba á sus ambiciones, le prometió la fidelidad de un corazón virgen: consiguió imponerse á su voluntad, le obligó también á viajar con ella para mejor conocerlo en la intimidad de un trato constante, y cuando su amor propio satisfecho pudo vanagloriarse de su fácil conquista, abandonó las riberas de su licencioso pasado, y arullada en los brazos del amor, vino á plantar su tienda de peregrina en la morada sombría del que más tarde debía darle la cerviz de un pueblo, por gradas de su trono.

Compañera de Lopez en las orgías de París, lo ha sido también en las orgías de sangre del Paraguay, en medio de las cuales aparecen siempre unidas esas dos figuras, sobre cuyas cabezas flotan las almas de millares de víctimas, muchas de las que ella pudo arrancar al martirio, si en vez de estimular los instintos feroces de su amante, se hubiese inspirado en el recuerdo de aquella sublime Ester de la Biblia, que se postraba ante Asuero implorando el perdón de los hebreos perseguidos por Aman.

Pero no quiero prejuzgar...

A su paso por Buenos-Aires, Elisa Lynch me decía:

—Si usted no escribe un libro en que me insulte, en que me ultraje, en que me presente como la más perversa y la más sanguinaria de las mujeres, su obra no ha de encontrar eco.

—Yo no pienso escribir, le contesté, un libro destinado á satisfacer las aspiraciones de nadie, ni la de los que la creen á usted la más infame de todas las mujeres, ni la ambición de aquellos que,

por el contrario, encuentran una excusa para todas las faltas que pesan sobre su conducta al lado del general Lopez. Mi misión se limitará á *exponer hechos* de una autenticidad que nadie puede destruir ya. Esos hechos son los que la van á juzgar á usted.

Efectivamente; eso es lo que voy á hacer en un libro, cuya extensión no me es dado fijar todavía.

Por ahora me limitaré á iniciar al lector en el plan general de la obra.

La primera parte se contrae á la descripción de un viaje que hice á la Asunción en el año 1856, donde por vez primera *conoci y traté á Elisa Lynch*.

La segunda se contraerá exclusivamente á bosquejar las aventuras de su vida en Europa, antes de venir á este lado del mundo, amenizándola con la descripción de los sitios que sirvieron de teatro á sus hazañas y liviandades.

La tercera y última parte, será la historia de la vida de Elisa Lynch en la campaña del Paraguay.

Como se vé, el tema es, no sólo vasto y variado, sino fecundo.

Si al abordarlo pudiese abrigar el legítimo temor de ser impotente para trazar un cuadro que requiera otra pluma, otras aptitudes, otra calma, otra preparación y otro colorido, me estimula, sin embargo, la esperanza de que la variedad de los datos que tengo, las revelaciones que he recogido de los labios de la misma heroína y el interés palpitante de los hechos contemporáneos, que tan íntimamente se ligan con la hermosa pecadora, serán poderoso auxilio, si no para hacerme salir airoso de la espinosa tarea, al menos para conquistarme la buena voluntad del lector, á cuyo cariño entrego confiado estas páginas, escritas en medio de las agitaciones diarias de una existencia, cuya *prosa* conocen todos los que conocen á

HÉCTOR F. VARELA.

LOS ORADORES AMERICANOS

EN NUESTROS ATENEOS.

Héctor F. Varela.

Trozos de un discurso.

Grato es siempre á España que los oradores americanos que á Madrid vengán tomen parte en las conferencias de su Ateneo y asociaciones de todo género que, sin cesar, mantienen vivo el brillo de la tribuna española.

Entre estos oradores del Nuevo Mundo, uno de reputación universal, desde su famosa improvisación en el Congreso de la Paz en Ginebra, improvisación que duró cerca de dos horas, pronunciada en idioma francés, publicada, como dice Castelar, en todos los idiomas, y objeto para su autor, el señor Varela, de una de las más grandes ovaciones tributadas á la palabra humana, acaba de dar dos conferencias en uno de nuestros principales *Casinos*, que, confirmando su reputación de gran orador, le han valido los más entusiastas plácemes y elogios de toda la prensa madrileña.

Una numerosísima y muy escogida concurrencia, entre la que había senadores, diputados, periodistas y hombres de letras, ha asistido á las dos conferencias.

En la última estaba uno de los taquígrafos de LA AMÉRICA, que ha tomado íntegro su brillantísimo discurso.

De él vamos á dar una parte, lamentando que la aglomeración de materiales para este número nos impida publicarlo íntegro, como habría sido nuestro deseo.

La primera parte del discurso la contrajo á contestar un cargo hecho al Sr. Varela por un *pactista federal* en un largo artículo que á su primera conferencia consagró en el diario del jefe de su partido, Sr. Pí y Margall.

Despues de tributar los mayores elogios al orador, á su elocuencia, que llama *clásica*, y «al poder mágico que tiene para avasallar á su auditorio, al que electriza con el fuego de su palabra, dice el articulista:

«¿Por qué, á pesar de su elocuencia, que en nada desmereció, no estuvo á la misma altura al describir la actual organización que había citado cuando describía los bárbaros hechos del tirano Rosas? ¿Por qué hubo momentos en que el orador tuvo que sostener una lucha cruenta entre las ideas que agolpadas en su mente pugnaban por salir convertidas en palabras, y éstas espiraban en sus labios sin llegar á articularse?»

Nosotros lo diremos. El Sr. Varela, hombre incapaz de faltar á las conveniencias sociales, sabía que estaba en una asociación, cuyo objeto principal es defender la república unitaria, y no creyó prudente abusar de la fraternal acogida que este centro le había dispensado, exponiendo ideas y teorías por aquella corporación combatidas. Pero nosotros, más conocedores de los sócios del Casino democrático-progresista y de la buena fé con que defienden sus ideales, estamos seguros que en vez de tomar por una ofensa que el Sr. Varela hubiese explanado con amplitud el sistema de gobierno por que su patria está regida y al que debe su creciente bienestar y engrandecimiento, le habrían agradecido más esta franqueza que los rodeos que tuvo que dar para eludir esta cuestión. Sepa el Sr. Varela que en España los republicanos que se llaman unitarios, no son tales porque no estén conformes con la forma federativa, sino por la única y exclusiva razón de que piensan que el pueblo español no está en condiciones de regirse por esa forma de gobierno; y tan verdad es esto, que si uno por uno preguntamos á todos los

partidarios del unitarismo si están conformes con todas las libertades contenidas en el credo federal, sin hablarles de federación, todos dirán que ese es el ideal que ellos persiguen. Aquí, como decía perfectamente Llano y Pérsi la misma noche, en conversacion particular con los republicanos, es más grande la distancia que existe entre los nombres de las cosas, que entre los principios.

Dispénsenos nuestro amigo que le hablemos con esta franqueza, así como nos ha de dispensar igualmente el que llenemos algunas líneas que él dejó vacías en su discurso por las razones antes indicadas. Debió decir el Sr. Varela á sus oyentes que, mientras la República Argentina estuvo regida por el sistema unitario, arrastró una vida emísera y no consiguió salir de una odiada y más cruel tiranía, sino para caer en otra más odiosa y más cruel é inhumana, gastando en esta vida de azares y reacciones, los años que mediaron entre la independencia y el planteamiento de la federación, y que durante este tiempo la ilustración, la riqueza y la libertad, estuvieron completamente alejadas del Rio de la Plata. Que su actual riqueza, el honroso puesto que disfruta entre las naciones cultas y el progreso creciente en su población, todo ello, todo, data desde que está gobernada por el sistema federal y que sólo á estar gobernada por este sistema, única y genuina forma de Gobierno dentro de las ideas democráticas, debe el que los europeos acudan á su patria por ciento de millares buscando un bienestar de que en sus países carecen; que el proletario busque afanoso un país como la Confederación Argentina, donde, á más de una completa libertad como nunca soñada en Europa para dedicar su actividad á lo que estime más en armonía con sus deseos, sabe la facilidad que encuentra para hacerse propietario si así lo desea, y que por esta propiedad sólo se le han de imponer, dedíquela á lo que más conveniente le parezca, un 4 por 100 si es rústica, y 5 por 100 si es urbana.

En cuanto á la cuestión de Venezuela, los apuros del Sr. Varela fueron más transparentes si cabe, pues obligado á decir que este país, cansado de probaturas con la República unitaria, y visto que, como en la Argentina, todas habían dado resultados negativos, se ha visto en la necesidad de constituirse en federación, y que se ha verificado el fenómeno de que este paso lo haya dado aquel que estaba llamado á ejercer la dictadura. Hombre, el Sr. Valera, incapaz de mentir ni prodigar lisonjas á cambio de un aplauso, terminó su conferencia, antes, como ya dejamos dicho, que consentir que de sus labios saliese una palabra que pudiera herir las creencias políticas de los que tan generosamente le habían acogido en su seno y considerado como hermano.»

Despues de leídas estas palabras por uno de los oradores más distinguidos del Casino, que graciosamente se prestó á ello, el Sr. Varela dijo:

«Hé aquí, señores, el cargo á que acabo de aludir al empezar y el que me servirá de tema en esta primera parte de mi *conversacion*, pues, como lo dije en la primera conferencia, no deben ustedes esperar trate de pronunciar un discurso.

El autor de este artículo, recordando sin duda que los antiguos coronaban de flores á sus víctimas para conducirlos al sacrificio, ha querido hacer conmigo otro tanto; me ha cubierto de flores la cabeza para llevarme al banco de los acusados, formulándome *ex cátedra* un cargo tremendo: el de haber tenido miedo de hablar del *sistema federal* en la República, por no lastimar las convicciones de los miembros de esta Asamblea, eminentemente *unitarios* en sus aspiraciones políticas. (*Bien, bien.*)

¡No, señores! Nada más injusto ni ageno á la verdad.

Ante todo, debo declarar que jamás, ni en ninguna circunstancia de mi vida, ni en medio de las fiestas de la bonanza, ni al calor de las luchas tempestuosas, jamás he tenido miedo de manifestar franca y libremente mis opiniones, porque, ni mis compatriotas me habrían tolerado esa cobardía, ni mi conciencia me lo habría permitido. (*Aplausos.*)

Una prision sufrida en los albores de la caída del tirano que enlutó mi patria, una imprenta, la más valiosa entonces, arrojada al medio de la calle por orden de un Gobierno, á quien atacaba duramente en el diario que en ella se imprimía; la suspensión de otro diario, muchos años despues, por otro Gobierno, cuya política creí deber atacar en pró de los grandes intereses argentinos y algunos lances personales de esos á que no le es dado eximirse al hombre de honor y convicciones, son títulos que, aun cuando me duela tener que hablar instantáneamente de mi pobre persona, son títulos que puedo invocar ante ustedes, que con tanta benevolencia me escuchan, para probar que jamás tuve, ni miedo, ni embarazo, ni consideraciones para manifestar libremente mis opiniones. (*Grandes aplausos.*)

Entonces, ¿por qué lo había de tener ahora?

Miedo, ¿de qué?

El articulista me lo dice: de hablar de la *federación*, de ponderar las ventajas del sistema *federal* sobre el unitario, declarando que mi patria debe á aquél todos sus progresos, y Venezuela su regeneración actual.

No, señores.

Ni la índole de la primera conferencia, ni su programa, ni los propósitos que tuve en vista al darla, ni los fines que con ella, con ésta y las demás que pueda dar me propuse, me autorizaban á entrar en una disertación doctrinal sobre la mejor forma de gobierno dentro de la república, sin falsear ese programa, ni alejarme de esos propósitos. (*Bien!*)

Cuando se me hizo el honor de invitarme á tomar la palabra en esta digna asamblea de hombres libres, y se me pidió el tema sobre que hablaría, lo dí: *La República Argentina y la República de Venezuela*.

Al empezar las noches anteriores, dije textualmente:

«Empezaré ocupándome de la República Argentina, trazando á grandes rasgos las dos épocas salientes de su historia, despues de su emancipación: *la de la tiranía* en que mi patria vivió agoviada bajo el peso de todos los dolores, esclava de los caprichos brutales de un tirano sangriento, y *la de su regeneración*, en que bañando su frente en todos los esplendores de la libertad, se agita feliz bajo sus auspicios risueños.» (*Aplausos.*)

Ahora bien: para llenar este programa, responder á este

propósito é historiar esas dos épocas, ¿qué necesidad tenía yo de engolfarme en una disertación estructural sobre los sistemas *federal* y *unitario*, en el gobierno republicano?

¿A qué me habría conducido, ni qué habría ganado? Si al anunciar esta conferencia se hubiese dicho que yo pensaba disertar sobre la república, principio, idea, forma, aspiración, sistema de gobierno, y como complemento, sobre las dos escuelas, la *unitaria* y la *federal*, y al entrar de lleno en la cuestión hubiese manifestado recelo ó miedo de establecer las ventajas del sistema que hoy rige los destinos de las dos repúblicas, tema de mi discurso, entonces, sí, comprendo que el articulista que me ocupa hubiese podido echarme en cara mi cobardía, mi falta de temple para manifestar mis ideas en aras de consideraciones, que si él cree pueden justificar principios de educación y alardes de cortesía, yo habría creído, no sólo cobardes, sino indignas; porque no se sube á ninguna tribuna para hacer uso de la palabra humana, si ella no ha de recibir el aliento de convicciones profundas, el fuego de la inspiración patriótica, y el estímulo hermoso de la verdad austera. (*Grandes y prolongados aplausos que interrumpen al orador.*)

Conste, pues, que no merezco el reproche que se me ha hecho, porque yo no he venido á ocupar este puesto de honor para disertar, política y filosóficamente, sobre *unidad* y *federación*, porque ni este era el objeto de la conferencia, ni esto se armonizaba con su índole especial, ni se había dicho una sola palabra que tal pudiese haber hecho creer á ninguno de los que me escuchan. (*Muy bien.*)

Yo he venido aquí á hablar de cosas más prácticas: del grandioso espectáculo que mi patria presenta después de sus noches de luto, con Gobiernos regulares que se suceden sin violencia, en nombre de la libertad del sufragio, de las garantías constitucionales y del ejercicio tranquilo de la ley; de sus progresos asombrosos, del aumento casi fantástico de su población, de la riqueza de su suelo, la dulzura de su clima y los encantos de la naturaleza. (*Aplausos.*)

Yo he venido aquí á decirles lo que muchos de ustedes ignoran: que aquella es la patria feliz de los desheredados de la fortuna, y que si la geografía, los pactos internacionales, las combinaciones diplomáticas ó tradiciones de nacionalidad que deben respetarse, han establecido barreras entre los *argentinos* y los *extranjeros*, el soplo de la fraternidad argentina ha derrumbado esas barreras, haciendo de los hombres que allí van una sola y grande familia, que tiene por techo el cielo de mi patria, y por morada, aquella noble y hospitalaria tierra empapada con la sangre de dos generaciones. (*Estrepitosos y prolongados aplausos. Varias voces: ¡Viva la República Argentina!*)

Al hablar de Venezuela—la patria del inmortal Bolívar,—he venido aquí á presentar con hechos, con datos y documentos, la transformación, casi milagrosa, operada allí por un hombre, por una voluntad, por un prestigio, que asumiendo con fé serena y voluntad de hierro la empresa colosal, arrancó á su patria del hecho de barbarie en que la profanaban sus verdugos, para presentarla al banquete de los pueblos libres, amparada por la libertad que la ha regenerado, por el progreso que la ha engrandecido, y por el ejercicio de la vida constitucional, que le ha permitido revindicar su augusta personalidad, en medio de los esplendores de los días de prosperidad y bonanza que hoy le sonríen. (*Grandes aplausos.*)

Y para darme esta inmensa satisfacción de americano, de argentino, de venezolano, pues tengo derecho á considerarme ciudadano de aquella hermosa parte de América,—que hizo el encanto de Humboldt, y hará el de todo el que tenga la dicha de cruzar su territorio, tapizado de flores,—¿tenía por ventura necesidad, y menos obligación, de hablar de *unitarios* y *federales*?

Ni en sueños me lo pude imaginar... Pero ya que mi buena fortuna me autoriza á tocar estos puntos, al defenderme, quiero protestar contra otro error del artículo citado, que consiste en pretender hacer creer «que todos los progresos de la República Argentina, los debe al sistema *federal* que la rige, y que los milagros operados por Guzmán Blanco en Venezuela, obra son también del planteamiento del sistema *federal*, en la República.»

Como la afirmación que á mí me concierne, esta también es completamente infundada y *ajena á la verdad histórica*.

Lo probaré. (*Movimiento de atención.*)
¿Qué fué la patria Argentina bajo el imperio sangriento de la dominación de Rosas?

¿Una República?
¿Una República federal?
¿Unitaria?

No fué nada más que esto: una tiranía absoluta, un despotismo sangriento, una voluntad omnipotente, un tirano rebelde á todo principio, á toda ley, á toda práctica administrativa; un poder omnímodo y discrecional, que tenía muerta la prensa, amordazada la tribuna, pisoteada la justicia; reconcentrando en sí, todos los poderes y facultades del mando.

¿Acaso en nombre del sistema *Unitario* de Gobierno, como supone la *Vanguardia*?

¡No! Lo de Rosas no era República, no era una forma de Gobierno; porque cuando estos existen como Monarquía, como Imperio ó como tal República, existen con ellos el mecanismo, las leyes, los principios, las garantías, el equilibrio salvador entre gobernantes y gobernados; en una palabra, todo lo que constituye un *Gobierno*, en la acepción que la palabra tiene, y como nada de esto existió bajo el imperio sangriento de la tiranía de Juan Manuel Rosas, es no sólo un ultraje á la República y á sus principios inmortales, sino un falseamiento completo de la historia Argentina, pretender que las desgracias que agobiaron su frente durante los veinte años de la tiranía, los debe al *sistema histórico* que en aquella época rigió los destinos de mi patria, (*Aplausos.*) como es también una apreciación completamente ajena á la verdad la de decir, que todo cuanto se ha realizado desde entonces en la República Argentina, se debe únicamente á la *forma federal* de Gobierno por ella aceptada.

¡No, señores!
¿Saben ustedes á lo que debe la República Argentina su prosperidad, su grandeza actual, el creciente desarrollo de todas las fuerzas vivas que constituyen su organismo, su

marcha progresista y reparadora, y el hermoso espectáculo que presenta en medio de los esplendores de la libertad que la sonríe?

Lo debe al compromiso que la nación contrajo consigo misma de aprovechar las tremendas lecciones del pasado, comprendiendo que el pueblo que no vela por sus derechos y no se halla de continuo aparejado á defender la libertad, cae, al fin, postrado á los pies de un déspota, que lo degrada y embrutece. (*Grandes aplausos.*)

Lo debe al tacto, al tino, al talento, á la experiencia de los hombres públicos argentinos, revelados en todas las etapas de la jornada, desde que á la mañana siguiente de la caída del tirano iniciaron la obra de la reconstrucción, removiendo con mano firme los escombros por él amontonados en el camino, para colocar la piedra fundamental de la *nueva era*. (*Aplausos.*)

Debe la República Argentina esta situación venturosa, al buen sentido, al patriotismo, á la verdadera docilidad con que comprendió que para levantarse primero, engrandecerse después, no le bastaban, ni la fertilidad del suelo, ni la dulzura del clima, ni las vastas planicies, ni las riquezas que allí duermen, ni los encantos de una naturaleza en cuya contemplación risueña el espíritu se deleita con inocencia. (*Aplausos prolongados.*) Comprendió que necesitaba algo más: que necesitaba *aumentar la familia*, que necesitaba inmigración, brazos, inteligencias, trabajadores, capitales, que fuesen de fuera, llevándole, además, del seno de la vieja Europa, los frutos de su experiencia, el aliento de su progreso, la ciencia de sus estudios; y en fin, este *valioso caudal* adquirido aquí después de tantos siglos de luchas y combates, de ensayos frustrados y amargas decepciones, y de esa fé incontrastable con que el hombre ha venido trabajando por el perfeccionamiento progresivo del género humano. (*Estrepitosos y prolongados aplausos.*)

Y á este, señores, á este aumento prodigioso en la población, á la manera fraternal, cariñosa, preñada, con que hemos sabido *asimilarnos* á la nuestra, la República Argentina debe, en gran parte, esa serie de progresos que constituyen una verdadera grandeza nacional, y que ella presenta engreída en los altares de la civilización del mundo, como una especie de reivindicación de su doloroso pasado. (*Grandes aplausos.*)

¡Extranjeros! Pero si allí no los hay, amigos míos. Más de 100.000 españoles comparten hoy con nosotros el techo, el pan, el hogar, la familia, el trabajo, los dolores y las alegrías de la vida. Ellos son españoles: piensan de continuo en la patria ausente, la acompañan en sus desfallecimientos y en sus esperanzas, y allí, en las horas misteriosas de los recuerdos, piensan en los días felices de su infancia, en la campana que los llamó á la primera oración, en el templo á que los condujo la madre amada, en sus juegos de niño, en los primeros amores y en las tardes deliciosas en que, jugueteando con las mariposas de los campos, contemplaban silenciosos una *puesta del sol*, admirando esa agonía grandiosa del rey de la luz que, fatigado de la carrera del día, cae desmayado á reposar sobre el lecho de la noche. (*Estrepitosos aplausos.*)

Si, todos ellos son españoles y se conservan españoles; pero para nosotros no lo son, son hermanos, son compatriotas, son hijos de aquella gran familia argentina, cuya morada es mi patria; familia, en cuyo seno nos confundimos todos alegremente bajo los auspicios de la libertad y del derecho que á todos nos ampara y del trabajo que á todos nos engrandece. (*Prolongados aplausos y exclamaciones que interrumpen al orador.*)

No es, pues, á la forma *federal republicana* de gobierno, á lo que la República Argentina debe su prosperidad actual, sino á todo lo que acabo de decir; á su juicio, á su tino, á su horror á la guerra, á su amor al trabajo, al orgullo que cifra en sus progresos, á la fé con que los emprende, á la religiosidad con que cumple sus compromisos y paga sus deudas, á la liberalidad de sus instituciones y de sus leyes económicas, á lo diminuto de sus impuestos, á la honradez de su administración, que no gasta un peso sin la autorización del Congreso, al ejercicio de una ley de igualdad que no alcanza al poderoso en detrimento del pobre, y finalmente, á las facilidades que allí se encuentran para la vida, en una nación donde existe amplia libertad de cultos, de comercio, de industria, de imprenta, de reunión, y en una palabra, todas las grandes y hermosas libertades que hoy constituyen el bello ideal de la democracia. (*Grandes aplausos.*)

Entonces, ¿cómo no ha de prosperar y engrandecerse una nación que vive en tales condiciones?
¿Cómo no la han de elegir por segunda patria, aquellos que en la propia viven privados de los dones de la fortuna, arrastrando vida de necesidades y miseria, luchando brazo á brazo con el pauperismo, sin ver asomar jamás un rayo de esperanza en el cielo de sus dolores y sus tristezas? (*Aplausos.*)

Pero... en el calor de esta improvisación, que ustedes escuchan con una bondad que empeña toda mi gratitud, me ocurre un argumento que quiero emplear al contestar al distinguido escritor de que me vengo ocupando: se refiere á las *formas de gobierno* que hoy se dividen los destinos del mundo. (*Movimiento de atención.*)

En medio de las grandes transformaciones que sin cesar agitan la humanidad, de los cambios fundamentales que se operan en el seno de los partidos políticos que luchan en cada nación,—y ustedes, españoles, conocen mejor que nadie lo que importan y producen *esos cambios*,—(*Risas*) en medio de las traiciones y apostasías de los que, burlando la confianza en ellos depositada por los pueblos, erigen su voluntad despótica y sus caprichos brutales en *única forma de gobierno*, se me ocurre preguntar: ¿Acaso basta que un país se llame *república* para admitir que por el simple hecho de ese bautismo, ese país *deba ser* más feliz que otro cualquiera regido por una *forma distinta de gobierno*?

Apelemos á la historia, á los antecedentes y á los hechos.

Bolivia, gobernada por Melgarejo, ¿era una república?
El Paraguay, bajo la dominación del sombrío Francia primero, de los dos López, más tarde, ¿fué una república?
El Ecuador, entregado á los jesuitas por García Moreno,

¿pudo ser considerado jamás por ningún hombre de principios como una República?

¿Lo era tampoco Venezuela antes que Guzmán Blanco la levantase del lecho de sangre en que vivió martirizada durante medio siglo?

No, señores; hay que decir la verdad, pagando tributo á la historia, á los hechos, á lo que es de pública notoriedad, y saben todos los que alguna vez hayan detenido su vista en las grandes turbulencias americanas; aquellas no eran Repúblicas, ni *federales* ni *unitarias*; aquéllas eran simplemente tiranías, dictaduras, omnipotencias brutales de una voluntad salvaje, que fusilaban, degollaban, confiscaban y hacían del martirio de los pueblos *sistema de gobierno* en nombre de la República, como podrían haberlo hecho en nombre de la monarquía ó del imperio, que esos verdugos de la conciencia humana, llámense Rosas ó Neron, Calígula ó Melgarejo, Napoleón ó García Moreno, lo mismo decapitan y violan la pureza de las mujeres, teniendo en la mano el *gorro frigio*, que ostentando la tiara ó haciendo flotar al pie de los cadalsos el manto purpúreo de los Césares, de los emperadores ó de los reyes. (*Grandes y estrepitosos aplausos, vivas y aclamaciones durante varios minutos.*)

El Paraguay vive, durante medio siglo, secuestrado al movimiento del mundo, al cual cierra su comercio. Allí no hay ni prensa, ni Parlamento, ni tribunales independientes; los extranjeros no pueden casarse sino *con negras*: á ciertas horas del día nadie puede salir á la calle, y para asistir á los bailes debía pedirse permiso á la policía. (*Risas prolongadas.*)

La sucesión del Gobierno allí no se hace por elección popular. López, en su testamento, lega el Gobierno á su hijo mayor, como puede legarle un Cortijo ó una propiedad cualquiera.

¿Es eso una República?

Y aquí vienen mis comparaciones. Al mismo tiempo que tales hechos se producían en nombre de la República, existía entonces, por ejemplo, la monarquía belga, dirigida por el Mentor de los soberanos europeos.

Les pregunto á ustedes, ó más bien dicho, pregunto á los *republicanos* que me escuchan: ¿en cuál de los dos países habrían vivido ustedes con preferencia, más gustosos y felices? ¿En la República de López ó en la Monarquía de Leopoldo? (*Aplausos.*)

¿Y dónde habrían gozado ustedes más los encantos de la libertad, en la monarquía inglesa, en que cada hombre es un ciudadano, con sus derechos, su autonomía, y las garantías que necesita para vivir, ó en la República del Ecuador, donde el pueblo era una especie de rebaño de carneros, cuyos pastores eran los jesuitas que formaban la guardia pretoriana del bandido García Moreno? (*Grandes aplausos.*)

Y hablando de la *forma de Gobierno* que hace felices á los pueblos, ¿dónde está el republicano que podría tener la audacia de decirme, que prefería la República de Bolivia con Melgarejo, al Imperio del Brasil con Don Pedro II?

¿Saben ustedes cómo se vivía en aquella República?

Escúchenme un instante más. Como en la República Argentina bajo la *federación* de Rosas, en Bolivia á la sombra de su tirano no había, ni prensa libre, ni Parlamento, ni libertad de ninguna especie para nada. Aquella no era tampoco una República *federal* ni *unitaria*. Era un bárbaro vulgar erigido en poder discrecional, en fuerza absoluta, en verdugo de una sociedad de continuo humillada con sus bacanales y orgías.

Un día penetra en el templo: hace sacar del altar la imagen de la Virgen María, y coloca en el sitio que ocupaba, á su querida, en el *traje* que lucía Eva en el Paraíso (*sensación*) y no contento con ese sacrilegio salvaje, con esa profanación repugnante, hace postrar de hinojos á sus cinco ministros para que *adoren* el cuerpo desnudo de la Mesalina, como un creyente fervoroso podría adorar el símbolo de sus creencias.

¿Era aquello vivir en la República? (*Aplausos.*)

Otro día da un banquete oficial en Palacio, para celebrar el aniversario de la proclamación de la independencia de la patria. Convida al cuerpo diplomático. En las paredes del salón cuelga los retratos de los soberanos, cuyos representantes ha invitado á su mesa. Llega el momento de los brindis. Se pone de pie, y dirigiéndose al retrato de la reina Victoria—modelo de virtud como soberana y como mujer—exclama, ébrio ya:—«¿Conocen ustedes á esa loca? Pues es la *borracha vieja* que gobierna á los orgullosos ingleses... ¿Y aquel otro! señalando al retrato del emperador del Brasil.—¿Lo conocen? Pues ese es un *macaco*, emperador de negros y mulatos... (*Risas.*)

¿Qué republicanos y qué República!

¿Y se dirá todavía, en absoluto, como afirmación incontrovertible, que es una forma de Gobierno determinada, la única que puede hacer la felicidad y la grandeza de un pueblo?

Pues, frente por frente á esa República, sobre sus fronteras, existía al mismo tiempo el Imperio del Brasil, el cual, exceptuando la mancha oprobiosa de la esclavitud,—que hasta hace poco envolvía en sombras de vergüenza la bandera estrellada de la patria de Washington y Lincoln,—y cuya libertad progresiva ha empezado ya, era, y es uno de los países más libres de la tierra, gozándose en ese Imperio de todas las garantías, de todos los derechos, de todas las libertades que se gozan en la más libre y mejor organizada de las Repúblicas, sin exceptuar la del Norte, donde puedo afirmarlo en nombre de la verdad de los hechos y de la historia, ¡no existe más libertad que en el Brasil! (*Prolongados aplausos.*)

Pero hay más. Para probar—y este es uno de los deseos que tengo en esta conferencia,—que no es exacto que la República Argentina deba su prosperidad, sus adelantos y su grandeza al *sistema federal* que la rige, citaré otra República, que vive en plena prosperidad; cuyo comercio y cuya riqueza se desarrollan de una manera maravillosa, y que puede ser tomada como ejemplo, por los que, aspirando á vivir en la República, deben comprender, que antes de ocuparse en saber si una República ha de ser *unitaria* ó *federal*, deben empezar por plantear la República, dejando para la hora

de la consolidación, manifestar su preferencia por uno de los sistemas orgánicos que ella reconoce.

Ya habrán comprendido ustedes que hablo de la Francia.

Y bien: ¿qué es lo que allí existe?

¿Es una república federal ó unitaria?

¿Es la república soñada por Platon, ó la república explicada por Tocqueville?

¿Es la república acariciada por la mente soñadora de Castelar en su *Fórmula del Progreso*, ó la república de Castelar, gobierno? (Aplausos.)

Es, por ventura, una república de la índole y del espíritu de las antiguas repúblicas italianas, ó una república como la de Chile, la República Argentina ó Venezuela, perfectamente organizadas hoy?

¡No! Ustedes lo saben: nada de eso es la actual república francesa, pues no es ni unitaria ni federal, y aun cuando conserve alguno de los atributos y privilegios de la monarquía, es simplemente una república, cuyos fundadores, en medio de grandes desgracias para la patria, y cuyos sostenedores, después de haber realizado á la sombra de su bandera verdaderos milagros, han tenido el buen sentido, el tino admirable de no perder el tiempo en la *cuestión de detalle*, la de elegir entre el sistema unitario y federal, comprendiendo que lo que á la noble Francia convenia, ante todo, era fundar la República, consolidarla, rodearla de prestigio y probar al mundo, que en Europa también la república es compatible con el orden, con la paz, la estabilidad, las garantías sociales, y la salva-guardia de los grandes intereses conservadores, que amparan con su égida las monarquías! (Prolongados y estrepitosos aplausos que interrumpen al orador.)

El orador se detuvo á hablar de la situación actual de la Francia, de su prosperidad y de Gambetta y reanudando el tema principal de su discurso, continuó de esta manera:

«Vamos ahora á Venezuela. Ustedes han oído, señores, el cargo que se me ha hecho sobre la parte de mi conferencia anterior, relativa á este hermoso pedazo de la tierra americana, todo encanto, todo poesía, todo luz, con rios que jugueteaban sobre lechos de ricas pedrerías, palmeras que parecen abanicos de esmeralda, agitados por brisa empapada en perfume de azahares, mujeres de estética belleza, y hombres de valor legendario; conjunto delicioso que en las peregrinaciones el viajero contempla con éxtasis supremo... (Bravo, bravo.)

He tenido miedo de decir, al hablar de esa tierra de las hazañas de su afortunado caudillo, que todo cuanto ha realizado en ella, ha sido en nombre de la federación, del sistema federal de aquella República!!!

Esto es lo que se me dice.

De esto de lo que se me acusa!

Y bien: ni puedo, ni quiero admitir el reproche; porque como el otro, es injusto, infundado; ageno á la verdad histórica, y á lo que ha pasado en la patria hermosa del *inmortal Bolívar*, que bien puedo llamarlo así, aquí donde se enaltece y glorifica el nombre, la memoria, la grandeza de todos los héroes de todos los tiempos y de todos los pueblos. (Aplausos.)

Lo he dicho ya al pasar, y lo vengo repitiendo en la prensa de España hace más de un año, en la serie de artículos que sin cesar consagro á Venezuela, á la que me ligan vínculos que no rompen ni la distancia ni el tiempo, porque son los de una eterna gratitud. (Bien, bien!) Antes que Guzman Blanco, de triunfo en triunfo y de victoria en victoria, llegase á la cima del poder en la tierra que meció su cuna, allí tampoco existía República federal ni unitaria: existía el caos más espantoso, la más sangrienta anarquía, un desgobierno más repugnante que el del *Bajo Imperio*; algo semejante á una noche de horrores, pesando sobre la frente abatida de un pueblo, que en medio de su impotencia, de su desesperación y su desgracia, llegó á creer que las sombras de aquella noche serian eternas, y que ya no brillaría para él ni un rayo de esperanza que le pudiese confortar en su infortunio. (Grandes aplausos.)

Aparece Guzman Blanco, como aparecen los hombres providenciales en las tempestades políticas de las naciones, como apareció en Italia el héroe fantástico de los mil: aquella especie de Cristo que en la tierra de los volcanes, de las artes y de la tradición, tuvo su *Calvario*, su *Cruz* y su *Resurrección*. (Grandes aplausos.) Congregó algunos patriotas, inflamó sus corazones llamándolos al cumplimiento de un deber austero; inculcó en ellos la fé que á él agitaba: corrió á los campos de batalla: dió una, dos, diez, y destacándose gallardo en medio del fuego, consiguió arrojar á los fariseos del templo, enarbolando la bandera de la libertad sobre el alcázar sangriento del último de los Mohicanos. (Prolongados aplausos.)

Era que sonaba para Venezuela la hora anhelada de su resurrección.

Eran las claridades del *nuevo día*, surgiendo de la sangre, de la barbarie y de una anarquía que parecia eterna...

Era la fé perdida, que recobraba su imperio en los espíritus, hasta entonces postrados y abatidos.

Guzman Blanco, no pierde un momento: ni se envanece con la victoria, ni duerme engreído sobre sus laureles.

Dueño de la situación, se contrae inmediatamente á la empresa árdua, difícil, verdaderamente titánica, de *construir*, de *levantar*, de *organizar*, de llamar á cuicío los elementos dispersos de una sociedad, disueltos moral y materialmente, haciéndole comprender que solo en el trabajo y en la paz podia encontrar el consuelo, el alivio, la reparación á los males de medio siglo de luchas, de orgía, de barbarie y desgobierno.

¿Qué obra la de ese hombre extraordinario!

¿Qué labor!

¿Qué perseverancia!

¿Qué voluntad de hierro para luchar contra todas las dificultades y vencerlas!

¿Qué fé inquebrantable para no desmayar ante la majestad de una tarea en que habian sucumbido muchos hombres y muchos partidos! (Bien, bien.)

Siete años ejerció el mando, y en ese *septenio*,—memorable en la historia de nuestra América querida, de esa América destinada en día no lejano á ser el pueblo á que

lleguen todos los desheredados de la fortuna,—realizó verdaderos milagros, calmando las pasiones, desarmando los partidos y anulando los prestigios de cuartel, fundando un Gobierno regular, estableciendo el imperio de la ley y el respeto á la autoridad; moralizando la administración, equilibrando los presupuestos, haciendo de las rentas del Estado *dineros del pueblo*, en vez de tesoros para repartir entre los favoritos; difundiendo la educación, construyendo templos y escuelas, caminos y puentes; creando los Parlamentos y los poderes judiciales, y en una palabra, *regenerando á Venezuela* en nombre de la libertad, del derecho, de la justicia, y de esa fecunda *moralidad política*, «sin la que» ha dicho Montesquieu «no se consigue la felicidad de las naciones.» (Grandes aplausos y grandes aclamaciones.)

Y todo esto, tantos milagros, tantas conquistas, resultados tan sorprendentes y consoladores; en fin, *esta obra de Guzman Blanco*, ¿fue por ventura, como dice el articulista á quien estoy contestando, la obra exclusiva del sistema federal republicano?

No, señores.

Decirlo, es incurrir en otro error histórico que tampoco puedo consentir.

Disipado el humo de los últimos combates, el regenerador de Venezuela no pensó sino en fundar el *Gobierno de la República*, sin perder el tiempo en discutir si debía ser unitaria ó federal, comprendiendo que lo que es *perfeccionamiento de una institución política*, y más de esta magnitud, no se pretende realizar en una época embrionaria, en que, ante todo, hay que construir la base en que debe reposar el edificio de la República para entrar después en la adopción del sistema que más convenga á la índole, al carácter y al modo de ser del país, pues bien saben ustedes, señores, que no todas las instituciones son adoptables para todos los pueblos indistintamente, y que las que pueden convenir á unos, pueden no convenir á otros. (Bien, muy bien.)

Y la prueba de esta prudencia en los procedimientos que deben usarse para organizar políticamente una nación, la tenemos precisamente en lo que ha ocurrido en la misma Venezuela y con el mismo Guzman Blanco.

Actualmente, ¿se halla regida por el sistema federal?

Sí, señores; y diré cómo y por qué, á menos que no esté abusando demasiado de la galante atención con que ustedes me han escuchado hasta ahora. (Varias voces: No, no señor; siga Vd.)

Fatigado de aquella impropia tarea, el general Guzman Blanco necesitó reposo para atender á su salud quebrantada; y afianzada la paz en todo el país, resolvió dejarlo por algún tiempo.

Verdaderamente omnipotente, por el inmenso prestigio de que gozaba, lo puso al servicio de la candidatura del general Alcántara para que le sucediese en el mando, convirtiéndose al aceptarlo, y como era natural, en guardian celoso de su obra, la regeneración de la patria.

La simple elección de Alcántara, hecha por Guzman, hará comprender á Vds. que tenia en él plena y absoluta confianza.

Llegó el momento de nombrar presidente, y lo fué sin oposición alguna.

A los pocos días, el general Guzman Blanco se embarcaba para Europa, tranquilo y confiado, llevando, no sólo el juramento de fidelidad del amigo al que confiaba su tesoro,—que así podia llamar á la situación por él creada en Venezuela,—sino lo que era más halagüeño para su espíritu y tranquilizador para su conciencia: la *seguridad* de esa fidelidad....

¡Vana ilusión!

Quimera caprichosa, que no debía tardar en desvanecer la más negra de las perfidias, la más infame de las traiciones, la más sangrienta de las ingratitudes. (Sensación.)

Apenas Guzman se hubo alejado de las costas de su patria, el amigo le traicionó, Alcántara le volvió la espalda, y cebándose como los chacales sobre la presa, se cebó en la obra de su antecesor, para destruirla, para derrumbar el edificio levantado durante el *septenio*, poner término á la moralidad administrativa, robarse las rentas del Estado, renovando aquellos días de luto, y vergüenza, y anarquía, y desgobierno, y licencia, que parecian concluidos para siempre.

Pero Venezuela, la nación, el pueblo, no podian hacerse cómplices de tamaña traición, y algunos de los mejores amigos de Guzman Blanco, fieles á su antigua bandera, se lanzan á la revolución, al mismo tiempo que escriben al prestigioso caudillo pidiéndole que vuele á ponerse al frente de aquellas legiones armadas para dar en tierra con el traidor que estaba deshonorando la patria.

¿Qué habia de hacer Guzman Blanco?

Eran sus antiguos compañeros los que le llamaban para salvar su propia obra, para castigar la traición y... no vaciló un instante.

Echando mano de su fortuna particular y haciendo uso de un crédito legítimamente adquirido en toda Europa, compró armas, y cuando sus enemigos le creian entregado á las *delicias de Capua*, abandonó su tranquilo hogar de París, dejó allí una familia que hace el encanto de su vida, y poniéndose bajo el amparo del ángel tutelar que tantas veces le habia conducido á la victoria, se lanzó resueltamente al suelo de la patria, donde se le esperaba como á otro Mesías. Esta nueva campaña no podia ser larga.

Apenas se supo en Venezuela que Guzman Blanco estaba en su territorio, el país se levantó como un solo hombre para correr á formar al pie de una bandera, cuyo prestigio conocía, y renovándose la hazaña de César, el famoso caudillo americano *fué, vió y venció*. (Aplausos.)

En alas de una ruidosa victoria, en medio de las aclamaciones de un pueblo que por segunda vez asistía á las emociones de la *Resurrección*, Guzman Blanco entró en Caracas á tomar posesión del mando que la nación entera le confiaba, para emprender de nuevo la tarea de levantar al país de la postulación, del desquicio, de la anarquía, de la pobreza en que le dejaban hundido los malvados que durante dos años le habian estado profanando.

No puedo ni debo detenerme ahora á historiar los trabajos de este hombre extraordinario, en esta segunda época de su fecundo é inmortal gobierno, porque la hora es avanzada y he abusado demasiado de la bondad de ustedes (Mu-

chas voces: no! no!) Pero concretándome á lo que por ahora me importa para contestar al articulista que me ocupa, diré: que en esta segunda época, Guzman Blanco, aprovechando el fruto de sus últimos estudios durante los días de reposo que pasó en París, ha fundado el régimen federal, estableciendo en su país las instituciones suizas, con aquellas modificaciones que exigian la diversidad de carácter, de costumbres, de tradiciones y de modo de ser de la heroica, de la noble nación venezolana que, perfectamente organizada hoy bajo el imperio de esas instituciones tutelares y de la más hermosa libertad, se presenta ante el mundo marchando á banderas desplegadas en el camino de la prosperidad y de la grandeza. (Grandes aplausos.)

La falta de espacio nos obliga á suspender aquí la última parte del discurso del Sr. Varela; pero para que se comprenda el efecto por el producido—efecto del cual se ha ocupado toda la prensa de Madrid—vamos á citar lo que al día siguiente dijo el mismo diario, á que confestó.

Hé aquí sus palabras:

«No es para descrito, y mucho menos de pluma de un cronista como nosotros, la altura en que el orador argentino se colocó anteanoche, y los justos aplausos que el ilustrado público le dispensó, que, en honor de la verdad, debemos decir, que si era tan ilustrado como en la anterior conferencia, era mucho mayor, hasta el punto de no caber en el salón.

Empezó el orador haciéndose cargo de nuestra crónica anterior. Dámosle las gracias, no por los inmerecidos elogios que á nosotros, humildes periodistas nos tributa, puesto que nuestra personalidad es demasiado insignificante para llamar sobre ella la atención pública, sino por la verdadera y sincera pintura que con tanta elocuencia como entusiasmo hizo de nuestro jefe y amigo D. Francisco Pi y Margall, descripción que valió al orador un nutrido y unánime aplauso, aplauso que inundó de placer nuestra alma, y por el que damos á los concurrentes las más sinceras gracias.

Una vez entrado de lleno en la cuestión política, que era el terreno en que nosotros queríamos ver al orador, qué belleza de imágenes, qué fluidez en los períodos, qué torrentes de arrebatadora elocuencia, describiendo el sistema de gobierno al cual debe la Confederación Argentina todas esas maravillas que el orador nos describió; porque, créanos nuestro amigo, la firmeza en los caracteres, la trae consigo la forma de gobierno. ¿Quiere que le cite un ejemplo? Pues fije su vista en las Repúblicas vecinas de la Confederación Argentina, mire al Paraguay y al Uruguay, regidas por el unitarismo, y díganos por qué estos dos pueblos no prosperan á la par que su patria. ¿Es que no son de la misma familia que los argentinos?

Los unos y los otros son dignos hijos de España; con las mismas virtudes y los mismos vicios están adornados; pero mientras en la Confederación Argentina las leyes hacen que el ciudadano esté en la plenitud de sus derechos y los estimen lo necesario para no dejárselos arrebatados por el primer caudillo que levante una montonera, sus dos vecinas, su fren constantemente el yugo de toda clase de tiranías, y créanos el orador, no saldrán del estado de anarquía en que hace sesenta años se encuentran, mientras no formen parte de la Federación del Plata. Luego si es una verdad, que no nos negará nuestro amigo, ha de convenir con nosotros que el mal de la forma de gobierno y la experiencia nos tiene enseñado, que la unitaria conduce al cesarismo, unas veces en forma de imperio, como sucedió en Francia con las anteriores Repúblicas y sucederá con la actual, si no concede la autonomía al Municipio y á la provincia, ó en la de dictadura, como acontece en las Repúblicas hispano-americanas que por el sistema unitario están gobernadas.

Y esto mismo, que nosotros decimos, lo confirmó superabundantemente en los sublimes períodos en que nos describió la regeneradora obra llevada á efecto en Venezuela por Blanco. ¿Por qué éste á la vuelta á su país planteó la federación? Precisamente porque esta es la única manera con que puede conjurarse el peligro de que su país vuelva á la anarquía el día que él falte de la esfera política.

Terminamos esta crónica dando el más sincero parabien á nuestro amigo por los datos tan preciosos que de su país nos suministró, y lo único que anhelamos es que llegue cuanto antes el próximo jueves, en que ha de continuar sus disertaciones, pues que en ellas van ganando dos pueblos queridos para nosotros; la patria del conferenciante y nuestra propia patria.»

¿Puede darse mayor triunfo?

Honor al famoso orador argentino, mejor dicho, al orador americano.

P. DE NAVARRETE.

MABLY.

Vamos á ocuparnos de un filósofo austero que ejerció alguna influencia en la revolución de Francia, por más que hoy esté casi condenado al olvido. Se pidió para él, así como para Rousseau, una estatua y una tumba en el Panteón, y fué una de las almas más nobles y una de las figuras más originales del reinado de Luis XV.

Gabriel Bonaol de Mably nació en el mes de Marzo de 1709. Pertenecía á una familia noble del Delfinado.

Uno de sus hermanos, el abate de Condillac, adquirió más celebridad que el abate Mably. Este entró en el Seminario de San Sulpicio, inspirado por M. de Tencin, que era pariente y amigo de la familia, pero se disgustó pronto de una carrera que le hubiera conducido á la fortuna, y abandonó los libros de teología por la lectura de Platon, Plutarco, Tacítides y Ciceron.

Recibido como pariente en la casa de la señora de Tencin, muy famosa por su influencia con los hombres más ilustrados de la época, asistía á los banquetes á que invitaba con frecuencia á Fonte-

nelle, La Mothe, Saurin y Montesquieu, que había publicado en 1734 *La grandeza y la decadencia de los romanos*. Mably tomó á éste último por modelo y dió á luz en 1740 su *Paralelo de los romanos y de los franceses*, que á pesar de ser una pálida imitación del primero, obtuvo algún éxito.

Entonces fué elevado al ministerio de Negocios Extranjeros M. Tencin, que había sido encargado de negocios de Francia en Roma. Debió aquel cargo al favor del cardenal de Fleury. La señora de Tencin, que no se hacía ilusiones sobre la capacidad de su hermano, pensó en Mably para que le dirigiera.

Mably, para instruir á su discípulo, redactó un compendio de todos los tratados celebrados en Europa después de la paz de Westfalia, con el título de *Derecho público de Europa*, que apareció en 1748.

El censor le preguntó: «¿Quién sois vos, señor abate, para escribir sobre los intereses de la Europa? ¿Sois ministro ó embajador?» Y rehusó la autorización de publicar el libro, que se imprimió en Ginebra y alcanzó el éxito más sólido de todas las obras de Mably.

Se le llamó el *Manual de los ministros*, traducido en muchas lenguas: en Inglaterra se le tomó por manual de la enseñanza de Derecho público.

El ministro conocía su debilidad en el Consejo, porque no sabía hablar; Mably le inspiró la idea de pedir permiso al rey de dar su opinión por escrito. Mably escribía, el ministro leía, y los negocios no iban mal.

Mably negoció en 1743 secretamente en París, con el ministro del rey de Prusia, el tratado que Voltaire llevó al gran Federico.

Dos literatos dirigían la política francesa.

El ministro nombrado arzobispo de Lyon, y cardenal en 1746, quería romper un casamiento protestante que Mably quería mantener. Tencin decía que debía obrar como cardenal, obispo y prelado. «Obrad como hombre de Estado, respondía Mably.»—Si yo siguiera vuestro consejo me deshonraría, replicó el cardenal. Mably tomó su sombrero y salió del ministerio para no volver á poner en él los pies.

Desde entonces se encerró en su gabinete, y no quiso vivir más que con los antiguos, despreciando á los hombres de su tiempo, que juzgaba completamente corrompidos. Para él los griegos eran el modelo de la grandeza y de la virtud, porque estaban más cerca de la naturaleza; su ideal político era Licurgo. Su pesar más grande era no haber nacido en Esparta. Un día se le elogiaba de su carácter.—«Carácter, señora, dijo él, no se puede tener en ciertos países; pero si yo hubiera nacido en Esparta, conozco que yo habría sido alguna cosa.»

El no vivía en su tiempo; era, como se ha dicho, un griego extraviado en la sociedad del siglo XVIII.

En 1749 hizo imprimir en Ginebra sus *Observaciones sobre los griegos*, imitación también de Montesquieu, y decían los contemporáneos; en 1751, publicó sus *Observaciones sobre los romanos*; en 1763, los *Diálogos de Focion sobre la relación de la moral y la política*.

Su divisa: *Quid leges sine moribus vane, proficiunt*, indica bastante el espíritu del libro. Dos años más tarde, sus *Observaciones sobre la historia de Francia*.

En todas estas obras predomina el mismo sistema. Es una apología de la virtud, que sólo puede conducir al individuo y los pueblos á la felicidad, y con la riqueza no hay virtud.

En tanto que la Grecia prefería la pobreza al lujo, y la igualdad á la riqueza, fué feliz, floreciente, respetada; todos sus ciudadanos fueron héroes: pero desde que aparecieron las riquezas del Oriente, desde que Lacedemonia perdió su santa pobreza, se perdió todo: religion, costumbres, leyes, patria. ¿Cómo, según la doctrina de Mably, se puede poner remedio á esta fatal enfermedad de la riqueza y del lujo?

Por la educación y las leyes. Con las leyes y la educación, nacen alternativamente en el mismo país, ó héroes ó esclavos.

Su sistema es absoluto y siempre el mismo. Es una declamación contra la ambición y el engrandecimiento de las repúblicas. Las costumbres son el principio de la prosperidad de los Estados. Al perder sus costumbres Roma, lo perdió todo; pobre, era libre; rica, cayó en la esclavitud que merecía.

Persuadido, como todos los hombres de su tiempo, de que el mundo se deteriora y se corrompe sin cesar, Mably tuvo la idea singular de colocar la libertad más perfecta en los primeros días de la monarquía. Hizo un magnífico cuadro de la república de los francos, en el fondo de las selvas de la Germania. Eran pobres estos bárbaros, y por consecuencia virtuosos. Clovis no era sino el general y el primer magistrado de un pueblo libre. El primer cuidado de los francos, fué tratar á los galo-romanos como hombres libres, emancipándolos de los tributos y desembarazándolos de las riquezas que los corrompían. La cuna de la antigua monarquía era una verdadera república. Brizard, en su *Elogio de Mably* dijo, «que este descubrimiento animaba de un interés desconocido hasta entonces, estos primeros tiempos tan oscuros y tan desdenados. Es un rayo de luz que colora este vasto horizonte otras veces perdido en las tinieblas, y cuyo calor vá á fertilizar todas estas lanas de nuestra antigua historia.»

Mably consideró á Carlo Magno el modelo de los reyes; un patriota, un legislador, un filósofo, abjurando el poder arbitrario, siempre funesto á los reyes, y reconociendo los derechos imprescriptibles del hombre, que han caído en el olvido.

El abrió el Campo de Marte, reunió al pueblo en esas asambleas de donde los grandes y el clero le habían excluido; sabía que no existe la patria donde no hay libertad; mejor quería ser jefe de una nación libre, que de un pueblo de esclavos. El reinado de Carlo Magno no fué sino un relámpago en la noche.

Después de su muerte, el gobierno se *desnaturalizó*, tomando una forma desconocida de la antigüedad griega y romana. Para Mably fué una época terrible, abominable, y sobre todo, incomprendible.

Mably publicó en 1768 sus *Dudas sobre el orden natural*, refutó el libro de Mercier de la Riviere, que reducía todo á la propiedad y á la agricultura, hacia del despotismo esclarecido el mejor Gobierno, y no veía nada de comparable á la China y á su emperador agricultor.

Mably combatió su pasión por el despotismo de la China.

El conde Wieborsko llevó á Mably á Polonia en 1770, á fin de hacerle estudiar el país y conocer su opinión sobre las reformas necesarias para salvar un Gobierno que perecía. Mably escribió un libro en el que pedía la emancipación de los labriegos, para hacerlos ciudadanos; combatió el *liberum veto*, el poder omnímodo de los magnates y los desórdenes de la anarquía.

Un tratado del estudio de la historia, en 1778, y destinado á la educación del joven príncipe de Parma, y un *Tratado de la manera de escribir la historia*, vieron la luz pública en 1783. En esta obra censuró enérgicamente el método histórico adoptado por Robertson y Voltaire.

Eran demasiado modernos en su manera de escribir la historia, y Mably prefería los antiguos. Admirador de Tucídides, de Xenofonte, sobre todo de Plutarco, entre los griegos, desdenaba á Polibio. Tito Livio fué el principal objeto de sus estudios entre los romanos; consideraba á Salustio el primero de los talentos secundarios, reconocía en Tácito grandes bellezas, pero le reprochaba un estilo descosido y ampuloso.

La obra maestra de Mably, según su discípulo Brizard, fué *La legislación ó principios de las leyes* (en 1776). «Estos principios, destinados á servir de base á la legislación, abrazan la felicidad posible de todos los hombres, de todos sus lugares y de todos los tiempos.»

Como el sueño de la revolución fué hacer la felicidad del género humano por un Código universal donde se inscribiera el derecho natural, el origen de esta idea resalta en la obra de Mably.

Las doctrinas políticas de Mably están completamente expuestas en sus dos obras: el *Tratado de legislación ó principios de las leyes* y los *Derechos y los deberes del ciudadano*, publicados después de la muerte del autor y la víspera de la revolución.

En la primera un inglés encuentra un sueco en París y no duda de la sabiduría de las leyes inglesas, y el sueco cree que todos los Estados están prodigiosamente alejados de los principios de una sabiduría práctica, y ama las ideas de los antiguos filósofos en el arte de gobernar una República, y contiene muchos pasajes latinos tomados del *Tratado de las leyes*, de Cicerón.

Los derechos y los deberes comienzan igualmente por un texto de Cicerón: «Hay una ley que no puede cambiar, de la que ni el Senado ni el pueblo no pueden desligarse. Esta ley es la misma en Roma y en Atenas, hoy y ayer, para todas las naciones y para todos los tiempos... Es Dios quien la ha inventado, decretado, promulgado. Aquel que no la obedece, desconoce la naturaleza humana, y por esto mismo sufrirá las más grandes penas, aun cuando él se escapase á los castigos de los hombres.»

Una ley inmutable para seres que cambian todos los días, fué la quimera de Mably; pero, más sábio que Rousseau, no creyó que la sociedad degradada al hombre, ni que la sociedad ha nacido de un contrato. Al contrario, él exponía con razón, que si esta idea del bien y del mal no hubieran existido en el corazón del hombre, no se comprendería por qué los hombres habrían imaginado hacer leyes.

La sociedad nace de nuestra naturaleza. Dios ha colocado en nuestra alma muchas cualidades sociales, que por el atractivo del placer ó por el temor del dolor, nos incitan á unirnos, á amarnos, á servirnos, á hacernos sacrificios recíprocos.

La piedad, el reconocimiento, la necesidad de amar, el temor, la esperanza, la emulación, son los sentimientos naturales, las cualidades sociales que dicen bastante que los hombres son formados para vivir entre ellos. Esta es la observación de Mably. Pero estos sentimientos, y estas necesidades nos separan, cuando el egoísmo los desnaturaliza. La avaricia, la ambición, los vicios son instintos pervertidos que ensangrientan la tierra, y es el deber de los legisladores refrenar estas pasiones, ahogar las necesidades ficticias, enseñar á los hombres á contentarse con poco, mantenerse en su pobreza y el trabajo, y Mably no encuentra otro medio para remediar estos males, que suprimir la propiedad individual, porque así se suprime la desigualdad y se desarma el egoísmo.

Este es el error fundamental de Mably.

La idea de que lo supérfluo de la opulencia se hace con lo necesario de la pobreza, es una idea defendida no solo por Mably, sino que fué expuesta por Montesquieu en el libro que trata del lujo en el *Espíritu de las leyes*.

El sueco de Mably preguntaba al inglés, su interlocutor: «¿A costa de cuántos ciudadanos, ó mas bien de provincias, está hecha la felicidad del rey de Inglaterra?» Y decía: «¿Cuál es este animal monstruo que se llama un sultán? El devora todos los frutos de la tierra, y su hambre, siempre renovada, no está nunca satisfecha.»

Según la opinión de Mably, la naturaleza ha creado la igualdad entre los hombres; ella nos ha dado á todos los mismos órganos, las mismas necesidades, la misma razón. Ella no ha hecho al hombre para servir al hombre. ¿De dónde proviene la desigualdad? De los hombres. Esta respuesta de Rousseau es la respuesta también de Mably, pero mientras Rousseau encuentra el remedio en el *Contrato social*, Mably lo encuentra en la abolición de la propiedad.

Suprimiendo la propiedad, Mably creyó reformar el corazón humano, y decía: «Si yo pudiera destruir las preocupaciones que extravían nuestra razón, si yo pudiera arrancar de nuestro corazón las pasiones tiránicas que le subyugan, no vacilaría un momento en colocar á los hombres en la igualdad más perfecta.» Mas el filósofo, que conocía los vicios sociales, no abrigaba la esperanza de destruirlos de un golpe, porque hacia notar que los pequeños y los pobres mismos resistirían á estos proyectos; «el pueblo tiene cóleras de insolencia, pero un principio de igualdad.» No podía pensar en destruir la propiedad, sino que juzgaba preciso destruir los dos vicios que engendran la propiedad; la avaricia y la ambición, *disponer de la vida privada* del ciudadano y los resortes del Gobierno, de manera que nosotros encontrásemos la felicidad sin el estímulo de aquellos vicios.

Consideraba que el mejor medio era dar al Estado pocas necesidades y pocos recursos. Disminuir sus gastos. *Este fué el principio de Licurgo*. Consigna la máxima de que todo lo que aumenta las necesidades del Estado, acrece la autoridad y la importancia de los magistrados, y esto es un vicio.

Lo que le conmueve, es que hombres que no tienen nada, sean sometidos á algún tributo; por ser injusto que después de haber sacrificado sus brazos, su trabajo, sus sudores al Estado, él se tome una parte del salario que han recibido por cultivar ó por defender tierras de los que no poseen nada.

Es partidario del impuesto directo, porque *advierte sin cesar al Gobierno y los ciudadanos de sus necesidades mutuas*, y al contrario, el impuesto indirecto deja á los magistrados mil pretextos y mil medios artificiosos para satisfacer sus pasiones y engañar al pueblo.

No ama las bellas artes, y combate el lujo; quiere leyes suntuarias que se deben extender á todo: muebles, habitaciones, criados, vestidos; condena el comercio que perdió á Cartago.

Los comerciantes no tienen patria; ellos no piensan sino en *satisfacer su codicia y la nuestra; ved su moral*.

Concede al Estado el derecho de reglar el uso de la propiedad, no solo para impedir la usurpación del derecho y de la libertad de otro, sino para impedir que el ciudadano tenga fantasías contrarias á la razón. Limita los grados de parentesco en las sucesiones, de miedo que *esperanzas muy extensas abran el alma á la prodigalidad y la avaricia*; la hija única no debe tener más que el tercio de la sucesión, porque para Mably una buena legislación consiste en descomponer y dividir continuamente las fortunas que la avaricia y la ambición trabajan sin cesar en reunir. Para fundar una *república eterna*, se ocupa en curarla de toda ambición. Rechaza las guerras ofensivas, las conquistas, las colonias.

Divide el poder ejecutivo en diferentes partes, que serán confiadas á diversos ciudadanos, como los eforos de Esparta, ó los cónsules en Roma. No cree que un pueblo tenga confianza en sus leyes, sino cuando él mismo es su propio legislador; mas no confía el poder legislativo á una democracia caprichosa, voluble y tiránica, y nos sorprende que este ardiente amigo de la igualdad, divida su Estado en seis órdenes: nobleza, clero, clase media, labriegos, abogados, artesanos, y á los representantes de cada orden confía la autoridad, de modo que existirían ocho Cámaras en el Estado, y cada diputado quedaría ligado por el mandato que hubiera recibido.

Al público corresponde votar el presupuesto, y la nación formará el ejército, y añade: «Todo pueblo que quiere ser libre debe adoptar el método de los suizos que, sin tropas regladas y reunidas de todas partes, no distinguen sus ciudadanos de sus defensores.» Para constituir su *república*, Mably recurre á la educación y á la religion. La primera pública y general. No tiene confianza en los padres y en las madres, porque si se deja á la madre educar al hijo habrá una variedad infinita de costumbres y de sentimientos, lo que no quiere el filósofo; necesita que un mismo espíritu anime á todos los ciudadanos.

Respecto de las mujeres es muy severo. «Yo os desafío, dice, á que citeis un Estado donde las mujeres hayan tenido poder, sin destruir las costumbres, las leyes, el gobierno.» La historia nos ofrece ejemplos inmortales que destruyen un juicio tan

injusto. Despues añade con más verdad: «Educa las jóvenes para la modestia y el amor del trabajo. Formad sus primeras costumbres de manera que no ambicionen otra gloria que la de ser excelentes madres de familia. Si están ociosas en la casa, el retiro les parecerá insoportable, y entregadas á la disipacion preferirán otra cosa á su marido y sus hijos»

La religion civil que Mably instituye en su Estado es el deísmo y la inmortalidad del alma. Para él, si no hay Dios, no hay nada de moral; declara que el ateísmo es más funesto á los hombres que la guerra, el hambre y la peste, porque destruye la raíz misma de la virtud.

Convierte á los prelados en simples profesores de moral pública. Para corregirlos de toda avaricia y de toda ambicion, les asigna un salario, les somete á la igualdad de las leyes civiles y no les dá participacion alguna en el Gobierno.

Mably era un filósofo solitario; vivia con mil escudos y practicaba el principio de que la corrupcion comienza donde acaban nuestras necesidades; era duro con él mismo y caritativo con los pobres; no sufría la arrogancia de los grandes. Un dia que un gran señor hablaba con desden de un sábio que vivia en una bohordilla, «señor, le dijo Mably, las gentes de mérito viven en bohordillas, los necios habitan hoteles.»

El mariscal de Richelieu quiso hacerle académico, y Mably se apresuró á ver á Condillac para evitar ser elegido.

«Por qué, le dijo su hermano, rehusas entrar en la Academia?—Porque si yo aceptase me veria obligado á elogiar al cardenal de Richelieu, lo que se opone á mis principios, y si no lo hiciera, debiendo todo á su sobrino el mariscal, eria culpable de ingratitud.»

Circuló el rumor de que se le propondria para dirigir la educacion del Delfin, más tarde Luis XVI, y dijo públicamente que su regla de conducta y su máxima constante sería que: *Los reyes son hechos para los pueblos, y no los pueblos para los reyes.* Así no fué á él á quien se encomendó la educacion del príncipe.

Era una noble figura, llena de estoicismo y de firmeza, pero sus doctrinas fueron erróneas. Sacrificaba la libertad, el comercio, la propiedad, que son el fruto del trabajo, á un sistema absoluto y absurdo.

Este hombre que no tenia mujer é hijos, que no pudo amar en su vejez más que á un viejo criado que le cerró los ojos y que murió en sus brazos, abandonó por él su sistema é instituyó á su favor la libertad de testar, cuando encontraba extraño que un padre dejase sus bienes á sus hijos y un marido á su mujer.

Maravillosa inconsecuencia del corazon humano.

Mably murió el 23 de Abril de 1778, á la edad de setenta y seis años, como un filósofo de la antigüedad, con el ánimo sereno de Sócrates.

EUSEBIO ASQUERINO.

CRONICA CIENTIFICA.

El creciente desarrollo que las ciencias alcanzan en los presentes momentos, y el lugar de preferencia que las asignan cuantos se dedican al estudio, hacen precisa la insercion, en revistas de la importancia de LA AMÉRICA, de breves notas compendiosas que, sin ser sobrado extensas, den, sin embargo, á sus lectores idea del movimiento científico contemporáneo.

Inauguramos esta nueva seccion de nuestro periódico sin pretension ninguna. Imponiéndonos solamente el propósito de tomar acta de cuantos hechos creamos dignos de la atencion de nuestros abonados, extractaremos lo que sería demasiado largo, traduciremos cuanto las publicaciones científicas nos proporcionen, y pondremos á contribucion periódicos é ilustraciones nacionales y extranjeras, prefiriendo al airoso dictado de autores el más que humilde de cronistas.

EL TÚNEL DE LA MANCHA.—Es un hecho triste, pero frecuente en la historia de las ciencias y la industria. Apenas un cerebro privilegiado dá á luz una idea gigantesca, nacida quizá al soplo de una divina inspiracion, surgen por todas partes, y en torno de esa idea, prejuicios y preocupaciones que dificultan su realizacion, y no la imposibilitan por completo porque Dios combate por ella y el progreso la hace justicia. Tarea larga sería la nuestra si fuésemos á buscar ejemplos en que apoyarnos: llena está de ellos la historia de los grandes descubrimientos antiguos y modernos, y para citarlos no tendríamos otro embarazo que el de la eleccion.

Este hecho vuelve á repetirse hoy. La humanidad ha adelantado mucho en su perfeccion, pero aun la queda largo camino que recorrer; tratando de estas cosas el siglo XIX en su último cuarto no está muy lejos de los siglos anteriores; parece que más que hijo es hermano suyo, pues adolece de los mismos defectos y sufre las mismas obsesiones del raquítico espíritu de la ignorancia.

Sabido es de todos el proyecto que habia de construir un túnel submarino que, atravesando el canal de la Mancha, abriese un breve camino entre Francia é Inglaterra. Bajo el punto de vista comercial, las ventajas de esta nueva vía son tan

patentes, que saltan á los ojos, sin que sean precisos largos razonamientos para demostrarlas. Los intereses de ambos países son los mismos; unidos por el túnel, su alianza habia de ser fuerte y duradera; cuando las líneas férreas asiáticas se unan á las europeas, la importancia de este nuevo camino abierto al comercio, sería mucho mayor y favoreceria tanto á Inglaterra como á Francia. El túnel mediría 20 millas inglesas, ó sean unos 32 kilómetros.

Acogida por todo el mundo con aplauso, reputada como una de las grandes obras que nuestro siglo podria presentar á título de gloria ante las generaciones venideras, todo parecia presagiar una pronta ejecucion y un feliz éxito á los trabajos, cuando hé aquí que los prejuicios y las preocupaciones, de que hemos hablado más arriba, asoman su cabeza por el otro lado del estrecho de Calais, y cual inmensa nube de insectos, detienen en su marcha el tren de la civilizacion que iba á enlazar las dos naciones.

En otro tiempo se hubiera hablado del demonio, de la hechicería, del infierno, y cual payoroso castigo á los audaces exploradores se hubiese presentado la perdicion del alma, en el fondo de la atrevida empresa de unir lo que Dios ha separado; en nuestro siglo, más materialista y ménos dado al misticismo, se habla de quiméricas invasiones, de sorpresas imposibles, de ataques que no tendrían razon de ser, de peligros faltos de base en qué apoyarse, y se amenaza con la perdicion del cuerpo. El pretexto es el mismo, la misma es también la amenaza: sólo han cambiado los términos de ésta: es el único adelanto que ha tenido el siglo XIX.

Parecieron en un principio tan infundados los rumores que corrian sobre la oposicion que iba á hacer Inglaterra á la ejecucion del proyecto, que nadie quiso darles crédito: el buen nombre de la ilustrada Albion y su instinto eminentemente comercial, pleiteaban en favor de los optimistas; pero las malas nuevas se confirman siempre, y ésta se confirmó. La opinion pública rechazaba la idea, la negaba su ayuda y su permiso: Inglaterra tenia miedo á los franceses.

Y sin embargo, considerado el asunto como ellos lo consideran, bajo el punto de vista militar, un túnel submarino es muy poco temible, digan lo que quieran los militares ingleses. Más lo sería seguramente un túnel continental, como el Mont Cenis, por ejemplo, cuyas dos salidas podria poner una sorpresa en manos de cualquiera de las dos potencias. Y á pesar de esto, cuando los franceses dejaron el túnel de Saverne en poder de los alemanes, éstos no pensaron en servirse de él. No sin miedo se aventura un ejército en inmensas galerías oscuras que pueden fácilmente ser su tumba, para lo cual bastaria con dos minas colocadas en los dos extremos y unidas entre sí por medio de una comunicacion eléctrica. Las paredes se vendrian abajo y 100.000 hombres podian morir asfixiados en un instante.

Los túneles son vías de comunicacion pacífica y no medios de guerra, sobre todo los túneles submarinos que, con ayuda de algunas disposiciones especiales, pueden inundarse con la mayor facilidad.

Por otra parte, Inglaterra asigna más importancia á la que realmente tiene su cinturón de agua salada. La arena la invade poco á poco, y ya no puede decirse el canal, sino los canales de la Mancha. Entre Calais y Ramsgate se está formando un archipiélago; algunas islas, formadas ayer, tienen ya faros y todas son bastante sólidas para cubrirse de fortalezas terrestres ordinarias, susceptibles de cruzar sus fuegos y barrer el estrecho. Hasta se podia construir un istmo artificial entre Douvres y Calais. En varios puntos el mar no tiene más que 60 metros de profundidad; por término medio, sólo tiene 30, y entre el Cabo Grisner y Folkestone no hay más que 28 kilómetros.

Quiéralo ó no Inglaterra, la naturaleza se encarga de aproximarla á Francia. Esta última nacion podia cubrir de fuertes los cuatro bancos de arena próximos á Calais,—bancos que aumentan cada día—y guarnecer de torpedos los canales que los separan. Si se cerrasen estos canales, cuyo fondo no pasa de 18 metros, las arenas arrastradas por el flujo y la corriente del Gulf-Stream, vendrian á acumularse detrás del dique y á consolidarle y á elevar en poco tiempo el fondo á un nivel general de 3 á 4 metros sobre el mar, permitiendo entonces encerrar este espacio en los diques. Cuando esto suceda, porque ha de suceder, Inglaterra se anexionará la parte comprendida entre Southforeland y la embocadura del Támesis; la longitud de la Mancha quedará reducida á 40.000 metros; y pudiendo cruzar sus fuegos los fuertes de ambas naciones ribereñas, la lucha sería una lucha de artillería de tierra, en vez de ser una batalla naval.

No, no es por el túnel de la Mancha por donde Inglaterra habia de temer una sorpresa de los franceses, sorpresa que practicada por esta vía sería imposible, pues no se desembarcan tan fácilmente el número de hombres necesarios para ella aparte de las vías de agua que podian abrirse para sumergir el túnel. Lo que Inglaterra debia esperar más bien de Francia, caso de un conflicto entre ambos países, es un desembarco de tropas, efectuado por los buques mercantes protegidos por los 38 acorazados franceses.

Pero en vano se hacen reflexiones á la terquedad; en vano se quiere luchar con la preocupa-

cion, con los fantasmas que engendra el miedo, á lo mejor, en los cerebros más bien organizados. El túnel de la Mancha se hará á pesar de la oposicion inglesa, y se hará por que debe hacerse, y por que, á la larga, la verdad se hace paso é ilumina las tinieblas. Reciente está el recuerdo del istmo de Suez. También Inglaterra se oponia á su ruptura, y sin embargo, el mar Rojo y el mar Mediterráneo son hoy los amigos más unidos del mundo. También ingleses y franceses se estrecharán algun dia la mano, en el famoso túnel, sin pavores infundados, ni desconfianzas absurdas. Tengamos fé en el progreso.

Pero es triste, muy triste, que cediendo á las exageradas vociferaciones de los espíritus pusilánimes haya dado orden el Gobierno inglés de que se suspendan los trabajos preparatorios que se estaban haciendo para la realizacion del titánico proyecto.

APERTURA DE UN NUEVO ISTMO.—Cuando se examina con atencion el mapa del archipiélago asiático se observa que la península de Malaca obliga á los navegantes á dar una vuelta muy acentuada hácia el S., aproximándose á la isla de Sumatra, aumentando unos cuatro dias por término medio el trayecto de los buques que van á China y Filipinas, exponiéndoles también al paso, muchas veces peligroso, del estrecho de Sumatra. Se comprende, por lo tanto, todo el interés que encierra la apertura del istmo de Krau, que quita todas esas dificultades.

En una de las últimas sesiones de la Sociedad de ingenieros de París, M. Leon Dru ha expuesto los medios de realizar esta curiosa empresa.

La península de Malaca se extiende de 1° 15' á 10° 15', de latitud Norte; tiene unos 1.190 kilómetros de longitud y una anchura de 100 á 300. En su centro, que comprende los países tributarios del reino de Siam, es donde precisamente podria abrirse el canal, cuyo establecimiento sería tanto más fácil, cuanto que allí existen dos corrientes de agua muy importantes: una, el Pack-Cham, que desemboca en el mar de las Indias, y otra, el Tayoung, que termina en el mar de Siam. El problema se reduce á canalizar ambos rios y reunirlos por un desmonte.

El Pack Cham es un rio ancho que separa la provincia de Tenasserim de los países tributarios de Siam, y forma un canal natural, que en gran parte de su trayecto presenta más bien los caracteres de un brazo de mar que de un rio propiamente dicho.

En los 100 primeros kilómetros de su trayecto, los trabajos que hay que ejecutar serian relativamente poco importantes, y pasados aquellos, sería preciso abrir un canal de 11 kilómetros para unirlo con el Tayoung, que toma el nombre de Tseompeon, á partir del pueblo de Phai.

Como este rio tiene poca profundidad, sería necesario dragarle. La realizacion de este proyecto causaria un movimiento de tierras de unos 30 millones de metros cúbicos.

M. Dru indica igualmente otro proyecto, que consistiria en abandonar la corriente del Tseompeon inferior para reunir desde Phai el Tayoung al mar por un desmonte de 4 kilómetros y por el Tseompeon superior, resultando un movimiento de tierras de unos 32 metros cúbicos.

Estos dos trazados son los más directos y los más fáciles; dan el movimiento de tierras más bajo, hallándose escavado enteramente el canal en el lecho del rio principal de la vertiente E.

También señala Mr. Dru otros varios puntos de la Península donde su estrechez permitiria el establecimiento de un canal de union entre los dos mares, pero cuyos cálculos no se pueden precisar por no conocerse suficientemente el país.

Segun cálculos de M. Dru, se necesita para esta empresa un capital de 100 á 120 millones de francos, cuyos intereses quedarian bien asegurados sin más que tener en cuenta el tráfico actual de la navegacion, y resultarian para el comercio las ventajas de acortar cuatro dias el viaje á China, evitar los peligros de la navegacion por el estrecho de Malaca y establecer una comunicacion directa con Siam, Annam y Cochinchina. En el consumo de carbon de los vapores, sería muy importante la economia, pues solamente para los barcos de la Península Oriental y de las Mensajerías francesas, que consumen 45 toneladas diarias, habria un ahorro de un millon de toneladas al año.

LOS CITOZOARIOS.—Segun cuenta la *Revue scientifique*, un ayudante del Instituto fisiológico de Leipzig, M. J. Gaule, acaba de hacer una série de observaciones muy interesantes dignas de llamar la atencion. Examinando los glóbulos rojos de la sangre de rana sin fibrina, y sometiéndolos á una temperatura de 30 á 32 grados centígrados en una disolucion de cloruro sódico á 0,6 por 100, vió aparecer en la célula, al lado del núcleo, corpúsculos móviles, alargados y puntiagudos en sus dos extremos, á que primero dió el nombre de gusanillos (*Wirmchen*) y ahora llama citozoarios (*Cytozoen*). Estos corpúsculos salen de la célula que arrastran cierto tiempo consigo, efectúan movimientos, entran luego en reposo, mueren y desaparecen.

Este fenómeno no se produce en todas las circunstancias ni con todas las ranas: la estacion, la localidad, la talla y el estado general de los animales cuya sangre se examina ejercen una influencia considerable en la produccion de los citozoarios que no están preformados en la sangre, ni son pa-

rásitos, sino que deben considerarse como simples partículas de sustancia vital que se forman en el cuerpo de las células.

En el bazo, en el hígado y en la médula de los huesos se desarrollan los citozoarios a expensas de los glóbulos rojos, mucho más fácilmente y mucho más aprisa que en la sangre misma. En el bazo, la intervención del calor es inútil, pues basta añadir la disolución salina al jugo de este órgano para que aquellos aparezcan.

La época en la cual se muestran más fácilmente los citozoarios coincide con el momento en que la rana no toma alimento y vive únicamente de las reservas que hizo durante su período de actividad, ó sea, en otoño para las ranas grandes, y en primavera para las pequeñas.

Si se extiende la sangre en una disolución de cloruro sódico, á la que se agrega una gota de violeta de genciana, y despues de un contacto de doce á veinticuatro horas se hace terminar la acción de la materia colorante, se nota que el núcleo y el citozoario son los únicos que se han teñido, de lo cual deduce Gaule que el citozoario no es más que una partícula de la sustancia del núcleo.

En otra serie de estudios, Gaule se propuso ver si los citozoarios existían también en los tejidos de los animales vivos. Para fijar rápidamente los tejidos recurrió al sublimado corrosivo en disolución acuosa concentrada ó al ácido nítrico en la dosis de 3 por 100, despues de lo cual hacía intervenir los reactivos colorantes. Encontró frecuentemente en las células, al lado de los núcleos, cuerpos que considera como idénticos á los citozoarios, y que se presentan con el aspecto de pequeños núcleos accesorios (*Nebenkerne*) influidos por los reactivos colorantes como el nucleomismo.

Si se disgrega en el ácido ósmico un bazo fresco de rana, no se encuentran citozoarios y no se vé en cada célula más que el núcleo y el protoplasma granuloso; pero si se deja morir los elementos del bazo y enseguida se provoca, por los medios dichos anteriormente la aparición de los citozoarios, éstos se conservan bien por el ácido ósmico.

Gaule saca de todos estos hechos la deducción siguiente: en las preparaciones de la sangre y del hígado la aparición en masa de los citozoarios es, sin duda alguna, el resultado de la muerte; una parte de la célula muere por completo y la otra se hace más activa, sobrevive á la célula y se hace libre.

LA ENFERMEDAD TUBERCULOSA.—El *The Times* publicó no hace muchos días una carta del ilustre doctor John Tyndall, en la que este conocido sabio da cuenta de los notables experimentos hechos por un distinguido médico alemán, el doctor Kock, acerca de las causas y orígenes de la enfermedad tuberculosa, expuestos por dicho señor, hace poco más de un mes, ante la Sociedad filosófica de Berlín. Dicen así los principales párrafos de su carta:

«Kock se había hecho ya nota por la penetración, habilidad y justicia de sus investigaciones acerca del contagio de la fiebre.

Mediante á un procedimiento de inoculación é inyección, nos presentó el terrible parásito en las diferentes fases de desarrollo y en sus diferentes medios de acción. Estas observaciones notabilísimas sacaron al célebre médico de un distrito rural, donde ejercía modestamente la profesión, y lo colocaron de repente de consultor facultativo del Gobierno en la dirección de la Salud pública en Berlín.

Desde allí ha seguido dedicándose con ahinco al estudio de todas las enfermedades contagiosas, y sus últimos trabajos se relacionan con una enfermedad que desde el punto de vista de la mortalidad ocupa el primer lugar, y es, por lo tanto, la más digna de fijar la atención de los médicos y del público en general.

«Si la gravedad de una enfermedad, dice Kock, debe medirse por el número de víctimas que produce, las mayores plagas de la humanidad, sin exceptuar la peste y el cólera, son secundarias en comparación con ésta de que voy ahora á tratar.»

Kock empieza por decir que una séptima parte de las personas que mueren están atacadas de la enfermedad tuberculosa, y que más de un tercio de las personas jóvenes que mueren son víctimas del mismo mal.

Antes de que Kock se dedicara á estudiar la materia, se había demostrado hasta la evidencia que la enfermedad era contagiosa, y el objeto principal del ilustre médico de Berlín, ha sido precisar el carácter del contagio con experimentos previos de inoculación y otros medios que nos han demostrado que los parásitos, causa de la enfermedad, son susceptibles de infinitas trasferencias y reproducciones.

Ha sometido los órganos enfermos de muchos hombres y animales á un exámen microscópico, y en todos los casos ha encontrado los tubérculos infestados de un parásito pequeñísimo y de una forma redonda y aplanada que se distingue perfectamente con ayuda del microscopio.

Trasladados esos parásitos, por medio de la inoculación, de los animales enfermos á otros perfectamente sanos, en todos los casos, sin excepción, se ha reproducido la enfermedad.

Para contradecir la opinión de que el verdadero contagio no consiste en el parásito, sino en algun virus que engendra el órgano atacado de la enfermedad, el doctor Kock ha criado el parásito artifi-

cialmente durante largos períodos de tiempo, obteniendo muchas generaciones. Con la expectoración de un hombre que tenía tubérculos, en el pulmón, inyectó una sustancia preparada muy cuidadosamente por él mismo con objeto de proporcionar alimento nutritivo al parásito. De ese modo los vió crecer y multiplicarse. De la nueva generación así obtenida, tomó un ejemplar microscópico y lo colocó en materia sana, que muy pronto se contagió de la terrible enfermedad. El parásito fué desarrollándose así de generación en generación, sin que en ese desarrollo interviniera la enfermedad tuberculosa. Al final de estos experimentos, algunos de los cuales han durado más de medio año, los parásitos purificados, digámoslo así, fueron introducidos en la circulación de animales sanos de varias clases. En todos los casos, sin excepción, la inoculación fué seguida de la reproducción del parásito y de la generación de la enfermedad originaria.

Permitidme que dé algunos datos más al por menor de los experimentos hechos por Kock. Hizo algunos con seis cerdos, perfectamente sanos, de los cuales inoculó en cuatro los parásitos en cuestión, que procedían del pulmón de un hombre enfermo, y en 54 días reprodujeron cinco generaciones. Dos de los seis cerdos no habían sido inoculados. Los otros cuatro enfermaron y perdieron mucha carne. A los 32 días murió uno de ellos y á los 35, el doctor Kock mató á los demás para examinarlos detenidamente. Tanto en el que había muerto, como en los otros cinco, había sido declarado con gran violencia la enfermedad tuberculosa, los pulmones se hallaban llenos de tubérculos.

Entre tanto, los otros dos cerdos en los cuales no se había hecho la inoculación, seguían perfectamente sanos. En otro experimento, seis cerdos, de ocho, fueron inoculados con parásitos procedentes del pulmón de un mono, y criados artificialmente como en el caso anterior, hasta obtener ocho generaciones en 95 días. Los seis animales se vieron muy pronto atacados de la terrible enfermedad, mientras que los otros dos cerdos continuaron perfectamente sanos. Experimentos parecidos se hicieron con gatos, conejos, ratas, ratones y otros animales, y sin una sola excepción la inoculación del parásito fué inmediatamente seguida de la declaración de la terrible enfermedad.

En estos últimos casos que cito, la inoculación se había hecho en el abdomen. Posteriormente se ensayó en el humor acuoso del ojo, y en uno y otro caso los resultados fueron siempre los mismos. Tres conejos, inoculados por los ojos con parásitos recriados artificialmente y originarios del pulmón enfermo de un hombre, fueron rápidamente perdiendo carne, y muertos y examinados á los 25 días, resultaron llenos de tubérculos.

Otro de los experimentos realizados por Kock fué tomar tres conejos, é inyectar, á uno en el humor acuoso del ojo con sangre humana, mientras que los otros dos eran inoculados de la misma manera con la misma sangre, pero conteniendo parásitos originarios de un pulmón enfermo, y que habían sido recriados artificialmente por espacio de 91 días. A los 28 días mató á los conejos. El que había sido inoculado con sangre sola estaba perfectamente sano, mientras que los pulmones de los otros dos estaban llenos de tubérculos.

Otros muchos experimentos ha hecho el doctor Kock, de los que ha deducido grandes conclusiones prácticas del mayor interés. El célebre médico alemán ha determinado la temperatura á que pueden desarrollarse los parásitos tuberculosos, cuyo minimum es 86° Fahrenheit, y cuyo maximum es 104° del mismo termómetro.

En muchos casos Kock ha examinado la expectoración de los pulmones de personas tísicas y encontrado en la flema el parásito en cuestión, mientras que nunca lo ha visto en la expectoración de personas que no padecían esa enfermedad.

La expectoración en los primeros casos no perdía el germen de la terrible enfermedad, ni aun despues de seca, pues en varias ocasiones fueron inoculados cerdos con esa expectoración guardada por espacio de tres ó cuatro semanas, y los animales se vieron atacados de la enfermedad con tanta violencia como si la expectoración se acabara de arrancar del pecho del enfermo.

OTRO COMETA.—El año 82 no quiere, por lo visto, ser menos que el 81 en eso de presentar á nuestros absortos ojos prodigiosas muestras de las maravillas de que ha sembrado las regiones siderales la fuerza poderosa que nos guía en nuestro viaje por el infinito. El 18 de Marzo último, el profesor americano Wells descubrió un nuevo cometa desde el Observatorio del colegio Harvard, de Cambridge (Massachusetts). Hace pocos días escriben desde Basilea á la *Allgemeine Zeitung* que este cometa comienza ya á tener cierto brillo, aun cuando no es todavía visible á la simple vista. Su longitud es próximamente de un grado; se halla en la actualidad al Noroeste de la cabeza de la constelación del Dragón, y avanza diariamente un grado hacia el polo, sin descender bajo el horizonte.

Como el cometa está ya en su período de marcha rápida hacia el sol, así como hacia la tierra, probablemente será visible á la simple vista el mes próximo. No llegará á su perihelio hasta el 10 de Junio, y entonces se hallará á siete millones de kilómetros del sol.

UN NUEVO INSTITUTO GEOLÓGICO.—El departamento de minas del Gobierno moscovita acaba de fundar un Instituto geológico, que tiene por objeto centralizar, por decirlo así, todas las investigaciones geológicas que se hagan en aquel país y hacer un mapa geológico de Rusia. En el presupuesto actual se han consignado 30.000 rublos para aplicarlos á la creación de este Instituto, y un académico célebre, M. Helmersson, ha sido nombrado director.

No data de ayer en Rusia el afán de hacer investigaciones geológicas. Ya en el siglo pasado varios sabios emprendedores viajaron por todo el imperio y coleccionaron los materiales que habían de servir de base al conocimiento exacto de las condiciones geológicas del territorio ruso.

El primer hombre de ciencia que se ocupó en esta materia fué Cherkin, publicando un libro, interesante resumen de todas sus observaciones, que animó al geólogo inglés Murchison y al sabio francés Verneuil á hacer una visita científica á Rusia.

Los dos cruzaron el país acompañados por varios sabios rusos, con el concurso de los cuales publicaron un mapa interesante que vió la luz pública en 1849.

Desde entonces han sido frecuentes las investigaciones geológicas, pero han sido también desordenadas, y mientras ciertas regiones son muy conocidas, otras, no ménos ricas, no han sido apenas exploradas.

El Instituto recién creado obedece al deseo de dar unidad á todos los trabajos realizados hasta ahora y venir al conocimiento exacto de la riqueza geológica que encierra el vasto imperio moscovita.

ESTACIONES METEOROLÓGICAS POLARES.—Siempre han sido los polos del mundo objetos de la preferente atención para los sabios. Últimamente la comisión polar alemana ha celebrado tres sesiones en Berlín. El objeto principal que persigue esta comisión, es establecer, lo más cerca posible de los polos Sur y Norte, dos estaciones destinadas á observaciones meteorológicas regulares y á estudios geodésicos. La comisión polar ha decidido hacer ocupar por Alemania el Cumberland Sound, en el estrecho de Davis, y en el Océano Atlántico austral la Georgia meridional ó la isla del rey Jorge, al Oeste de la tierra del Fuego.

Las dos expediciones saldrán de Alemania en los primeros días de Junio, estando terminados los preparativos, en cuanto se refiere á instrumentos y planos. La comisión polar ha comprado el vapor *Germania*, que ha efectuado ya, á las órdenes del capitán Koldewey, la expedición á la Groenlandia Oriental, y este barco se quedará en el Cumberland Sound todo el invierno, á disposición de los astrónomos y geólogos.

La comisión ha resuelto, además, equipar una expedición suplementaria, que establecerá estaciones meteorológicas en las costas del Labrador, en donde será auxiliada por las comunidades de *Hermanos moravos* que ocupan aquellas regiones.

VIAJE AL POLO NORTE EN GLOBO.—La experiencia parece haber demostrado ya la imposibilidad de llegar al polo norte por tierra ni por mar. La temperatura, excesivamente fría, parece oponerse á lo primero; la existencia de grandes témpanos de hielo en que se destroza todo buque que intente romperlos, hace imposible lo segundo. En vano las expediciones que unas á otras se han sucedido en estos últimos tiempos han ido perrechadas de cuantos útiles debían augurar un éxito feliz á sus propósitos; inútilmente las han prestado su concurso los últimos adelantos de las ciencias; no por eso el punto de la tierra en que se señala el polo norte del mundo ha parecido ménos asequible á sus esfuerzos. Por el contrario, el reciente desastre de la *Jeannette* ha confirmado la opinión de los pesimistas.

Y sin embargo, el hombre no se da por vencido. Quiere llegar al polo norte, y llegará. La perseverancia es fuerza bastante poderosa para triunfar á la larga de todos los obstáculos. En estos momentos se organiza una nueva expedición. Sólo que como el agua y la tierra han opuesto ya tantos inconvenientes, los nuevos exploradores intentan una nueva vía; el espacio, y van á realizar en globo su expedición. He aquí los detalles que sobre ella hemos podido recoger.

El comandante Cheyne, que hace dos años viene haciendo sus preparativos de viaje al polo norte, valiéndose de tres globos unidos, acaba de llegar á Montreal con objeto de interesar al público en su proyecto de viaje aéreo. El *Courrier des Etats-Unis* anuncia su llegada; los *Mondes* nos dan detalles interesantes sobre su empresa.

Las personas que se han dedicado á ella desean que la expedición sea anglo-americana, y que se organice por suscripción popular. Los gastos subirán á 80.000 dollars, que se recogerán por mitad en América y en Inglaterra. Ya se ha formado un comité en Elisabeth (New-Jersey), y hay el propósito de fundar otros en las principales ciudades del Canadá y los Estados-Unidos.

Los tres globos, que costarán 20.000 dollars, serán construidos en Inglaterra. El punto de partida de la expedición, será New-York. El navío llevará el nombre del patron de la exploración ártica, *Grinnell*.

«Con nuestro navío,—dice el comandante chey-

ne,—iremos á San Patricki-Bay, donde el capitán Nares ha hallado un gran yacimiento de carbon, en la superficie del suelo. Allí construiremos una casa, instalaremos nuestros aparatos y fabricaremos gas hidrógeno para los globos.

Este dista seis millas del punto en que el buque del capitán Nares, el *Discovery*, inverna en 1875-1876, y cuatrocientas noventa y seis del polo. Así que tengamos viento favorable, nos bastarán de diez y ocho á veinticuatro horas para llegar al polo norte.

Cada globo llevará un trineo, una canoa y víveres para cincuenta y un días, y soltará hilo telegráfico á medida que se aleje, para estar siempre en comunicacion con la estacion principal. En fin, los globos tendrán la carga suficiente para que no puedan elevarse mucho en el aire.

El que promueve de la expedicion no prevé dificultad ninguna por parte del frio, durante el viaje aéreo que deberá verificarse en el mes de Junio del año de la partida, es decir, en el solsticio del estío, en que el sol está más elevado. Aun llega á decir que los viajeros tendrán que quitarse el sobretodo si no quieren sufrir demasiado calor.

La expedicion se compondrá de diez y siete hombres, á quienes se unirán, en Groelandia, tres esquimales familiarizados con la mayor parte de la comarca que se debe explorar y que se encargarán del papel de guías.

El Gobierno dinamarqués ha dado ya órden á las autoridades groenlandesas para que presten toda la asistencia posible á esta expedicion polar de nuevo género.

P. RUIZ ALBISTUR.

A "LA NACION ESPAÑOLA"

PERIÓDICO DE BUENOS AIRES.

En el número 366, correspondiente al 2 de Abril del presente año del periódico *La Nacion Española*, se halla un editorial, que se titula *La emigracion española*, en cuyo artículo no se hace otra cosa que barajar mi pobre nombre para presentarlo á la colonia española, residente en Buenos-Aires, como un traidor al sentimiento de la madre patria, por que en esta misma publicacion han visto la luz pública algunos artículos míos, defendiendo la emigracion, y aconsejando á los emigrantes la mayor circunspeccion y comedimiento en un país, que por lo mismo que formó parte integrante de los dominios españoles, era más susceptible al tratar cuestiones de suyo delicadas.

A mi entender, el pensamiento que envolvian mis artículos, no podía ser más noble ni más útil para ambos países, que tanto necesitan el uno del otro. *La Nacion Española*, que no le conviene el tono de mis artículos, porque de abolengo viene sacrificando su conciencia ante las corrientes que dominan á una parte de la colonia española residente en Buenos Aires, para halagarla y conservar su suscripcion, se desata contra mí, haciendo, más que una defensa de doctrina, una cuestion personal al través del Océano.

No tema, Sr. Director, que yo vaya ahora á manchar las columnas de LA AMÉRICA, siguiendo al Sr. Barrós por el camino de una lucha personal; no. Pero pondré de manifiesto su mala fé en lo que no sé si le llame controversia.

Al desmenuzar un párrafo de uno de mis artículos, se permite entrar en el resbaladizo terreno de las intenciones; atreviéndose á esto, ¿á qué más no se atreverá?... Para llenar su cometido y conseguir extravaiar la opinion, sigue con el sofisma hasta concluir por la diatriba, y á todo esto, sacrificando los más grandes intereses: ¿para qué?... Para que sigan en el error algunos cuantos suscritores inconscientes.

Y cuando se le han concluido todos los recursos en la defensa de su plan, se enmascara con una frase de ancho efecto; con el patriotismo.

¿Es patriotismo predicar la paz ó predicar la guerra?

La mision de la prensa nacional en el extranjero, es delicadísima; una palabra imprudente puede ser motivo de enormes desgracias, mucho más en nuestra raza, y esto no lo saben tener en cuenta nuestros compatriotas de Ultramar.

Recordad *El Correo Español* cuando combatia al doctor Avellaneda y su Gobierno. Pues bien; aunque no sea más que mentalmente, poned ese periódico en Madrid con nacionalidad francesa y que sólo la mitad de lo que le decia *El Correo* en Buenos-Aires al doctor Avellaneda se lo dijera, siendo francés el periódico, al Gobierno español, aunque éste fuera el más odiado; ¿qué sucedería?

Seamos justos, y al escribir, al dirigir la opinion pública, abandonemos pasiones funestas.

Con un solo argumento voy á contestar al editorial que me dedica el periódico del Sr. Barros.

Mis artículos, publicados en LA AMÉRICA, antes de leerse en Ultramar, han sido leídos y comentados aquí; á nadie se le ha ocurrido hacer lo que ha hecho *La Nacion Española* de Buenos Aires: ¿por ventura sus redactores son más españoles que los españoles de la Península?

Ni estamos en los tiempos de Roger de Flor, ni en los de Amadís de Gaula; corriamos este eterno vicio castellano; pero no; á *La Nacion Española* de Buenos Aires, no le conviene. Cuando no tenga pretexto para dar sus batallas campales lanza en

ristre, irá por el Toboso á buscarlos, y si no los encuentra, los inventará. He aquí la prueba, dice:

«Pero si el articulista de LA AMÉRICA trata mal á los españoles de acá, no es mucho más benigno con los de allá. Demostrando un completo desconocimiento de las opiniones del Gobierno acerca de la emigracion, calumnialo atribuyéndole medidas prohibitivas en que no podía pensar un Gobierno ilustrado, y hablando de ciertas circulares de otros tiempos en que privaba en España el sistema prohibitivo. Refiriéndose despues á las causas que en su concepto tornan inevitable la emigracion en España, hace esta triste pintura de la vida del pobre en una de las regiones que más contingente emigratorio suministraba hasta hace poco.»

Dice el periódico de D. Manuel Barros, que trata mal á los españoles de allá, porque en mis artículos les aconsejaba moderacion en sus apreciaciones sobre el régimen político de los pueblos del Plata....

«Demostrando un completo DESCONOCIMIENTO de las opiniones del Gobierno acerca de la emigracion, etc.»

A la raíz de los sucesos Saida, se expidió una Real órden por el ministerio de Fomento, nombrando una comision, al frente de la cual estaba el Excelentísimo Sr. D. Segismundo Moret, para que estudiara las causas que motivaban la emigracion; y una vez conocidas, proponer al Gobierno los medios para combatirla.

Dividida la comision en secciones, el ilustrado ingeniero D. Meliton Martin fué encargado de estudiar la zona de Galicia, y en su informe decia, sobre poco más ó ménos:

«Que dada la densidad de la poblacion en Galicia, hoy por hoy no era conveniente intentar detener la corriente emigratoria, porque la medida traeria consecuencias fatales, pues son muchos los compañeros la miseria y el hambre.»

Comparto, pues, con este ilustrado español de acá la filípica que se sirve dirigirme *La Nacion Española*.

Ahora bien; ¿no es esto extravaiar la opinion? Si el Sr. Barrós no sabia lo que pasaba en España ¿para qué habla de ello y supone que me refiero á épocas muy remotas? Por otra parte, ¿puede suponerse en el Director de un periódico, que es más amante de la patria y más celoso defensor de su honra que los demás españoles de acá, que no conociera la medida á que me refiero? Ciertamente que nó. De aquí resulta un dilema.

¿Conocia la medida y escribió lo que escribió? Obraba de mala fé, para extravaiar la opinion, á particulares fines de empresa, lo cual no es muy patriótico ni noble, por lo que á mí se refiere.

¿No conocia la medida? No debió hablar de ello. No adulo ni halago á nadie, como supone en su famoso editorial *La Nacion Española*; predico paz y concordia entre pueblos hermanos que por tantos lazos están unidos, aconsejando una conducta prudente y comedida, para poder realizar los ideales que les están reservados á las nacionalidades americanas con su vieja metrópoli, cuando los intereses materiales son tan afines; pero cuando por una ú otra parte se falta, allí estoy defendiendo los fueros de la justicia y de la razon hollada, aquella ó desconocida esta.

Desde las columnas de *La Ilustracion Cantábrica*, en el número 11, correspondiente al 18 de Abril, decia sobre el asunto de Sanchez Caballero:

«Son tantas y tan variadas las quejas que de América recibimos sobre la falta de seguridad personal en que viven los españoles residentes en la República del Uruguay, que no podemos dejar de protestar nuevamente contra los agravios inferidos á nuestros compatriotas de la banda Oriental del Plata, cuya poblacion está compuesta de más de cien mil familias españolas, en su mayor parte gallegas.....»

«Al complacer á nuestros compatriotas de Montevideo en una causa de justicia rudimentaria, nos permitimos dirigirla un ruego. Tengan calma y obren con la mayor prudencia posible. No olviden que si la razon y el derecho están con ellos, la justicia lo estará tambien, por poco que sepan ejercerla.»

«Para eso y para todo, cuenten con nuestro sincero é incondicional concurso.»

Si el anterior artículo transcrito, que puede leer *La Nacion Española* en la seccion de *Misceláneas* del referido número, en toda su extension, no aparece firmado por mí, es porque en esa seccion todo se hace de redaccion; pero yo lo he sentido y téngalo por firmado por mí.

Para que no se dé lugar á esos desmanes, me estuerzo y predico comedimiento á mis compatriotas; pues entiendo que es más patriótico evitar ocurrencias de este género, que despues tener que castigarlas uno mismo, cuando la voz de la razon nos falta y cuando todos los medios que las leyes del derecho dan, se desconocen.

Llegado tan triste caso, ¿qué español habrá que me gane á españolismo? Callen y no pequen, que Dios nos vé.

CÉSAR VALCÁRCEL.

LEPANTO.

A mi querido amigo D. Eusebio Asquerino, insigne escritor y poeta.

«¡Tiemble el orbe á mis piés! ¡Tremóle augusta mi triunfadora enseña, do la fama

mi grandeza pregona; y en los ámbitos que repiten los ecos de mis glorias, y aún más allá, donde el vencido esclavo toca las plantas del tirano odioso con su frente oprimida, el noble acento de «Libertad y Patria» se difunda! ¡Héroes, á combatir! Buscad la muerte si no hallais libertad: ¡antes la tierra guarde en su seno el deleznable polvo de vuestros cuerpos, que vivais esclavos! El clamor incesante de la patria, el grito lastimero de la madre, ¿no acrecienta el valor de vuestros pechos? Sonó en España, cuando al rudo golpe del alfanje de un déspota inhumano se estremeció de horror un continente.

Y esgrimió el español el duro acero que al sol arrebató sus resplandores; y ardiendo en ira santa: «¡Independencia! gritó; ¡no se doblegan ante el hierro frentes ceñidas de divinos lauros!» ¡Independencia, sí! ¡Nombre glorioso! ¡Oh, libertad sagrada! Con tu aliento al corazon enardecido agitas, y vida con tu luz pródiga irrádias, cual astro refulgente que á los mundos con sus rayos espléndidos colora. Tú eres la llama celestial, eterna, que amaga á la impudente tiranía; tú eres el sol, que esplendoroso, lanza vívido rayo que quebranta el duro hierro que apresta á fratricida lucha la ignorancia del déspota insolente; tú eres la brisa que levanta el polvo que azota el rostro del tirano... ¡Patria! ¡Ah! tú sentiste el poderoso aliento de la alma libertad; auras divinas agitaron tu enseña triunfadora; y cuando el cielo te tejió laureles, resplandeció tu frente soberana! Y hora que intenta el agareno impío romper tu cetro, manciillar tus glorias y hollar tu suelo, tumba de tus grandes y nobles hijos, ¿con temor y espanto lágrimas viertes? No! Siempre invencible adornarás tu espléndida corona con hojas de laurel arrebatadas á la mezquina frente del tirano!

Ved: ya soberbia la rugiente ola, cual negro mónstruo que abortó el profundo, lóbrega avanza hasta el peñon que trueca su furia horrenda en centellantes copos de blanca espuma que en los aire, flotan. El huracan agita la sombría nube que esconde el resplandor del rayo; el trueno estalla; el Océano tiembla; la sombra crece, y pavoroso, el mundo en espantable soledad reposa... de pronto el mar, alborozado, calla; brilla en el cielo el sol; fúlgido rayo los ámbitos enciende, y resplandee la tierra... ¿Quién al sol prestó su lumbre? ¿Quién aplacó las iras del Eterno? ¿Quién acalló el profundo? ¿Quién en calma el fragor convirtió de la tormenta? Dios, sobre el ancho mar embravecido, tendió su mano... Al eco incontrastable De su tremenda voz, tembló la esfera y el hórrido huracan plegó sus alas. «Yo bendigo tu enseña victoriosa, ¡oh noble Iberial! En Covadonga un día mi aliento te presté, te dí mi apoyo, y ardor divino concentré en tu pecho. Hoy que soberbio el agareno intenta posar sobre los restos de tus glorias su planta impura, lucharé á tu lado, defenderé tu honor, seré tu escudo!» Dijo; y España, estremecida, siente pequeño el mar, gigante su deseo, impenetrable la acerada cota que arde al calor del corazon que guarda; invicto su poder, fuerte el acero, fuerte su honor. «¡Al arma! ¡Dios lo quiere! los héroes de Lepanto repetian. «El que con pecho generoso alienta, sabrá morir... ¡La muerte del soldado acrecienta las glorias de la patria! ¡Al arma, sí! La rabia de un tirano no amengua nuestro ardor. Pronto en la nave que hoy surca el mar matando vencedora, triunfante se alzaré nuestra bandera tan pura como el sol, como él brillante!»

Adalid invencible (1), gloria eterna entre las glorias de la noble España. vuela, y tu acero, cual divino rayo que á estrago y muerte á la soberbia pompa del déspota condena, hunda en el polvo hecha pedazos la ominosa enseña de un pueblo esclavo, en su impotencia ciego... Ya retumban los bronceos... ¡Adelante! La Europa tiembla; el Océano espera; la patria gime... ¡Oh, Dios! ¡Despierta, España! Las ondas de tus mares son de sangre, sangre de pueblos que venganzan piden con moribunda voz desde sus tumbas, con acento de vida, desde el cielo! Venga su muerte... ¡Fueron tus hermanos! ¡Ah! si el temor le vence, si en tu pecho hierva sangre de esclavos, si abrida

(1) Don Juan de Austria.

¡ay! arrastras cadenas, con los hierros de tus cobardes hijos fabricadas, ¡maldición sobre tí!... ¡Rompe tu cetro! ¿A dónde irás de tu deshonra acabe y tu conciencia inexorable muera?

«Cese tu voz, pues ya cesó mi llanto. Ni el temor me venció, ni sangre inícuca nutrió mi pecho, ni arrastré cadenas. ¡Grande fui; libre soy; seré gigante! Hermanos, los que disteis generosos, defendiendo mi honor, polvo á la tierra, almas al cielo y á la patria gloria; en Lepanto vení: ¡ya estais vengados!»

ALFREDO DE LA ESCOSURA.

Madrid, 15 de Abril de 1882.

LA HUERTA DEL TIO MARTIN.

—Con que algun dia tenga usted en la memoria lo que acabo de hacer en su obsequio, respondió el interpelado, cambiando súbitamente de tono y dando á sus palabras un giro verdaderamente conmovedor y patético. ¡Señor de Reina! Yo descendo de tan buena familia como pueda descender el primero, y yo he recibido de mis padres una educación esmerada; pero... ¡ah desdicha! los vicios y la curia infame traen á los hombres á estas situaciones y pueden conducirlos tambien al cadalso. Yo tengo muy buenos antecedentes de usted, de su padre y de toda su familia. No crea usted que ahora le habla ningun asesino, sino un caballero, y tan es así, que les tengo prevenido á los que me acompañan, que el dia en que por desgracia me den un tiro, me corten la cabeza y la entierren para que nadie pueda decir: «éste era... quien yo soy.»

No es posible describir la impresion de curiosidad, asombro y lástima que semejantes palabras produjeron en el ánimo del cautivo.

El misterioso personaje continuó:

—Por mis venas corre sangre de la más aristocrática de España, y sólo con que yo le hablase á usted de ciertos asuntos y de ciertas familias, caería usted en la cuenta de la ilustre casa de que yo descendo, y desde luego podría usted explicarse mi conducta, mis reservas y mis sufrimientos.

—Mucho le agradezco á usted, repuso el cautivo, lo que acaba de hacer por mí; pero siento mucho el que se haya comprometido por mi causa con esos hombres.

—No tenga usted cuidado por eso, yo los domino como quiero, y por último, tengo mucho gusto en hacer cuanto pueda, porque me consta que su familia lo merece.

—¿Y no cree usted que el paso que ha dado indisponga á esos hombres conmigo, y me quieran asesinar cuando me quede solo?

—Yo le juro á usted á fé de caballero, no apartarme de su lado hasta ponerle á salvo de esta gente infame y desalmada.

En aquel momento se oyó abajo un sordo ruido de voces y carreras, que no dejó de alarmar á los dos interlocutores.

—¡Tenga usted confianza en mí! exclamó el llamado Salamanca.

Y sin decir más palabras, se precipitó por la escalera.

Aquella inesperada y brusca despedida produjo en el secuestrado grande inquietud y terror indecible, y maquinalmente dirigióse tras de su protector y se detuvo en la puerta de la escalera, desde donde pudo oír la bronca voz de su viejo guardian, esto es, del Tio Martin que decía:

—Nada, nada, es menester matarlo, sin pérdida de tiempo.

El infeliz secuestrado sintió caer sobre su corazón aquellas palabras, como otras tantas balas de plomo.

Y lleno de terror y angustia, retrocedió con espanto hasta el fondo de su prision, bajándose la venda para buscar la estampa de Nuestra Señora del Rocío, ante la cual cayó de rodillas, cruzando las manos y dirigiéndole una ferviente plegaria para que lo libertase de su mortal peligro.

CAPITULO XLIII.

DE CÓMO LA COMEDIA PUDO TOMAR ASPECTO DE TRAGEDIA.

El Tio Martin, ya bien de noche, llegó á la huerta por extremo azorado, y refirió á sus compañeros todo lo que habia visto y lo que le habian dicho en Casariche respecto á la muerte de don Agapito.

Refirióles tambien cómo hallándose en casa de su amigo y temeroso de que los desconocidos le siguiesen, habia logrado burlar su vigilancia, saltando por las tapias del corral, saliendo al campo y dando un gran rodeo para llegar á la huerta, sin que sus tenaces perseguidores lo advirtiesen, y quitar de allí cuanto antes el cuerpo del delito.

—¡Aquí debe haber algun traidor! exclamaba furioso el Tio Martin. Alguien se ha berreado, diciendo que al viejo cautivo de La Alameda le han quitado la vida, y mañana serán capaces de decir que hemos sido nosotros. ¡Os digo que reviento de rabia!

Las noticias, la actitud y la alarma del Tio Martin produjeron viva impresion en la cuadrilla, que le rodeaba, oyendo su relato sin perder una palabra, mientras que el señor Salamanca le estaba haciendo sus confidencias al secuestrado.

—¿Y serán los mismos que vimos anoche, esos que usted ha visto en Casariche? preguntó Francisco.

—Sin duda ninguna. Esa gente espía la casa y mi persona, y de fijo que mañana están aquí á registrar, si es que no vienen esta noche. Por eso conviene que vosotros dos, añadió el Tio Martin dirigiéndose á sus hijos, vayais en seguida, á la carrera, sin perder un minuto, por el camino de Casariche, y si los encontráis, matadlos antes que dejarlos llegar aquí.

—No tenga usted cuidado, padre.

—Ellos son tres, los mismos que visteis anoche. ¡A puntad bien, y que no se escapen! Corred, no os detengais.

Los hijos obedecieron,

El padre, dirigiéndose á otros dos de la cuadrilla, les dijo: —Id volando por los caballos y venios inmediatamente con ellos, para quitar á ese hombre de aquí. Con media hora basta y sobra para salvarnos, ó para que á todos nos lleven los demonios. ¡Andad!

Los dos bandidos partieron corriendo en direccion opuesta.

—¿Y piensa usted que debemos soltar en seguida á ese hombre? preguntó Carrascoso.

—Lo que pienso es, que necesitamos sacarlo de mi casa.

—Pero el caso es, que acaba de escribir una carta...

—Nada, nada, interrumpió el Tio Martin con su áspera voz; es menester matarlo sin pérdida de tiempo.

En esto bajó Salamanca, y muy pronto se enteró del grave peligro que todos corrian y de la imposibilidad de tener allí por más tiempo al secuestrado.

—Pues bien; vamos ahogarlo al instante ó coserlo á puntaladas, dijeron á una todos los bandidos.

—¡Eso no! gritó el Tio Martin.

—Pues entonces, ¿qué es lo que usted quiere?

—Quiero que lo mateis; pero fuera de aquí. ¿Qué vamos á hacer con ese cuerpo, cuando no tenemos abierta la sepultura y cuando apenas habrá tiempo para llevarselo?

—¿Con que es cierto que nos vigilan? preguntó con tanta intencion como sangre fria el llamado Salamanca.

—Sí, no hay duda; nos vigilan, y esos hombres no me han dejado hoy ni á sol ni á sombra, ni me han perdido pié ni pisada, y además se saben otras cosas, yo no sé cómo, ni por quién; pero es lo cierto que hasta en las tabernas se habla de lo que no era menester, y ha llegado la hora de prevenirse y defenderse como lobos.

—Tiene usted razon, Tio Martin.

—Lo que interesa es, que me liberteis de ese hombre sin que nadie lo vea, porque en trasponiéndolo, yo no le temo á nadie.

—Pues en seguida nos lo llevaremos.

—Sí, sí, no hay otro remedio; pero asomáos por ahí antes á ver si está el campo libre.

Algunos bandidos fueron á colocarse de espías en los puntos más convenientes, mientras que Carrascoso y Salamanca aguardaban el aviso de estar el paso franco, para subir inmediatamente por el cautivo, el cual á la sazón continuaba postrado de hinojos ante la efigie de Nuestra Señora del Rocío, rezando fervorosamente en tan crítico y angustioso trance.

En la turbacion, congoja, desasosiego y excitacion febril en que se hallaba el prisionero, no veia más que la divina imagen de la que con su dulce y suave poder aplaca las tempestades de la naturaleza y del corazón humano, y que en el florido verjel de las letanias, precioso ramillete de expresiones poéticas, es con razon llamada *estrella de la mañana y consuelo de los afligidos*.

En aquellos momentos de oración y éxtasis, el prisionero sintióse asir del brazo, y volviendo la cabeza, vió la misma figura de mujer que vestida de negro, en otras ocasiones se le habia presentado, anunciándole la ausencia ó la venida de los bandoleros, á fin de que se quitase ó se pudiese la venda.

La enlutada, pues, con ademan atropellado y balbuciente vez, le dijo:

—¡Que vienen! ¡Súbete la venda! ¡Ten confianza en la Virgen Santísima!

La mujer desapareció como una sombra, y el prisionero, dócil al misterioso aviso, colocóse bien la venda y se tendió en su miserable lecho.

Pocos instantes despues, subieron Salamanca y Carrascoso al desván, y asiendo al prisionero violentamente de los brazos, le bajaron por la escalera sin dirigirle una sola palabra.

Abajo aguardábales el feroz Tio Martin, que les dijo: —Cuando estéis lejos de aquí, ya sabeis lo que hay que hacer. ¡Los muertos no hablan!

El prisionero lanzó un profundo gemido, que pareció repetir el eco; pero en realidad fué una persona.

Salamanca y Carrascoso nada respondieron, encaminándose al olivar, donde segun les habia dicho el viejo, aguardaba uno con los caballos.

Cuando el Tio Martin hizo desaparecer entre las tinieblas al secuestrado y á los que le conducian, respiró con la fuerza de un fuelle de fragua, creyéndose ya completamente seguro.

Salamanca y Carrascoso llegaron á donde estaban los caballos, subieron al cautivo sobre uno de ellos, encollerao con otro, que montaba el tercer bandido.

Los dos caballos encolleraos partieron inmediatamente, mientras que Salamanca y Carrascoso disponíase á montar en los suyos; pero en aquel mismo instante apareció la enlutada, que con voz solemne, fatídica y amenazadora, les dijo:

—¡No cumplais la órden que os han dado! Es verdad que los muertos no hablan, pero comprometen á los vivos. Si pensais matarlo, matadme á mí antes, porque si no, os juro que estais perdidos. Ponedlo en libertad, ó... ¡ay de vosotros!

Dichas estas palabras, la mujer desapareció por entre la espesura del olivar, dejando á los dos bandidos atónitos con sus amenazas.

Bien hubieran querido en aquel momento apurar la causa de aquel extraño proceder; pero indecisos durante algunos instantes, entre seguir á la mujer ó incorporarse á su compañero y al cautivo, que ya iban á bastante distancia, resolvieron al fin alanzarlo, montando en sus caballos y lanzándose al galope.

Durante largo rato la cabalgata caminó á la ventura, sin rumbo fijo, con el más profundo silencio, sin oírse más ruido que las pisadas y el resollar de los caballos, hasta que al fin Salamanca y Carrascoso, quedándose atrás un buen trecho, en voz muy baja entablaron el diálogo siguiente:

—¿Y á dónde vamos? preguntó Salamanca.

—Éso digo yo; hasta ahora no hemos pensado más que alejarnos de la huerta; pero, ¿qué hacemos con ese hombre?

—¿Y tú qué piensas de aquella mujer?

—¿Qué quiere usted que piense? Las mujeres son de la piel del diablo.

—Con esta salida no contábamos nosotros.

—¿Y quién habia de dar en una cosa tan inesperada?

—Pues lo cierto es, que la moza puede hacernos un flaco servicio.

—¡Ya lo creo!

—¿Y tú la conoces?

—Sí, hombre, es una... de las que están en la huerta.

—Es decir, que está enterada de todo.

—Claro está.

—Entonces te digo, que el caso es para muy pensado.

—Soy de la misma opinion.

—Y bien; ¿qué opinas tú que debemos hacer?

—Soltarlo, y que la Magdalena lo guie, porque además que le temo á la lengua de las mujeres más que á la ira de Dios, tampoco echo en olvido que su padre le ha dado de comer al mio.

—Me alegro mucho de lo que dices, porque exactamente habia pensado yo lo mismo; pero...

Salamanca se detuvo.

—Pero... ¿qué? dijo Carrascoso. Siga usted hablando, porque yo creo que tambien hemos pensado lo mismo respecto á la dificultad que se ofrece.

—Pues bien, Pepillo, te diré con franqueza que lo único que me preocupa es lo que le diremos á ese para conseguir nuestro intento.

—Yo creo que hará lo que se diga; pero en último caso, me tiene sin cuidado. Lo mejor será que nos pongamos delante y haremos rumbo hácia la Roda, marchando á campo través, y cuando estemos cerca del camino, usted se adelantará con él hasta ponerlo en franquía, le dice usted que no diga nada de lo que ha pasado, y mientras yo me las compondré con el otro.

—¡Excelente plan! exclamó el astuto Salamanca, viendo que todo le salía á pedir de boca para ponerse bien y congraciarse con el secuestrado y su familia.

En seguida los dos, ya de acuerdo, picaron á sus caballos, pusieronse delante del prisionero y del otro bandido, y se dirigieron hácia la Roda.

Al llegar á cierta distancia del camino hicieron alto, bajaron al joven Reina, á quien asió del brazo el llamado Salamanca, conduciéndole á pié un largo trecho.

Cuando ya el prisionero conoció que se habian retirado bastante de Carrascoso y su compañero, se aventuró á preguntar:

—¿Y qué piensan hacer conmigo?

—Lo que piensan es darle á usted muerte, señor de Reina; pero eso no sucederá mientras yo viva, respondió Salamanca en voz apenas perceptible y acelerando el paso.

—¡Usted es mi ángel salvador!

—¡Silencio!

Salamanca y el secuestrado continuaron todavia su rápida marcha algunos minutos, al cabo de los cuales, aquél le dijo:

—Ya le dije á usted que yo soy un caballero, y que sólo mis necesidades y tambien la curia me han puesto en estos trances. Yo le prometí á usted salvarlo, y con más riesgos y con más fatigas de lo que usted pueda imaginarse, lo he conseguido.

—¡Muchas gracias!

—Tambien le prometo á usted ahora que con todo sigilo le devolveré religiosamente la parte del dinero que me toque de su rescate, si, como espero, se falla en mi favor un pleito que tengo en Sevilla.

—No piense usted en eso, pues demasiado ha hecho usted en mi obsequio.

—No importa; yo cumpliré lo que le he ofrecido, y se lo juro solemnemente por este Crucifijo que llevo pendiente del cuello, y esto le probará á usted que yo no soy ningun ladrón, porque los ladrones sólo llevan el escapulario de la Virgen del Cármen.

Es muy posible que el prisionero no encontrase aquella prueba tan convincente como la suponía el llamado Salamanca, que continuó:

—Pero tenga usted entendido que si nos delata, y fuera fácil, que no lo es, el que nos cogiesen á cuatro, cinco ó seis de los nuestros, nuestra compañía es muy grande, y moriría usted sin remedio, bien por nuestra mano ó pagando su muerte, además de causar la ruina de su familia.

—Descuide usted, que yo, no solamente seré discreto, sino agradecido.

—Así lo espero; y ahora sólo debo decirle que está usted cerca del pueblo de La Roda, y le prevengo que yo he echado sobre mí una gran responsabilidad, cual es la de salvarle á usted la vida contra la voluntad de toda esa gente, y por lo tanto le aconsejo que cuanto antes se quite usted del camino para evitar que los otros puedan venir buscándole y lo maten.

Y así diciendo, le quitó la venda al secuestrado, y añadió:

—Míreme usted cara á cara; pues ya no temo que usted me conozca, porque con la accion que acabo de hacer, creo que nunca será usted capaz de delatarme ni reconocermé ante ningun tribunal. ¡Adios, y que el cielo permita que pueda usted llegar con bien á su casa!

El llamado Salamanca se volvió solo á reunirse con sus compañeros mientras que el joven Reina comenzó á correr en direccion de La Roda con toda la celeridad que sus fuerzas le permitian.

Al llegar á la entrada del pueblo, encontráse una pareja de la Guardia civil, que lo condujo á el Arahál y al seno de su familia, llenando de regocijo á todo el pueblo y á sus desconsolados padres y hermanos que tuvieron la inmensa felicidad de verle libre y de abrazarle, cuando ménos lo esperaban.

CAPITULO XLIV.

UNA BATIDA BIEN ENCAMINADA.

Tan luego como el Tio Martin se vió libre del secuestrado, recobró su ordinaria tranquilidad y sangre fria, importándole ya un ardite el que apareciesen por los contornos de

la huerta cuantos espías ó sombras chinescas, como él las llamaba, quisiesen.

Así, pues, cuando regresaron los hijos del Tío Martín y los demás compañeros, encontraron muy sosegado y de buen humor al marrullero viejo, que desde luego les hizo ver la necesidad de que cada uno buscara su refugio y que no volvieran por allí hasta que pasase aquel peligro, cuyo buen consejo siguieron inmediatamente al pie de la letra.

Por lo demás, los fingidos cazadores, imaginándose que el Tío Martín se quedaría aquella noche en la casa, donde le habían visto entrar, se dedicaron á tomar lenguas é informes respecto al dueño de aquella vivienda y de las demás personas que había visitado aquel día en Casariche.

Convencidos por estos informes y por los que anteriormente ya tenían, de que, á pesar de las apariencias, la conducta del Tío Martín era muy sospechosa, determinaron ir al día siguiente á la huerta y trabar conversacion con el viejo, á fin de averiguar lo que pudiesen, como gran disimulo, sin usurpar atribuciones, sin manifestarse con agentes de mi autoridad, ni dejar de aparecer como tales cazadores. Fíados, pues, en su pericia y discrecion para desempeñar esta clase de encargos, presentáronse en la huerta con el pretexto de pedir agua, y el Tío Martín los recibió con inequívocas muestras de agasajo; pero conociendo muy bien en su interior que aquella gente iba con el propósito de husmear y saber lo que sucedía en su casa.

El Tío Martín, con gran socarronería, los llevó á la cocina, les dió agua, les brindó vino y de comer si querian, y con este motivo entablaron un diálogo tan cordial y afectuoso, como si de largo tiempo se conociesen.

No sin malicia, pues, el redomado viejo, con la más perfecta afectacion de hombría de bien, les manifestó que se hallaba muy contento con su suerte, enseñándoles despues las hortalizas, los frutales, y, por último, su modesta casa, anticipándose así astuta y bellacamente á los deseos de los fingidos cazadores. No dejaron éstos de conocer la hipocresía, camándulas y astucia del viejo socarron, juzgándole como un pícaro de á fólio, perfectamente forrado en hortelano inofensivo; pero como ellos no tenían allí atribuciones autoritarias, hubieron de contentarse con observar de la manera más discreta la conducta, palabras y porte del Tío Martín.

En efecto; los cazadores no pudieron coger al hortelano en ningun renuncio, como suele decirse, y por más convencidos que estuviesen de que aquel hombre en ningun modo era bueno y honrado, como se esforzaba por parecerlo, no les quedó más recurso, una vez practicado aquel reconocimiento, que volverse á Córdoba para darme exacta y minuciosa cuenta de todo cuanto habían observado y oido.

Con aquellas noticias, harto vagas y generales por cierto, me dirigí á la Guardia civil, á los juzgados, á las autoridades locales y á todas las personas que pudieran suministrarme datos respecto á la vida anterior de Francisco Fernandez Baena, con la mira especial de inquirir y saber si figuraba en algun proceso, pues que, aun cuando así no apareciese, yo abrigaba la conviccion íntima de que el tal hortelano era un malhechor y capa de malhechores.

Y por una de esas intuiciones inexplicables, en virtud de las cuales se asocian las ideas al parecer más discordantes, yo no podía separar nunca del Tío Martín y de su huerta, próxima al ferro-carril, el recuerdo de la confidencia que me había hecho la referida persona que había estado secuestrada en una cueva, desde la cual se oía el ruido de los trenes.

Así, pues, aun cuando aquel territorio no perteneciese á la provincia de mi mando, yo adopté por mi cuenta y riesgo las medidas necesarias para que la tantas veces citada huerta del Tío Martín, nunca en lo sucesivo dejase de estar vigilada.

Pero no era yo solo quien ya por este tiempo se preocupaba de la personalidad de aquel malvado viejo, supuesto que con más datos que yo tenía, los afligidos y desesperados hijos del infeliz don Agapito habían venido á caer en la cuenta por las indicaciones del ahuyentado *Cagarrache*, de que la huerta del Tío Martín debía considerarse como uno de los sitios sospechosos de aquella comarca.

El lector puede figurarse la desolacion y ansiedad de aquella desventurada familia, que habiendo sacrificado todos los recursos de su modesta fortuna á la liberacion del padre, hallábase ahora con que éste no parecía ni vivo ni muerto, despues de haber pagado con tantas penas y fatigas el precio de su rescate.

Ahora bien; desde que *Cagarrache* desapareció del pueblo de La Alameda, los hijos de don Agapito no habían omitido medio alguno, por árduo, difícil ó costoso que fuese, para buscar y adquirir á todo trance noticias del paradero de su infortunado padre, encontrando en la Guardia civil el más espontáneo y eficaz auxilio para llevar á cima todas sus indagaciones.

Con este motivo, visitaban constantemente á la familia del señor Delgado, el bizarro y activo teniente de la Guardia civil, jefe de la línea de Antequera, don Francisco García, y el sargento primero don Francisco Magan, ansiosos de contribuir por su parte al descubrimiento y castigo de los infames secuestradores.

Ya por entonces hablábase de público de la muerte de don Agapito; pero aunque se hicieron por la familia, de acuerdo con la Guardia civil, diversas tentativas para descubrir la verdad y el fundamento de aquellos rumores, es lo cierto que nada pudo conseguirse.

Sucedió, pues, que no cediendo en su propósito ni la familia, ni la Guardia civil, á mediados de Mayo se dispuso una batida para reconocer todos los parajes y sitios sospechosos del término de La Alameda y de los pueblos inmediatos, y como uno de tantos, se reconoció tambien la huerta del Tío Martín y sus inmediaciones.

Acompañaban á la Guardia civil los hijos y el yerno del malaventurado don Agapito, que á pocos pasos de ellos yacía en su sepultura.

Ya fuese por una de esas misteriosas corazonadas que envuelven desconocidas relaciones entre los vivos y los muertos, y los padres y los hijos; ya porque tambien los remordimientos del crimen suelen turbar en algunas ocasiones aun á los más facinerosos, lo cierto del caso fué, que los

hijos de don Agapito y los guardias se fijaron, como guiados por un seguro instinto, en José Fernandez Torres, el hijo del Tío Martín, que sin duda en su semblante y en sus respuestas, manifestó ménos sangre fría que su viejo y empedernido padre.

La Guardia civil, pues, prendió al referido José Fernandez Torres para conducirlo al juzgado de primera instancia de Archidona, al que corresponde el pueblo de La Alameda, y en donde radicaba la causa de este secuestro.

Viendo el marrullero del Tío Martín que se llevaban preso á su hijo, llamó al sargento Magan y al yerno Victoriano Zambrana, á los cuales condujo debajo de un peral, precisamente encima de la sepultura de don Agapito y de Alberto, y allí, en aquel sitio, que á otro ménos cínico le hubiera inspirado horror y espanto indecibles, allí el malvado viejo no tuvo el más mínimo reparo en hablarles de esta manera:

—Yo les suplico á ustedes que no se lleven preso al muchacho, y yo les prometo que le preguntaré si sabe algo de eso, que ustedes quieren averiguar, y si así fuera, yo en seguida lo pondré en su conocimiento.

—¿Y cómo se atreve usted á hacerme á mí esa proposicion? respondió el sargento. Eso mismo prueba que usted cree que su hijo sabe algo.

—Tiene razon el sargento, añadió Zambrana.

—Yo les diré á ustedes; como tengo tantos hijos, y cada uno saca sus inclinaciones, sin que uno lo pueda remediar, podría suceder que el demonio hubiese tentado á alguno para juntarse con malas compañías, y aunque sea inocente, quizás sepa alguna cosa. ¿Estamos?

—Sí, señor; estamos en que me llevo á su hijo de usted y... basta de conversacion. ¡Vamos!

Y la Guardia civil y los hijos de don Agapito se alejaron de la huerta con el preso, dejando al Tío Martín lleno á la vez de rabia y zozobra.

CAPITULO XLV.

LA LEY DE LAS ALTERNATIVAS.

En el flujo y reflujo de los acontecimientos humanos, lo mismo en los individuos que en las colectividades, en todas direcciones, bajo todos aspectos, puede advertirse la influencia predominante de una impulsión determinada, como si los sucesos se elaborasen por la Providencia y por los hombres, siguiendo series, que se prolongan hasta un cierto punto, desde el cual retroceden en sentido inverso, cual si obedeciesen á otra impulsión, completamente contraria.

En una palabra, en el mundo del espíritu, como en el de la naturaleza, parecen existir corrientes y ráfagas, que en periodos alternativos, son favorables ó adversas al desarrollo de ciertos y determinados grupos de fenómenos y de sucesos.

Esta ley general comprende y abarca todos los hechos de la naturaleza y todas las manifestaciones de la historia, en las cuales interviene la Providencia, como el dique insuperable que se opone, en momentos dados, á la inundacion creciente del mal, que sin este correctivo saludable, bienhechor y omnipotente, acabaría por destruir todos los gérmenes del bien en el universo.

Y así como en el órden físico algunos ponzoñosos miasmas pueden viciar y corromper la atmósfera, produciendo epidemias y pestes, así tambien algunos vicios predominantes pueden envenenar por algun tiempo el ambiente moral; pero del mismo é igual modo que los vientos polares bastan para sanear la atmósfera, así tambien los esfuerzos de los hombres de buena voluntad pueden ser tan eficaces y salutariferos en el órden moral, que por sí solos bastan á purificar y restablecer el sentido de la moralidad en toda una época y en todo un pueblo.

En la medida y comparacion que lo limitado puede sufrir con lo inmenso, esto fué lo que sucedió despues de aquel período en que, merced á la desmoralizacion desenfundada que por largo tiempo venia corroyendo las entrañas de nuestra sociedad, había surgido tan pujante y vigoroso el bandolerismo, que necesitó un esfuerzo titánico para contenerlo y reprimirlo, esfuerzo colosal, que se debió á los hombres que representaban la idea del derecho, de la justicia y de la igualdad ante la ley, en oposicion al monopolio, al favoritismo y al privilegio, bajo todos los aspectos políticos y sociales.

En efecto, al padrino corruptor, sucedió el imperio fecundo y saludable de la ley; á la proteccion secreta y desmoralizadora, siguió la sana publicidad de los actos de todos; y á las depredaciones amparadas por el poder público, merced á un mal entendido temor al escándalo, reemplazó la probidad intachable y la valerosa franqueza de aquellos, que no vacilaban en llamar las cosas por sus nombres propios y que se hubieran avergonzado de adulterar los conceptos y sofisticar los actos hasta el punto de llamar á los latrocinios *irregularidades administrativas*, y de calificar á los ladrones de *administradores inexpertos*, con menosprecio del sentido moral, de los gritos dolorosos de la opinion pública, y favoreciendo así el bandolerismo burocrático, es decir, el que sirve de incentivo, ejemplo, disculpa y origen al bandolerismo bajo todas sus manifestaciones.

La serie deplorable de tales y tan funestos errores duró hasta que la sociedad, representada por otros hombres, proveyó solícita y energicamente á su defensa, y entonces y sólo entonces fué cuando pudo determinarse una evolucion poderosa en sentido contrario, pues aunque la opinion en este nuevo sentido no llegase al alto grado de cohesion y unanimidad que hubiera llegado en otro país, ménos corrompido por añejas, viciosas é hipócritas prácticas y contemporizaciones, es lo cierto que aquel salvador impulso tuvo fuerza bastante para infundir en el Gobierno y en las autoridades un criterio y una norma de conducta de muy diversa índole, á la que se había seguido anteriormente, y que, en su virtud, fué posible acometer la colosal empresa de combatir aquellas fuerzas sociales, que en perpétua rebeldía contra el órden verdadero de las sociedades humanas, contra la moral, la justicia, la vida y la hacienda de las personas, amenazaban constantemente los más sagrados intereses y borrar

del mapa de los países civilizados á nuestra querida patria.

Bien se me alcanza que el éxito, aunque temporalmente satisfactorio, no ha sido tan duradero como seria de esperar; pero ya he indicado que ni la opinion fué tan compacta como debió serlo, ni mucho ménos vino en su apoyo la conducta valerosa y decidida de los hacendados y de muchas personas influyentes, que más bien pecaron de tímidas ó meticolosas, ó de interesadas y egoistas, ó de preocupadas en favor de las disolventes y antisociales tendencias del padrinozgo, que antes adopta por punto de honor el proteger y salvar á los facinerosos que el contribuir á su tenaz persecucion y justo castigo.

Por otra parte, acontecimientos posteriores, de que no quiero en este lugar ocuparme, han venido á desvirtuar por completo el saludable influjo de aquella enérgica impulsión en contra del bandolerismo, no sólo paralizando sus efectos, sino devolviendo todo su brío á las concusas que lo produjeron, y al repugnante caciquismo, interesado siempre en sostenerlo. Pero afortunadamente en la época á que me refiero, las autoridades fueron paulatinamente inspirándose en la grandiosa y patriótica idea del Gobierno de la nacion, que á todo trance se propuso extirpar el bandolerismo; y así su cedió, que despues de la incansable persecucion emprendida contra los malhechores en la provincia de Córdoba, todas las autoridades y la Guardia civil de Andalucía emprendieron una verdadera cruzada contra los criminales.

En efecto, el secuestro del joven Reina, por las circunstancias de su posicion y numerosa familia, había sido muy notorio, de suerte que el digno gobernador de Sevilla, de acuerdo con la Guardia civil, adoptó cuantas medidas juzgó eficaces y oportunas para averiguar el paradero del secuestrado, y como era natural, despues de hallarse éste libre, recurrió á él con el propósito de que le suministrase todos los datos posibles para indagar la guarida en que le habían tenido, y quiénes fueran los secuestradores.

Desdichadamente, el terror que inspiraban los bandidos, las terribles amenazas que dirigian á sus víctimas y los frecuentes anónimos que recibía el padre del joven Reina, diciéndole que á la menor palabra que dijeran, que pudiese comprometerlos, les matarian los ganados y les quemarian las mieses y todas sus haciendas, fueron causa más que suficiente para que el joven libertado se encerrase en la más absoluta reserva; pero por grande que ésta fuese, nunca pudo excusarse de manifestar, por lo ménos, el sitio en que los bandidos lo habían dejado, que, como ya el lector sabe, fué cerca de La Roda, en dondolo encontró una pareja de la Guardia civil.

Este hecho era público é innegable, y con este dato, la Guardia civil recorrió todos aquellos contornos, informándose minuciosamente de la vida y costumbres de los habitantes de los caseríos y procurando por todos los medios imaginables y con plausible celo y perseverancia, el inquirir el sitio en que hubieran podido tener al joven Reina.

Estas averiguaciones llevaron á la Guardia civil de Sevilla al pueblo de Casariche, en donde supo que recientemente sus compañeros del mismo Instituto, pertenecientes á la provincia de Málaga, habían preso y conducido á Archidona á uno de los hijos de un viejo hortelano, que habitaba no lejos de la estacion de la vía férrea, que lleva el nombre del citado pueblo.

Con aquella noticia la Guardia civil, encaminóse á la huerta; pero no teniendo motivos ni datos concretos que fueran suficientes para proceder contra el Tío Martín, la Guardia se limitó á interrogar al viejo é inspeccionar el terreno, acabando por creer que en un sitio tan público, tan inmediato á la estacion y al pueblo, no era probable que hubiesen tenido á ningun secuestrado.

Ahora bien; aun cuando la visita de la Guardia civil de Sevilla á la huerta no tuviese por entonces ninguna grave consecuencia para el Tío Martín, no por esto dejó de impresionarle vivamente aquel suceso.

El redomado viejo, que durante medio siglo había navegado con próspero viento por entre los escollos y bagios de su vida criminal, encontrábase ahora como aturdido por el cúmulo de contrariedades que diariamente le salian al paso.

Porque es de advertir, que despues de la prision de su hijo, había sufrido un interrogatorio tan minucioso como intencionado por parte de la Guardia civil de Córdoba, que por mi mandato pasó á dicho punto, para hacer ciertas averiguaciones que se relacionaban con la persona que había estado secuestrada, y que segun ya he indicado, durante su cautiverio oía el ruido de los trenes; y por cierto que aun cuando por entonces no pude adquirir la plena conviccion de la exactitud de mis sospechas, resultó al fin y al cabo, que tambien lo habían tenido cautivo en una zanja hecha en la famosa huerta.

Al mismo tiempo, no dejaba de ver constantemente personas extrañas que él comprendía que espíaban su persona y su casa, de suerte que se hallaba en un estado de inquietud y excitacion tal, que todo le inspiraba temores y recelos.

Agregóse á esto la noticia, que tuvo por uno de sus cómplices, de que el joven Reina se hallaba en el seno de su familia, y que no habían cumplido Carrascoso y sus compañeros su mandato y su deseo de darle sin remision violenta muerte, á causa de la inesperada presencia y terrible amenaza de una de las mujeres, que pertenecian á su familia.

Léjos de alegrarse de que la enlutada hubiese impedido la perpetracion de un crimen, sucedió por el contrario, que se puso furioso, temiendo que el joven, una vez libre, lo delatase, y recordando con más ahinco y angustia que nunca la escena del mendigo; y es seguro que incitado por su cólera y su desesperada rabia hubiera degollado bárbaramente á todas las mujeres de su familia, sin cuidarse de averiguar cuál de ellas había contrariado su mandato, si por entonces no se hubiese visto constantemente vigilado de día y de noche.

JULIAN ZUGASTI.

(Continuará.)

